Un pequeño ERROR

Noa Xireau

Copyright © 2020 by Noa Xireau

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com).

Corrección: Carol RZ.

Diseño y maquetación: NX

Imágenes de portada: Shutterstock

Imágenes del interior: Pixabay

www.noaxireau.com

Un pequeño ERROR

Noa Xireau

Dedicatoria

Hay días en los que escribir es maravilloso, otros no tanto. Es por ello que, para las que nos lanzamos a la aventura de publicar nuestras obras, sea tan importante tener a gente a nuestra espalda durante esas etapas en las que el trayecto se hace cuesta arriba. Me considero una persona afortunada, porque tengo a unas lectoras increíbles, unas compañeras fantásticas y a muchas personas más que, incluso sin conocerme, me han dado los ánimos para seguir avanzando.

Este libro va dedicado a una diminuta muestra de esas maravillosas personas:

A Bea Franco, que me ayudó a encontrar la canción perfecta para este libro: "Él no es yo" de Blas Cantó.

A Mar, Alexandrina Soare, Elisabet Jiménez, Dolores María Mudarra, Pepi Herrera, Mercedes Pascual, Belén Paomino, Antonia Jesús Suárez, Ana María Becerril, Paqui Quintero, Eva Escalante, Inés, Chari HR, Chuxa, Tobi, Francisco Manuel, Amelia, Mariló, Juaniky, Víctor, Sara, Dolores Quintero, Raquel Corona, Marina Rodríguez.

Gracias por una tarde de charlas y risas, por transmitirme vuestro apoyo y, también, el de nuestro pueblo.

Noa Xireau

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Epílogo

Escena extra
¡Espera, no te vayas aún!
Mis otros títulos

Sinopsis

Algunos días no deberían existir. Cualquiera que se encontrara en el pellejo de Bea pensaría lo mismo. ¿Cuántas probabilidades hay de que la Administración cometa un error tan grave que envíe tu vida y tu estabilidad al garete? ¿Y de que te toque precisamente a ti? ¿Y qué es lo peor de todo eso? Que quien tiene que demostrar que fueron ellos los que metieron la pata eres tú —¿quién si no?—.

Jodido, ¿verdad?

Viuda, con un bebé al que mantener y sin trabajo, a Bea no le queda otra que pedirle a su cuñado, Theron Mitros, que la ayude a deshacer el entuerto. No sería nada del otro mundo, si no fuera porque nunca le cayó bien a Theron, porque este vive en Creta y… porque guarda un secreto.

Capítulo 1

Apesar de que era pleno mes de junio, con treinta y tantos grados a la sombra, y de que el sudor le corría a chorreones por la frente y el escote, Bea habría pagado con gusto por uno de esos horrendos calendarios que se vendían a fin de año por las calles con tal de comprobar que no era el día de los Santos Inocentes.

—Está de broma, ¿no? —Contempló a la funcionaria al otro lado del mostrador convencida de que, de un momento a otro, le iba a anunciar que estaba en uno de esos programas de telerrealidad en el que les gastan inocentadas a incautas como ella.

La mujer se limitó a reajustarse sus gafas de culo de botella sobre la nariz de cacatúa.

—¿Le parece a usted que tengo cara de estar bromeando?

En eso, la mujer tenía razón. La expresión de asco en su semblante parecía que se la habían esculpido a martillo y cincel.

—Escuche… —Bea reunió la poca paciencia que le quedaba—. O se ha equivocado o se trata de un grave error.

—Error ¿dónde? Aquí lo pone muy claro: Theron Mitros. —La mujer tamborileó con sus largas uñas de plástico barato sobre una línea del tocho de papeles que tenía delante de ella.

—¡Ese es el error! Mi marido se llama Theo, Theodor Mitros, no Theron.

La mujer revisó el certificado de matrimonio, escribió algo en el ordenador y sacudió la cabeza.

—El número de pasaporte coincide con el de Theron Mitros.

—Le estoy diciendo que Theron no es mi marido, es el hermano de mi marido.

—Entonces, ¿tuvo un hijo con su cuñado? —La mujer no hizo nada por esconder su sarcasmo.

—¿De qué está hablando?

—Que en el certificado de nacimiento de su hijo también aparece Theron Mitros.

—¡Eso es imposible!

—Según lo que consta en esta documentación, no lo es.

Bea se presionó la sien e inspiró, llenándose los pulmones hasta los topes, para soltar el aire con lentitud. ¿Tan difícil era entender que lo

que sea que pusiera en esos dichosos archivos estaba mal?

—Mire, me da igual lo que le aparezca en la pantalla. Soy la esposa de Theodor Mitros, no de Theron —replicó Bea alterada.

—¿Y no tiene en su casa una copia de las actas matrimoniales o el libro de familia? —preguntó la funcionaria con la misma condescendencia que una maestra de infantil mostraría a la alumna más torpe de la clase.

—Era mi marido quien se encargaba de esas cosas. No sé dónde las ha guardado. —El temblequeo interno que le atenazaba la boca del estómago comenzaba a reflejarse en su voz.

—¿Sabía que en el siglo veintiuno las mujeres ya tenemos derecho al voto, a la propiedad y a encargarnos de las relaciones con la administración pública?

Bea comprobó en el insípido reloj de pared de la oficina que se le estaba agotando el tiempo si quería entrar en el próximo turno de visitas de la UCI.

—Sé muy bien cuáles son mis derechos, pero eso no significa que tenga que torturarme con un papeleo que él hacía gustoso —resopló Bea, aunque en el fondo la muy imbécil había dado en la diana y escocía.

—Pues pídale a su marido que venga a confirmarlo.

—¡Ya le he dicho que está en coma en la unidad de cuidados intensivos!

—¿Y cree que pegar voces le va a servir de algo? —Las cejas a lo Groucho Marx se elevaron por encima de las gafas de pasta negra, recordándole a aquello de «la parte contratante de la primera parte será considerada la parte contratante de la primera parte».

—¿Y cómo demonios quiere que se lo diga si no se entera de nada?

La mujer reajustó un tocho de papeles detrás del mostrador y la miró con frialdad.

—¿Quiere que le diga lo que yo entiendo? Lo que yo entiendo es que es la primera vez que alguien llega al punto de hacerse pasar por la esposa de un enfermo mientras está inconsciente. ¿Qué pretende? ¿Asegurarse de que podrá defraudar a la Seguridad Social cobrando una viudedad que no le corresponde? ¿O hacerse con su cuenta bancaria y sus propiedades porque le consta que no le habrá dejado nada? No, no me lo cuente. No quiero ni saberlo. Créame, he visto muchas cosas por aquí, aunque esta es la que se lleva la palma, es la más estrambótica e irreal que he tenido la desgracia de tener que presenciar en mi vida.

—¿Qué? ¡Pero cómo se atreve siquiera a acusarme de semejante chorrada! —Si no hubiera sido por el mostrador, Bea se habría lanzado sin dudarlo sobre el estúpido orangután en faldas.

—Bien. —La mujer no se inmutó ni un ápice—. Lo tiene fácil.

Demuestre que está casada con Theodor y no con Theron.

—¿Y cómo pretende que lo haga? ¿Espero a que muera y llamo a una médium para que contacte con él? ¡Por Dios, esto es lo más increíble que me ha pasado en la vida! ¡La única prueba que tenía se suponía que eran los certificados que custodian ustedes como administración!

—En ese caso, tendrá que venir con Theron Mitros y presentar un recurso. Obviamente, aportando la documentación relativa que corrobore que es con su hermano y no con él con quien contrajo nupcias.

—¿Y cómo demonios espera que haga eso? Mi cuñado vive en Grecia.

—Lo siento, pero ese no es mi problema. Firme aquí confirmando la recepción de los certificados. —Le entregó un bolígrafo junto con los documentos—. Ahora, si me disculpa…

—¿Que la disculpe? ¡Y un pepino la voy a disculpar! ¡Quiero hablar con su superior ahora mismo y…!

—Puede poner una reclamación vía telemática. —La ventanilla de cristal se cerró con un decidido clac, poniéndole el punto final a la conversación.

Con las piernas cediendo bajo ella como dos muelles sin sujeción, Bea se dejó caer en el primer escalón alto que encontró a la salida del Registro Civil y contempló los documentos que temblaban en sus manos.

Theron Mitros. La mujer tenía razón, aparecía en letras negritas tanto en el certificado de matrimonio, como en el de nacimiento y la copia del libro de familia. ¿Cómo demonios había podido ocurrir? Se pasó una mano por los ojos. Si al menos Theron hubiera actuado como padrino en su boda, podría haberse explicado la confusión, pero ni siquiera se había presentado. Los padrinos fueron unos conocidos de Theo de los que ni siquiera recordaba sus nombres hasta que los vio sobre el papel.

Se apretó los lagrimales tratando de no llorar. Y ahora ¿qué? Si Theo hubiera estado allí, seguro que todo se habría solucionado en un abrir y cerrar de ojos. Conociéndolo, se habría puesto a reír, se habría inclinado sobre el mostrador y le hubiera sonreído a la arpía poniendo esa mirada de galán de cine que derretía las bragas hasta de las más puritanas. Ese era Theo, el hombre que siempre se salía con la suya. Pero ya no estaba. Ese era precisamente el problema.

Trató de no pensar en que se cumplieran los pronósticos que le había comunicado esa misma mañana el médico, guardó los documentos en el bolso y se levantó. Tenía el tiempo justo de llegar al hospital si no quería perderse la visita. ¿Cómo había podido cambiar tanto su vida en apenas unas horas? Anteanoche, Theo se metía con

ella porque la descubrió encogiendo la barriga mientras trataba de cerrar el botón de su vaquero y hoy se encontraba tendido inerte en una cama, con respiración asistida y la noticia de que tenía un tumor cerebral tan avanzado que ya no admitía su extirpación.

Las lágrimas consiguieron burlar su control al pensar en el tiempo durante el que Theo probablemente se lo había estado ocultando. Puede que debiera haberse enfadado con él por no confiar en ella o, tal vez, por no dejar nada dispuesto para cuando ocurriera y que ella y el niño quedaran descubiertos ante la tempestad que se les avecinaba, pero ¿qué muestra de amor más grande podía haber que la de protegerla del sufrimiento de saber que se les acababa el tiempo juntos?

No podía ni imaginarse lo que un hombre tan vital y controlador como Theo había tenido que padecer ante la noticia de una enfermedad terminal. ¿Habría tenido ella la fortaleza suficiente de enfrentarse al cúmulo administrativo que preparara su marcha? Lo dudaba. Sin encontrarse en sus circunstancias, ya se sentía incapaz de hacerlo.

Se avergonzaba de su egoísmo al pensar en ella misma cuando era Theo quien se estaba muriendo, sin embargo, no podía evitarlo. ¿Qué iba a hacer si no lograba resolver el entuerto que se había formado? Después de un año y medio sin trabajar, en su cuenta corriente apenas quedaban unos quinientos euros. Quizá no debería haber accedido con tanta presteza a la suave persuasión de Theo de que renunciara a su trabajo de camarera para dedicarse a disfrutar del embarazo y poder cuidar de Niko, aunque tampoco era como si le hubiera costado demasiado dejar atrás a esos estúpidos capullos que, por darle propina, se creían con derecho a tocarle el trasero. La simple idea de tener que volver a pasar por aquello hasta que consiguiera un trabajo más estable ya hacía que su estómago la amenazara con dar un vuelco. A lo mejor, si tenía suerte y pillaba un puesto en una cafetería en vez de un local nocturno… Se colocó la mano sobre su abdomen y apretó. Podía hacerlo, solo era algo temporal.

Por el momento, nada le impedía seguir sacando dinero de la cuenta bancaria de Theo con la tarjeta y, con suerte, acumularía lo suficiente como para cubrir al menos los gastos del entierro. Aquella mañana ya había sacado los trescientos euros de tope que le permitía el cajero automático y había hecho una compra *online* en el supermercado en previsión de que el banco le congelara la cuenta. El único alivio había sido la noticia que había descubierto en internet que afirmaba que, ante el fallecimiento del titular, el banco seguiría pagando los gastos corrientes que este hubiera suscrito. Lo que significaba que, durante el próximo mes, al menos, tenía cubiertos el alquiler y los gastos básicos de luz y agua.

En el fondo, se trataba de problemas menores comparados con las dificultades que se le avecinarían para cobrar una pensión de viudedad que la ayudara a mantener a Niko. ¿Por qué no se le había ocurrido nunca que deberían haber hecho un testamento o haberse preocupado más por la parte económica y legal de su relación? Casi rio ante su propia estupidez, pero entonces ¿quién se esperaba morir a los treinta y pocos? Ella no, desde luego, y Theo seguro que tampoco.

El sonido de *Él no soy yo* del móvil hizo que le dieran ganas de tirarlo a la próxima papelera. Solo el nombre en la pantalla la detuvo.

—Mabel, ¿qué ocurre? ¿Niko está bien? —El silencio al otro lado de la línea le puso el vello de punta—. ¿Mabel?

—Bea, nena, han llamado del hospital porque no les cogías el teléfono. Es por Theo… Lo siento mucho.

Capítulo 2

Bea se quitó el cinturón de seguridad con los ojos cerrados y tomó aire.

—¿Te encuentras bien? —Mabel le echó una ojeada preocupada.

Con una enorme bola atenazándole la garganta, Bea negó y se limpió las lágrimas que se escaparon a pesar de sus esfuerzos por retenerlas. Quería haberle dicho que la pérdida de Theo dolía, también que se sentía sola y desamparada y que le preocupaba el futuro, pero, sobre todo, querría haberle confesado que se sentía culpable. Culpable por pensar en ella misma, en su hijo y en su estabilidad.

Mabel le ofreció un pañuelo de papel y le palmeó la rodilla.

—Todo saldrá bien, ya verás. Reharás tu vida y el hermano de Theo seguro que te ayudará a solventar la confusión en cuanto se lo expliques.

—Eso espero. Mañana concertaré una videollamada con él. —Su intento de sonrisa se convirtió en una patética mueca que ayudó más bien poco a ahogar los siguientes sollozos.

—Te recogeré si decides no quedarte durante la madrugada. Lamento no poder quedarme contigo. Me habría gustado acompañarte durante el velatorio.

—Demasiado has hecho ya por ayudarme y tu madre no está para quedarse tantas horas a cargo de Niko. De cualquier modo, es improbable que asista mucha gente. He avisado a su familia, pero no creo que consigan vuelos desde Grecia con tan poco tiempo de antelación. Por lo demás, Theo nunca se preocupó por hacer amigos aquí y ya sabes cómo solía evitar las reuniones sociales. Dudo mucho que venga alguien más aparte de mis primos y un puñado de mis conocidos.

Incapaz de comentar nada más sin venirse abajo, salió del coche. Mabel la conocía y lo comprendería. A punto de llegar a la entrada del tanatorio, casi tropezó con una chica.

—Disculpe, ¿es usted la persona a la que vieron en urgencias con Theodor Mitros?

Bea se secó las mejillas.

—Supongo, sí.

—¡Es ella! —gritó excitada la chica, mirando por encima de su hombro.

Bea siguió sobresaltada su mirada hasta un joven espigado que portaba una cámara profesional que debía de pesar más que él. No fue el único que corrió hacia ellas como si acabaran de anunciar su nombre como el ganador del último bote del Euromillón. Con un jadeo, reculó medio metro ante la repentina estampida que se lanzaba en su dirección. Levantó los brazos tratando de protegerse de los deslumbrantes *flashes* y micrófonos y apenas consiguió retroceder dos pasos más antes de que la hubieran rodeado y cortado el paso en cualquier dirección. No entendía nada del incesante bombardeo de gritos y preguntas que se superponían las unas a las otras.

—¿Es usted la mujer que estuvo con Theodor Mitros durante sus últimos días?

—¿Cómo fue su muerte?

—¿Permaneció hasta el final a su lado?

—¿Le dejó dicho algo antes de morir?

—¿Qué clase de relación mantuvo con él?

—¿Sabe quién ocupará ahora la vacante que ha dejado libre como CEO de Mitros Enterprises?

Con la visión borrosa y un agobiante calor subiéndole por el pecho, trató de encontrar sin éxito algún semblante conocido a su alrededor. ¿De dónde había salido tanta gente? Frente a su rostro, amenazantes micrófonos con carteles se empujaban *en una lucha sin tregua.* ¿Qué demonios querían de ella y de qué conocían a Theo?

Como si de una cámara lenta se tratara, vio cómo uno de los micros se dirigía derecho a su ojo antes de que una mano lo interceptara y lo apartara.

—El jefe del gabinete de comunicación de Mitros Enterprises responderá a sus cuestiones en una rueda de prensa que convocará en unas horas. Por lo que les ruego respeten este momento de luto de nuestra familia. —La voz profunda y decidida que tanto había temido reencontrarse Bea le recorrió la columna vertebral con una sensación helada.

—Dicen los rumores que usted y su hermano llevaban un tiempo distanciados y que las relaciones entre ustedes eran prácticamente inexistentes. ¿Qué puede decir sobre eso, señor Mitros? —insistió uno de los reporteros.

—Si nos disculpan… —Theron le rodeó el hombro a Bea y le abrió camino entre los agresivos reporteros.

Agradecida de que la librara de aquel grupo de periodistas, que le recordaban a un enjambre de avispas peligrosas siseando a su alrededor con sus púas envenenadas, se dejó guiar por él. Nada más pasar la recepción del Tanatorio y quedar fuera de la vista de los que

estaban en la calle, Theron se distanció de ella como si le quemara.

—¿Se puede saber por qué no has contratado a unos guardaespaldas sabiendo lo que iba a esperarte aquí? —masculló Theron disgustado.

—No imaginaba que…

—¿O es que acaso es eso lo que querías? ¿La atención de la prensa amarilla? Aunque si pretendías que funcionara, deberías haber elegido un escote algo más profundo y unos zapatos de tacón, ¿no crees?

—¿De qué estás hablando? —Ella se detuvo en medio del corredor sin importarle quién podía estar observándolos.

Los ojos azules se entrecerraron al estudiarla.

—Has estado llorando. Estás afectada de verdad.

—¡Theo acaba de morir! ¿Qué esperabas?

El pecho masculino se infló con una profunda inspiración.

—Está bien, hablaremos luego. Por ahora, solo han llegado algunos altos directivos que estaban conmigo en la reunión de Londres, pero será solo cuestión de horas de que vayan llegando nuestros familiares y los demás. Ya nos han contactado algunos socios y accionistas preguntándonos por la dirección del tanatorio. Ahora formas parte de la imagen visible de la empresa y tendrás que estar a la altura de las circunstancias.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando? ¿Qué empresa? ¿Y por qué tendría que ser yo la imagen visible de ninguna empresa? —Su voz salió tan débil que Theron no debió oírla, porque siguió hablando.

—Aunque me llevaré las cenizas a Grecia a nuestro panteón familiar, la mayoría de ellos han querido asistir a su velatorio y la misa.

—Señora, mi más sentido pésame. Soy Alexander Vasilakis, asesor legal de Mitros Enterprises. No sé si se acordará de mí, Theo nos presentó durante su fiesta de cumpleaños en marzo del año pasado. —El hombre le cogió la mano entre las suyas—. Lo conocía desde que era pequeño, éramos como hermanos.

—Lo recuerdo. Theo y usted… —El nudo en la tráquea no la dejó terminar.

Fue una velada inolvidable en la que Theo quiso presentarla a sus familiares y amigos, la noche en la que su relación pasó de una simple amistad a un proyecto de vida en común.

—Lo siento mucho —murmuró Alexander. Ella negó con la cabeza y él le palmeó la mano—. Ya nos han asignado una sala. He conseguido que nos proporcionen la más amplia de la que disponían, aunque calculo que seguirá siendo insuficiente.

El mundo pareció dar una vuelta entera alrededor de Bea, haciéndole perder la tierra bajo los pies.

—Te estás poniendo blanca. Es mejor que lleguemos a la sala y que

te sientes. —Theron la sujetó por el codo y la acompañó sin perderla de vista.

En cuanto Bea se volvió consciente de a dónde la llevaban y que la sala no solo era la más grande que tenía el tanatorio, sino que además venía acompañada de un despliegue de flores y un servicio que les ofrecía café a los asistentes, se paró en seco.

—Theron, ¿podríamos hablar un momento en privado?

Si le extrañó su petición, no lo demostró.

—Voy a adelantarme —intervino Alexander sin inmutarse.

En cuanto el abogado se alejó, Bea se frotó las manos húmedas contra el pantalón negro.

—Escucha. No quiero que te lo tomes a mal, pero… No me puedo permitir pagar tantos servicios extra. Ya me cuesta afrontar los gastos básicos y hasta para eso me he tenido que cubrir las espaldas pidiéndole dinero prestado a una amiga.

—¿Se supone que debo reírme? —Su cuñado frunció el ceño.

—No le veo la gracia. —replicó Bea comenzando a irritarse.

Theron se sentó en uno de los sillones del pasillo, señalándole que se sentara en el contiguo.

—De acuerdo. Prueba a explicarme qué es lo que ocurre y no trates de convencerme de que ya te gastaste la fortuna de mi hermano.

Bea soltó un bufido áspero.

—Por desgracia, la fortuna de tu hermano asciende a tres mil cuatrocientos treinta y cuatro euros con exactitud y eso, suponiendo que el banco no acabe de bloquear la cuenta y me deje sin acceso.

Los inquisidores ojos azules permanecieron posados sobre ella como si no la conociera.

—¿Por qué iba a bloquearte?

—No soy titular de la cuenta, solo autorizada. —La expresión en los ojos de Theron la hizo reajustarse incómoda en el sillón. Cuando Theo le había propuesto incluirla como persona autorizada en la cartilla, había aceptado sin plantearse por qué no la metía como titular si estaban casados. Ahora no le quedaba más remedio que hacerlo.

—¿Teníais separación de bienes? —Theron parecía sorprendido.

—Sí. Aunque tampoco habría ayudado de mucho cuando ni siquiera puedo acreditar que estoy casada con él. El banco bloqueará la cartilla en cuanto averigüe que Theo está muerto.

—¿De qué estás hablando? —Por primera vez, Theron perdió el control sobre su voz y consiguió que varias miradas se posaran sobre ellos.

—Bueno, es lo lógico, ¿no? En el momento en el que les llegue el recibo del tanatorio, sabrán que ha fallecido. No son tontos.

—No, eso no. ¿Qué has dicho sobre lo de estar casada con él?

—Ah, eso. —Bea sacó el certificado de matrimonio del bolso y se lo

ofreció. Cuando Theron parpadeó confuso, le indicó la parte en la que aparecía su nombre—. Échale un vistazo a esto.

Theron apretó los labios en una fina línea. Sin pronunciar palabra, la agarró con dureza por el brazo y la arrastró con él hasta el mostrador de recepción.

—¿Dónde hay un sitio privado en el que podamos hablar? —El tono de Theron transformó la pregunta en una fría amenaza.

La recepcionista echó una ojeada temerosa a la puerta que había a su derecha. Sin pensárselo mucho, Theron rodeó el mostrador y se dirigió a la puerta cerrada. Ignoró las débiles tentativas de la chica por detenerlo e irrumpió en la oficina.

—Lo siento, señor Rodríguez, he tratado de explicarles que no pueden entrar aquí —lloriqueó la chica como si de una película mala de gánsteres se tratara.

—Señor… —El gerente se hundió asustado en su sillón.

—Necesito hablar con mi cuñada, en privado.

—Sí, sí, claro, señor Mitros. Puede utilizar mi despacho si lo desea —farfulló el hombre levantándose apresurado de su asiento.

Theron esperó a que cerrara tras él antes de girarse hacia Bea.

—Ahora explícame lo que significa esto. —Señaló los papeles que le acababa de mostrar.

—No he encontrado ningún motivo plausible excepto que debe de haberse producido algún tipo de error administrativo que…

—No hay errores administrativos. No de este calibre —la cortó Theron.

—No se me ocurre otra justificación que explique semejante error. —Bea se mojó los labios bajo la dura mirada.

—¿Qué tal si comienzas por contarme cómo has logrado que falsifiquen un certificado de matrimonio y qué es lo que pretendes exactamente haciéndolo?

—¿Falsificarlo yo? ¿Por qué demonios iba a hacer eso? Lo único que hago es perder. No puedo acceder a la cuenta de Theo, perderé la pensión de viudedad si no consigo demostrar que es falso y ni siquiera Niko tendrá derecho a nada. ¿Te has fijado en la fecha del estampillado? Es del día de mi boda. Por lo demás, está bien, excepto que en vez de Theo pone Theron. ¿Es que no te das cuenta de cómo me afecta?

—¿Quién es Niko?

—¿Ahora ya no te acuerdas ni de cómo se llama tu sobrino? Esperaba algo más de ti, aunque no hayas venido nunca a verlo. —Bea podría haberle dicho muchas cosas más, pero se refrenó ante el tono ceniciento de su normalmente morena tez—. Escucha, Theron, de verdad, no quiero nada de ti, ni siquiera sé qué podrías darme. Lo único que quiero es que vengas conmigo al Registro Civil cuando pase

el sepelio y que me ayudes a resolver este embrollo. Después de eso, ya no volverás a oír nada más de mí.

Theron miró de ella al documento. Su rostro parecía una máscara sin emociones. Acabó por meterse la mano en el bolsillo y sacó su móvil.

—Alex, ven a la oficina que hay detrás de recepción. —Theron se guardó el móvil en el pantalón y se acercó al amplio ventanal.

—¿De verdad es necesario meter a un asesor legal en esto?

Theron se limitó a contemplar tenso el exterior mientras esperaba al abogado, quien entró apenas dos minutos después.

—¿Theron? ¿Ha pasado algo?

—Eso parece. —Theron se plantó frente a Alexander en dos zancadas. —Échale un vistazo a esto —le indicó pasándole los papeles.

—¿Te casaste con ella? —El abogado elevó sorprendido las cejas.

—No, que yo sepa —masculló Theron.

—Pues parece auténtico y no solo lleva tu nombre, sino también tu número de pasaporte y tu domicilio.

—No es el único documento con esos datos —intervino Bea.

Tragó saliva cuando los dos pares de ojos masculinos se mantuvieron fijos sobre ella. Abrió el bolso y buscó el libro de familia y el certificado de nacimiento y se los entregó al abogado.

—¡Mierda! Theron, creo que deberías… —Alexander alzó la cabeza hacia Theron, quien prácticamente le arrancó los papeles de la mano.

—¿Qué es eso?

—La documentación que afirma que eres el padre de su hijo.

—¿De verdad crees que esto te servirá de algo? —La voz iracunda de Theron tronó por el despacho.

Desesperada, Bea recurrió al abogado.

—Yo no quiero nada, en serio, se lo juro. Me basta con que me ayude a corroborar que se ha producido una confusión.

—Theron. Cálmate. Ella no los ha falsificado. Fíjate en la rúbrica que consta en ellos.

En cuanto lo hizo, su cuñado se dejó caer en una de las butacas.

—Es la letra de mi hermano.

Alexander asintió. En su rostro se marcaba la gravedad del asunto.

—Probablemente, nos exigirán que pongamos una denuncia y se requerirá un juicio si queremos probar que quien proporcionó esa información y firmó esos documentos no eras tú. No me extrañaría que aprovechara vuestro parecido. Nadie habría sospechado nada si les mostró tu pasaporte real y no se fijaron en mucho detalle.

—¿Por qué iba a hacer algo así? Es estúpido —los interrumpió Bea mareada—. Es más lógico pensar que fueron los funcionarios quienes metieron la pata y que Theo firmó sin darse cuenta de ello.

Theron y ella miraron al abogado, quien revisó de nuevo los

papeles y sacudió la cabeza.

—No tengo ni idea de por qué hizo algo así, pero tu hermano tuvo que presentar tu pasaporte, además de otra documentación complementaria que le requirieran. Suena demasiado elaborado para que fuera mera casualidad.

—¿En cuánto tiempo podemos resolverlo? —El rostro de Theron parecía esculpido en piedra.

Alexander movió pensativo la cabeza.

—Nunca he llevado un tema de estas características, aunque con el retraso que suele caracterizar a la justicia española, me atrevería a decir que serán de seis a dieciocho meses… con suerte.

—¡No puedo esperar seis meses! —Tal y como se incorporó de un salto, Bea se derrumbó de nuevo en el sillón.

—Y hay otro tema que debéis tomar en consideración. —Alexander titubeó—. En cuanto los rumores alcancen a los medios de comunicación, os convertiréis en carne de cañón. Pocas noticias serán tan jugosas como esta ni darán tanto que hablar como el misterio no resuelto que deja tras de sí un difunto conocido como Theo.

—¡Maldita sea! —Su cuñado se pasó una mano por el pelo.

—Debe existir algún medio de que podamos solucionarlo. Yo… no puedo… yo… —Bea rompió a llorar. ¿Cómo podía complicarse su vida tanto en tan poco? Era imposible. ¡Tenía que serlo!

—Tome. —Alexander, que se había acuclillado frente a ella, le ofreció un paquete de pañuelitos de papel—. Encontraremos una solución, pero no será ahora. Si queréis mi consejo, deberíais salir a atender a las personas que han venido al velatorio antes de que comiencen a crearse otro tipo de bulos por vuestra ausencia. —El abogado se levantó para acercarse a Theron—. Teniendo en cuenta que tu hermano jamás publicitó su enlace ni la presentó de forma oficial ante nuestra gente, yo procuraría mantener la incógnita de quién es hasta que termine la ceremonia y podáis hablar con tranquilidad.

—¿Cómo que vuestra gente no sabe que estaba casado? —Bea bajó la mano con la que se había estado sonando la nariz—. Theo me dijo que nadie asistió a nuestra boda porque tú te opusiste a ella y tus familiares se pusieron de tu lado.

—No me opuse a vuestro matrimonio, no cuando ya fue definitivo al menos —se defendió Theron con un tono vacío—. Y el resto de la familia no se enteró de vuestra boda. Él no los invitó.

—¿Esperas que te crea a ti antes que a Theo sabiendo que no soy de tu agrado? El día que nos presentó, no hiciste nada por ocultarlo.

Los ojos azules se clavaron en ella.

—Eso fue antes de… antes de que celebrarais vuestro compromiso.

—Y entonces, ¿por qué no asististe a la boda?

—Theo me declaró *persona non grata* en vuestra vida. —Theron se frotó el puente de la nariz.

—¿Tampoco sabíais de Niko? —Bea se sentía tan débil que su voz apenas se oyó.

Theron apartó la mirada.

—Hablaremos después del entierro. Alexander tiene razón, debemos salir, es mejor que nadie se entere de lo que ha ocurrido hasta que sepamos qué hacer.

—No pienso mentir. —Bea levantó la barbilla a pesar de que las lágrimas convirtieron a ambos en manchas borrosas.

—No tendrás que hacerlo, simplemente, mantente a mi lado y no les dejes averiguar que dominas bien el griego o el inglés. Yo me encargaré del resto.

Capítulo 3

Ya era casi la una de la madrugada cuando Theron paró el BMW de alquiler ante el bloque de pisos. Bea se sentía tan agotada que el simple hecho de tener que bajarse del vehículo ya le suponía un esfuerzo hercúleo.

—¿Aquí es donde vives? —La extrañeza en la voz de Theron no le pasó desapercibida ni tampoco la forma en la que miró a su alrededor inspeccionando la barriada.

—Sí. La renta es un poco cara, pero nos encantó el ambiente desde la primera vez que vinimos a visitarlo y tiene un parque cerca al que solemos ir con Niko. —Bea dejó de hablar en cuanto cayó en la cuenta de que seguía usando el plural.

—Supongo que Niko a estas horas estará dormido, ¿no?

—Debería, pero es un pequeño demonio que odia ir a dormir y que ha aprendido que con Mabel puede conseguir cualquier cosa.

—¿Mabel es la niñera?

—Es una vecina y una excelente amiga. —Bea prefirió no mencionar que era la única que tenía.

Theron asintió y aparcó.

—Me gustaría conocer a mi sobrino, si no te importa. No lo despertaré, lo prometo.

Bea reprimió un suspiro. Lo único que quería era hacerse un ovillo sobre la cama y abrazar a Niko. ¿Podía negarse a la petición de Theron después de que él se hubiera hecho cargo de la factura de la funeraria y del tanatorio y de que se mantuviera a su lado para atender a las más de cien personas que se personaron en el velatorio? Incluso se había ocupado de que unos primos permanecieran allí durante la madrugada ofreciéndole a ella la posibilidad de ducharse y descansar un rato.

—Claro. —Le gustara o no, lo mínimo que podía hacer era ofrecerle un poco de hospitalidad.

Entraron en el edificio en silencio y no hablaron ni siquiera en el ascensor. Los profundos círculos oscuros bajo los ojos de Theron y la forma en la que se habían multiplicado las diminutas arruguitas alrededor de ellos delataban que había tenido un día duro.

Las manos de Bea temblaron cuando quiso meter la llave en la

cerradura y fue Theron quien acabó por quitárselas y abrir.

—¿Me das tu chaqueta? —le preguntó tras dejarlo pasar.

—Gracias. —Theron se la entregó sin dejar de estudiar el vestíbulo y las fotografías que tenía allí colgadas—. No es lo que me esperaba.

Aunque no fuera un halago, tampoco fue un insulto. A Bea no le resultó difícil adivinar a qué se refería.

—Theo insistió en que lo decorara a mi gusto, quizá por eso no reconozcas demasiado su estilo elegante y cosmopolita. Trajo alguna que otra pieza de sus viajes, pero me dejó que eligiera lo demás.

Donde Theo siempre había sido más un hombre de mundo que disfrutaba del arte y la sofisticación, ella había sido una persona más sencilla que prefería vivir en una casa que se sintiera un hogar en cuanto se cruzara el portal.

Los ojos de Theron se posaron sobre ella como si no la hubiera visto hasta ese momento.

—Es acogedor.

—Gracias. —Bea se afanó en colgar la chaqueta en un intento de escapar de su intenso escrutinio.

—¿Bea? ¿Eres tú? —La voz de Mabel sonó adormilada desde el salón.

—Sí, sí, no te preocupes.

Los ojos entrecerrados de Mabel se abrieron de par en par ante la presencia de Theron y se levantó tan rápido del sofá que hasta se tambaleó.

—Lo siento. No hubo manera de que se acostara en su cunita y ya de paso también me he quedado frita —se disculpó Mabel señalando a Niko, quien se encontraba tumbado sobre el sofá, con la carita colorada y la baba cayéndosele por la comisura de la boca.

—Gracias, Mabel. Ya me encargo yo del señorito. —Bea le sonrió cansada, aunque no se le escapó que los oscuros ojos de Mabel no se despegaban de Theron.

—Bea… —Mabel le lanzó una mirada inquisitiva—. ¿No vas a presentarnos?

—Eh, sí, por supuesto, perdonad. Bea, este es Theron, el hermano de Theo. Theron, mi amiga Mabel.

—Era complicado no adivinar el parentesco. Son casi dos gotas de agua. Aunque siendo sincera, a usted se le nota un poco más la experiencia y la madurez en sus rasgos, una combinación de lo más atractiva si me lo pregunta. —Mabel se acercó a él con la elegancia de una gata en celo, sin embargo, su tentativa de darle dos besos en la mejilla se vio truncada cuando Theron interpuso el brazo entre ellos y le ofreció la mano con frialdad.

—Encantado.

La sonrisa seductora de Mabel se congeló en sus labios.

—Bueno, pues si ya no me necesitáis… —Mabel le echó una ojeada a Theron como si esperara que se opusiera—, entonces, eh… pues me marcho.

—¿Puedes venir mañana a las seis y media? Quiero estar en el tanatorio a las siete.

—Claro.

—Te acompaño a la puerta —se ofreció Bea deseosa de librarse de la imponente presencia de Theron, aunque fuera solo por unos segundos.

Agotada, ignoró la expresión desencantada de Mabel, quien la miraba con intención, seguramente, tratando de comunicarle que la invitara a quedarse. Bea la ignoró. No pensaba hacerlo, no con Theron allí. Su objetivo era finiquitar su conversación con él cuanto antes y despedirlo también a él, no ser la anfitriona de una velada social con el fin de que Mabel pudiera acabar tirándoselo en el dormitorio de invitados.

—¡Dios! ¡Ese hombre es pura tentación! ¡Y yo que te envidiaba por Theo! —susurró Mabel excitada en el vestíbulo—. ¡Pero si en comparación elegiste al hermano feo! ¿Cómo no te quedaste con este? Es más guapo y *sexi*. Me recuerda a un puma al acecho de su presa. ¿Tú eras tonta o ciega?

Bea bufó. No tenía nada de ciega.

—Créeme, Theron no es el tipo de hombre que le convenga a ninguna chica más allá de una relación esporádica. Le gustan demasiado las mujeres y las cosas buenas de la vida. No renunciará a ellas por una pareja estable. Sigue mi consejo y mantente alejada de él.

—¿Te has vuelto loca? Una sola noche con ese tipo equivale a mil con cualquier otro.

Bea no contestó. ¿Para qué? No podía negar que Theron era atractivo y que poseía experiencia, y hasta se habría atrevido a apostar que efectivamente era un fabuloso amante, pero Mabel estaba equivocada si asumía que eso era lo único que importaba en una relación. Que Theron fuera un amante extraordinario no compensaba la sensación de haber sido usada que con seguridad la esperaría a la mañana siguiente cuando se marchara sin mirar atrás.

—Buenas noches, Mabel. Valoro muchísimo lo que me has ayudado hoy.

—Que sepas que mañana espero que me cuentes todo sobre ese fenómeno y, a ser posible, que me invites a almorzar con vosotros.

—Ni siquiera sé si piensa quedarse más allá de la misa. Solo ha subido porque quería conocer a Niko. Imagino que no tardará en marcharse.

—Ah, vale. —Mabel le dio un beso en la mejilla—. Pero que sepas

que te consideraría una amiga cojonuda si pudieras concertarme una cita con él.

Bea entornó los ojos.

—Por supuesto —contestó, callándose que por nada en el mundo estaría dispuesta a pasar con Theron más tiempo del imprescindible.

Mabel no debió fijarse en su cara, porque la abrazó entusiasmada.

—Buenas noches.

Bea se apoyó en la puerta tras cerrarla. El cansancio solo hacía que la soledad y la impotencia se acentuaran. Habría dado cualquier cosa por poder aplazar la confrontación con Theron hasta el día siguiente.

Lo encontró en el mismo sitio en el que lo había dejado y desde donde seguía observando a Niko. Su tez había adquirido de nuevo un tono ceniciento. Bea se sintió culpable. Se llevará mejor o peor con él, era su hermano quien había muerto.

—¿Quieres algo de beber o de comer? Has pasado horas en el tanatorio. Puedo prepararte cualquier cosa en unos minutos si te apetece.

—¿Theo le hizo una prueba de paternidad?

—¿Me estás tomando el pelo? —Bea abrió la boca incrédula y bufó cuando él le dedicó una mirada seria—. Dime que no es lo que creo que es. Ni siquiera tú puedes ser tan frío e hijo de puta. O sí, por supuesto que puedes serlo. Aun pasando este último años de él, hoy te presentaste como el hermano dolido ante toda esa gente desconocida que ni siquiera sé qué pintaban allí.

Theron parpadeó y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Para qué no soy lo suficientemente hijo de puta?

—De robarle a un bebé de ocho meses lo poco que tenga de herencia y su derecho a llevar el apellido Mitros.

El rostro de Theron se endureció.

—¿Es ese el tipo de hombre que consideras que soy?

—¿Tengo que recordarte que me miraste de arriba abajo la primera vez que Theo nos presentó? ¿O que le preguntaste si cobraba por horas o por días, pensando que yo no entendía el griego? A pesar del tiempo que ha pasado, no has tratado de enmendarlo ni de disculparte. En ocho meses de vida, no te has dignado a enviar ni una nota de felicitación o has hecho una llamada interesándote por Niko, ni siquiera en su bautizo. ¿Qué conclusión debo sacar de eso? ¿Que a lo mejor tu sobrino no es lo suficientemente digno de portar el apellido Mitros porque yo soy su madre? Y, seamos sinceros, hasta hoy no tenía ni idea de que tuvieras a un abogado como asesor personal ni estaba al corriente de que la empresa en la que trabajabais era tuya. Eso lo hace incluso peor. Con lo que cobra un abogado, también debes de tener a una secretaria a la que echarle el muerto de enviar una estúpida tarjeta de felicitación. No tienes excusas.

Theron se metió las manos en los bolsillos y le echó un vistazo a Niko, quien escogió ese preciso momento para meterse el pulgar en la boca.

—A lo mejor, soy el tipo de hombre que esperaba que, ante un acontecimiento tan significativo como lo es el nacimiento de un sobrino, alguien le hubiera informado y al que no se le pasó jamás por la cabeza que no fuera así.

Ella lo escudriñó boquiabierta, hasta que acabó por sacudir la cabeza.

—¿A qué estás jugando? Sé que Theo te lo contó. Te excusó cuando tuvo que dejarme sola durante la cuarentena porque le exigiste que acudiera a aquella dichosa reunión en Grecia. Algo que, dicho sea de paso, considero de lo más rastrero y abusivo por parte de su jefe. Y, mira por dónde, ahora resulta que tú eras su jefe y el responsable de esas ausencias. Con razón Theo no quería contarme nada más sobre su trabajo.

—¿Qué reunión?

—La de noviembre del año pasado. Lo sabes de sobra, deja de tomarme por estúpida. ¿Tienes idea de lo que le supone a una madre primeriza, con los puntos frescos, cuidar de un recién nacido?

El azul de sus ojos se oscureció mientras permanecían sobre ella como si pretendiera atravesarla hasta alcanzar sus pensamientos. Fue el quejido de Niko el que rompió la tensión.

—Ey, mami ya está aquí, cielo. —Bea acudió a su lado.

El pequeñajo alzó sus regordetes bracitos en su busca, a lo que ella respondió de inmediato cogiéndolo en brazos para sentarse con él. Niko restregó enseguida su nariz contra la blusa, buscando una entrada hacia sus pechos.

—Yo… —Bea le lanzó un vistazo inseguro a Theron—. Sigo dándole el pecho. Le calma, especialmente, por la noche.

Theron hizo un ademán afirmativo con la cabeza.

—¿Prefieres que salga? Puedo esperar en el balcón o en la cocina si te hace sentir más cómoda.

Había tanta sinceridad en su semblante que ella negó y se abrió la blusa. Puso una mueca cuando Niko se enganchó con ansias a su pecho.

—Shhh, tranquilo, campeón, calma…

—¿Duele?

La preocupación en los ojos de Theron fue tan genuina que le recordó a la que tantas veces había reconocido en los de su hermano ante cualquier inconveniente o problema. Theo, su Theo, el hombre que había estado a su lado durante aquellos dos años ofreciéndole su hombro cada vez que lo precisaba y que siempre solía tener una sonrisa o una palabra cariñosa para ella.

Como si todas las emociones acumuladas durante los últimos días se hubieran vuelto excesivas para seguir reteniéndolas, algo en su interior se quebró y, con un sollozo, Bea sujetó a Niko contra su pecho y rompió a llorar.

Theron, por su parte, cayó hincado de rodillas ante ella, pero lejos de tratar de consolarla, apoyó la cabeza sobre su regazo y sollozó con ella.

Capítulo 4

Apoyado en la pared, Theron observó cómo Bea tapaba a Niko con su mantita de osos. Su rostro, sus gestos, todo en ella clamaba amor y ternura por su hijo. Una asfixiante pesadez se instauró en su pecho. Desde que lo había visto por primera vez dormido en el salón, no había podido dejar de fijarse en el pequeño y en cómo le recordaba a las fotografías de su infancia y la de Theo.

—Ha sacado muchos rasgos de los Mitros, pero tiene tu forma de fruncir los labios cuando reflexionas.

Demasiado tarde, se dio cuenta de que había hablado en voz alta. Bea alzó sobresaltada la cabeza, confirmando que se había olvidado de su presencia.

—Supongo que sí. A Theo le gustaba presumir de que ha heredado el cabello de su abuelo, al igual que tú y él —admitió dándole a Niko un último beso en la manita antes de colocársela sobre la almohada.

—¿Niko proviene de Nikolaos? —Era una pregunta estúpida, pero Theron tenía que hacerla.

—Sí, a tu hermano le hacía mucha ilusión que llevara el nombre de tu padre.

—Es un detalle por tu parte que accedieras a ello.

La acompañó a la cocina y se limitó a observarla mientras ella preparaba una ensalada y unos sándwiches con manos temblorosas, que trataba de estabilizar apoyándose en la encimera durante unos segundos antes de seguir. Su vulnerabilidad le traía memorias de un pasado que prefería mantener en el olvido. Escondió las manos en los bolsillos para que ella no pudiera ver sus puños apretados.

—¿Te encuentras bien? —Se aproximó a ella procurando no tocarla.

Bea se posó las palmas sobre los ojos y apretó como si con ello pudiera detener las lágrimas. Impotente, Theron la giró hacia él y la estrechó contra su pecho.

—Shhh, está bien.

—¡Dios! Todavía no me puedo creer que se haya ido. Hace apenas un par de días aún estaba aquí conmigo contándome que tenía que ir a vuestra reunión en Atenas.

A pesar de que sus músculos se tensaron, Theron se obligó a seguir

acariciándole la espalda como si nada.

—Te comprendo. Cuesta trabajo asimilar que ya no está aquí con nosotros.

—Cuando lo ingresaron, el médico me informó de que era un tumor avanzado y que los tratamientos no habían hecho efecto. Él jamás me mencionó que estuviera enfermo.

El estómago de Theron dio un vuelco. Apretó los ojos en un intento por dominar sus náuseas.

—Seguro que trató de protegerte —intentó calmarla a pesar de que a él mismo le acababa de sentar como un jarrón de agua fría. ¿Cómo era posible que Theo se lo hubiera ocultado? Llevaban un tiempo distanciados, pero… ¡Joder! ¡Era su hermano! Debería haber sabido que siempre estaría a su lado en lo que le hiciera falta.

—No sé qué voy a hacer ahora sin él. Pasaba mucho tiempo de viaje, pero estaba cuando lo necesitaba y se encargaba de todo lo que a mí me disgustaba. Ayer ni siquiera sabía por dónde empezar a buscar los dichosos papeles de la boda o el libro de familia. Esas cosas siempre se las dejaba a él. Me siento una auténtica inútil en su ausencia.

Theron la besó en la frente.

—Eres una mujer fuerte y luchadora, solo estás cansada. Conseguiremos resolverlo. Ahora come, tienes que cuidar de tu hijo y no puedes permitirte el lujo de enfermar.

Ella se giró a examinar los platos de comida que había preparado.

—No soy capaz de tragar nada ahora mismo. Mejor come tú y yo te hago compañía.

Él le ocultó su mueca, no podía obligarla a comer cuando él mismo era incapaz de hacerlo.

—Yo estoy igual.

—¿Tienes donde pasar la noche? —inquirió ella tras una pausa.

—Alexander se encargó de buscarnos un hotel. ¿Quieres que me quede hasta que te hayas duchado por si se despierta el pequeño?

—Estaría bien, sí.

En cuanto Bea desapareció en el baño, Theron sacó el móvil del bolsillo y le envió un mensaje a Alexander.

Theron: «Alex, ¿sigues despierto?».

Alexander: «Aquí estoy, estaba repasando el convenio que pretendías proponer este fin de semana a los rusos. ¿Ocurre algo?».

Theron no se lo pensó dos veces. Sin dejar de vigilar la puerta, lo llamó.

—¿Qué ha pasado? —Como de costumbre, Alexander fue directo al grano.

—Eso es justo lo que quiero que averigües. —Theron mantuvo su voz lo más baja que pudo—. Quiero saber por qué Theo no avisó a

nadie de que tenía una enfermedad terminal y por qué mentía a su mujer de manera habitual.

—¿A qué te refieres con que la mentía? —Por su tono, la idea puso sobre alerta a Alexander.

—¿Tenías idea de que vivía con su esposa en una vivienda de alquiler, en un barrio de clase media y con un nivel de vida muy por debajo de sus posibilidades?

—¿Theo en un vecindario de clase media? ¿Es uno de artistas por casualidad?

—Si lo hubiera sido, lo habría entendido, pero no. —Theron estudió la calle desde el balcón—. Es de esos a los que la gente va a vivir con sus familias, alejados de las zonas turísticas porque son más baratos y, también, más o menos libres de delincuencia. Los bloques de pisos son una copia patética los unos de los otros, al final de la calle se ve un parque y esa es su mayor virtud, aparte de tener algunas tiendas de primera necesidad abajo.

—Bueno, Theo siempre fue algo excéntrico. Puede que le diera alguna de sus venas raras y que quisiera experimentar la vida de otros estratos sociales.

—Algo no me huele bien en esto, Alex. Al principio, cuando ella recalcaba que no tenía dinero, asumí que me estaba tomando el pelo; sin embargo, empiezo a sospechar que fue Theo quien le hizo creer eso.

—Vaya.

—Y hay algo más, y eso es justo lo que más me descoloca.

—Te escucho.

—Theo usaba la empresa de coartada con el fin de ausentarse de su domicilio.

—¿Engañaba a su esposa después de tan poco tiempo y con un bebé? Ese no es el Theo que conozco.

—No lo sé, por eso quiero que compruebes qué viajes realizó en noviembre del año pasado y a qué destinos planificaba acudir próximamente. Entre sus gastos debe de haber algún pago a hoteles o vuelos con los que podamos comenzar por hacernos una idea de lo que ocurría.

—Anotado. ¿Algo más?

Theron obvió la vocecita de su conciencia que le advirtió que no lo hiciera.

—Hazte con uno de esos kits de pruebas de paternidad. Quiero que le hagas uno al niño sin que Bea se entere.

El otro lado de la línea enmudeció.

—Theron, ¿estás seguro de que es realmente necesario?

—Necesito saberlo.

—Sabes que es ilegal hacerlo sin el consentimiento de la madre,

¿cierto? —insistió Alexander con gravedad.

—Hasta donde sé, tengo un documento que dice que soy el padre del niño —insistió Theron a pesar de que, en esencia, le daba la razón.

—Ese test no te servirá de nada ante un juez.

—Alexander, confía en mí. Sé lo que hago y tengo mis motivos para ello.

El abogado soltó un pesado suspiro.

—De acuerdo, lo que tú digas.

—Tengo que colgar, te llamaré mañana a las ocho.

Cuando la puerta del baño se abrió y le llegó el delicado aroma a vainilla del gel de baño, Theron se encontraba sentado en el sillón del salón con el móvil a buen recaudo.

Los enrojecidos ojos hinchados de Bea le revelaron que había estado llorando de nuevo. En cuanto se levantó y le abrió los brazos, ella se cobijó en ellos como si fuera el único refugio en el mundo que le quedara. Apretó los ojos al inspirar su esencia y sentir la aterciopelada piel de sus brazos bajo las palmas. Bloqueó de inmediato las imágenes que pasaron por su mente.

En el fondo, era una ironía del destino. Hacía menos de año y medio él se había opuesto a la relación entre ella y Theo, y había tratado de convencerlo de que lo único que ella buscaba era su dinero. ¿Era ese el motivo por el que Theo la había privado de los privilegios de los que podía haberla rodeado?

—Theron… —Bea titubeó.

—¿Sí?

—Sé que esto es una petición rara, en especial, cuando nunca hemos tenido mucho contacto, pero… ¿podrías quedarte unas horas? No quiero que me entiendas mal, no quiero… ya sabes… es solo…

Ignorando su repentino balbuceo, Theron la besó en la frente.

—Me quedaré si eso te hace sentir mejor.

Capítulo 5

El único aviso de que Theron seguía allí fue el olor a pan recién hecho y el crujido de papel. Bea lo encontró sentado en la mesa de la cocina tomándose un café negro mientras revisaba unas estadísticas en su Ipad.

A pesar de que seguía teniendo profundas ojeras, que tenía el cabello revuelto como si al despertar se hubiera limitado a pasarse los dedos por él y que llevaba la camisa arrugada y las mangas enrolladas hasta los codos, ni la preocupación ni el cansancio le restaban ni un ápice de su atractivo.

En el momento en el que sus ojos azules se alzaron y se posaron sobre ella, Bea se volvió consciente de que estaba mucho más desarreglada que él. Lo que cuatro horas antes le había dado igual, a las cinco y media de la mañana adquiría un color muy diferente. Apenas se había echado un poco de agua fría en la cara a su paso por el cuarto de baño y seguía en camisón y con los pelos revueltos, algo que, con su melena, resultaba bastante más difícil de obviar que en el caso de Theron.

—Buenos días.

—Buenos días. ¿Te sientes mejor? —Los ojos masculinos reflejaban un interés sincero.

Con una mueca, Bea se frotó los brazos y ojeó distraída la cocina.

—Más calmada, imagino. —Como si su voz quisiera contradecirla, se quebró a la mitad de la frase.

Theron asintió y en la línea en la que se había comportado desde que había llegado, la entendió y le concedió su espacio sin insistir en que hablaran.

—¿Quieres que te haga el desayuno? —Theron la sorprendió con su ofrecimiento.

Bea negó.

—No, gracias. Me vendrá bien entretenerme. ¿Te apetece una tostada? No pareces haber comido nada.

Theron golpeteó la mesa con el bolígrafo, pero acabó por asentir.

—Te lo agradecería.

Bea se afanó en poner la mesa, sacó la mantequilla, la mermelada y el aceite, y le sirvió algunas viandas mientras se tostaba el pan. Al

sentarse frente a él con un chocolate caliente, descubrió una bolsita a través de cuyo fino plástico blanco se transparentaban un cepillo de dientes y una caja de Ibuprofeno. Theron se percató de ello.

—Espero que no te importe que te haya cogido la llave que dejaste en el mueble del vestíbulo. Le pedí a Alexander que me trajera una muda y aproveché para pasarme por la farmacia de guardia.

—No, claro que no. —Bea tomó un sorbo de su taza—. ¿De dónde sacaste el pan? Aún está caliente.

—De la panadería al lado de la farmacia. A través del escaparate vi cómo metían el pan en el mostrador y pensé que sería una buena idea traerme algo.

—¿Está abierta tan temprano?

Los labios de Theron se curvaron ante su asombro.

—Mi padre me enseñó que si no tienes nada, siempre te queda la posibilidad de intentarlo.

—Un hombre sabio, sin duda. —Bea respondió a su sonrisa.

—Lo era, aunque mi madre lo superaba. —Theron apartó la tableta que tenía delante—. He estado reflexionando y tenemos que hablar. —Ante su expresión seria, ella se limitó a asentir y se acercó la taza a los labios—. Sé que ahora mismo no te encuentras muy bien y que no es el mejor momento, pero esta tarde tengo que regresar a Atenas y prefiero dejarlo resuelto antes.

—No te mortifiques, lo entiendo. —Bea no supo si sentirse aliviada de que se fuera o asustada de tener que enfrentarse sin su ayuda a la soledad.

Aunque le sorprendiera a ella misma, sus abrazos la noche anterior la habían calmado. Aún no entendía por qué le había pedido que se quedara. Bueno, sí que sabía por qué no había querido estar sola, lo que no entendía era cómo había tenido el valor de pedírselo a él. Theron no era exactamente el tipo de hombre que le inspirara esa confianza, al contrario, era el prototipo de masculinidad seductora y reflejo de éxito del que ella salía huyendo tan pronto lo descubría asomando la cabeza por una esquina.

—Gracias. Lo he estado hablando con Alexander y en un par de horas nos comunicará si Theo dejó hecho algún testamento. Suponemos que sí y que lo hizo en Grecia.

—Vaya…

—Eso significa que tendrás que asistir a la lectura de su última voluntad.

—Ya. —Bea bufó—. ¿Tienes idea de lo que me costaría un vuelo a Grecia con tan poco tiempo de antelación? Además, ¿con qué motivo iba a dejar Theo un testamento? Ya te dije lo que hay en la cuenta, su coche se quedó en Grecia y no teníamos ningún otro tipo de propiedades.

Theron tomó una profunda inspiración y estudió la tostada como si temiera que fuera a lanzarse sobre él de un momento a otro.

—Bea, me temo que estás confundida con respecto a algunas cosas. Ha debido de haber algún tipo de… malentendido entre tú y Theo.

—¿Y ese sería…?

—Theo no era un empleado de Mitros Enterprises, es el poseedor del treinta y cinco por ciento de las acciones, siendo accionista mayoritario solo detrás de mí. —Theron no dejó de hablar cuando el cuchillo de Bea impactó sobre el plato—. Eso, sin contar con que era el mecenas de varios artistas y que poseía una colección de arte digna de un museo, sus otros negocios menores o la herencia que recibió de nuestro padre hace unos años.

Ella se quedó contemplándolo boquiabierta, incapaz de reaccionar. Lo que le estaba revelando resultaba tan irreal que si le hubiera recitado una lista del supermercado, le habría sonado igual.

—Bea, ¿me estás prestando atención?

—Estoy tratando de imaginar qué clase de enfermo mental puede considerar que eso es gracioso. —Le dio igual que Theron apretara los labios en una fina línea. ¿Le hacía gracia su situación y que no tuviera un céntimo?—. Si crees que soy de las que a la mención de la palabra dinero me vuelvo loca y tiro la casa por la ventana, vas de culo. Vengo de una familia de clase baja y tengo muy claro el trabajo que supone conseguirlo. Theo no me habría mentido en algo así, no tenía necesidad de hacerlo. Nos casamos con separación de bienes.

—Te casó conmigo —la corrigió Theron con sequedad.

—Eso ha sido un error del Registro Civil, no trates de echarle la culpa a tu hermano.

—¡Maldita sea, Bea! ¡¿Es que no ves que son demasiadas casualidades juntas?!

—Eso es justo lo que estaba planteándome. ¿Para qué quieres que vaya a Grecia? —En el mismo instante en el que Theron apartó la mirada, ella lo comprendió. Cada pieza cayó en su sitio—. ¡Maldito hijo de puta! —Bea se levantó con un golpe en la mesa—. ¡Quieres que vaya a Grecia porque pretendes quitarme a Niko!

La mandíbula de Theron se desencajó.

—¿De qué estás hablando?

—¿Te crees que soy idiota? Según esos documentos, Niko es tu hijo. En el instante en el que pise Grecia, podrás impedirme que abandone el país con él. Bastaría con que me denunciaras por secuestro. ¿Crees que no veo los telediarios? Esas noticias últimamente están por todas partes. ¡Es mi hijo, Theron! ¡Mío! ¡No voy a consentir que me lo quites!

Él se echó atrás en la silla y le echó un vistazo al techo como si esperara algún tipo de auxilio divino. Tras pasarse una mano por el

pelo y cerrar los ojos, volvió a mirarla.

—Está bien, Bea. Deja que te demuestre una cosa. —Theron alcanzó su Ipad, pero pareció cambiar de opinión porque lo dejó de nuevo sobre la mesa—. ¿Serías tan amable de coger tu móvil?

—¿Por qué iba a hacerlo? —Bea se cruzó de brazos.

—¡Por el amor de todo lo que es santo! ¡Deja de ver alienígenas y demonios y haz por una vez lo que se te pide! ¡Solo quiero demostrarte que no miento!

Bea estuvo por mandarlo a la mierda acusándolo de ser un cerdo misógino, pero quería acabar con aquello y cuanto antes, mejor.

—Toma, aquí tienes. ¿Y ahora qué? —Le lanzó el móvil sobre la mesa después de regresar del salón.

Theron no lo tocó.

—Ahora entra en tu buscador de internet y escribe: «Theodor Mitros magnate multimillonario».

Bea resopló.

—¿Se te ha perdido un tornillo?

—Tú hazlo. ¿Qué tienes que perder?

Bea entornó los ojos. En cuanto tecleó lo que le había dictado, se dejó caer en la silla de la cocina.

—Esto… esto no puede ser real.

—Ahora elige imágenes y dime quién sale.

Bea se tapó la boca y negó con la cabeza.

—No puede ser, esto… Las has tenido que subir tú. Theo no… Theo no era así…

—Bea, comprueba la fecha de esas noticias.

Sus ojos se llenaron de lágrimas al comprobar que había artículos que se remontaban hasta el 2004.

—Me mintió… me estuvo mintiendo desde el inicio. ¿Por qué? —El universo entero pareció desplomarse sobre ella.

A través del interfono sonó el llanto de Niko, dándole la excusa para huir. Porque eso fue justo lo que hizo, huir de aquel mundo de pesadillas al que Theron la acababa de arrastrar.

—Buenos días, cielo —saludó a Niko tomándolo en brazos y lo apretó contra su pecho mientras se limpiaba las lágrimas—. ¿Qué haces despierto tan temprano, mi vida?

Dio las gracias porque Theron esta vez no la hubiera seguido y se sentó en su mecedora a darle el pecho al bebé. Niko era suyo y nadie se lo iba a quitar. No iba a permitirlo. Él la quería y necesitaba, y eso era lo único que importaba.

Theron no apareció hasta que se dispuso a asear a Niko. Esperó con paciencia en el umbral hasta que, finalmente, habló.

—Te prometo que, pase lo que pase, no os faltará nada ni a ti ni a tu hijo.

Bea se negó a mirarlo.

—¿Cuándo piensas contarme la verdad sobre lo que te preocupa, Theron?

El silencio que siguió le confirmó que sus sospechas eran ciertas.

—¿Esperas que hable con franqueza con una persona que cree que soy el mal encarnado?

Bea se detuvo con la pomada en la mano, antes de esparcirla por el culito infantil.

—¿Se te ha pasado por la cabeza que, después de la forma en la que me ha estado mintiendo Theo, es posible que no nos tuviera en cuenta ni a mí ni a Niko en su última voluntad?

—Es una posibilidad, aunque espero que no sea así.

—¿No debería alegrarte?

—No voy a mentirte. Si no os lo ha dejado a ti y a tu hijo y conmigo no se llevaba bien, significa que hay otra persona y, a deducir por los hechos, será alguien a quien pretendía usar para hacerme daño y, probablemente, a Mitros Enterprises. Si fuera así, no solo me afectaría a mí, sino a miles de trabajadores y a sus familias.

—¿De dónde has sacado esa conclusión?

—¿No es suficiente indicio que me haya dejado con esposa e hijo sin informarme? —ironizó Theron pasándose la mano por los párpados—. Conozco a mi hermano. A pesar de su alegría, don de gentes y aparente tendencia hedonista, era una persona muy racional e inteligente y un excelente estratega, ya fuera para darle a alguien una alegría o echarle una mano al karma.

Bea cerró el pañal de Niko y lo estrechó contra su pecho recreándose en su consolador calor. Tenía ganas de dejarse caer al suelo y gritar a los cuatro vientos su dolor y decepción. No iba a hacerlo, no podía hacerlo. Niko se merecía mucho más que un padre cabrón y una madre débil que se dejara patalear.

—¿En Grecia no tenéis leyes que protejan la herencia de los hijos?

—Niko, a día de hoy, consta como mi hijo. En cualquier caso, sería mi heredero, no el de mi hermano.

—No podré demostrar que es con él con quien me casé, pero la paternidad de Theo es fácil de demostrar. —Una repentina frialdad envolvió su corazón llenándola de ira. ¡¿Cómo se había atrevido Theo a usar a su hijo para vengarse de su hermano o de quien fuera?! ¡¿Y cómo la había engañado de una forma tan ruin haciéndole creer que la quería?! —Bea besó la cabecita de Niko, que ya estaba quedándose dormido de nuevo—. No me importa qué fue lo que le movió a hacerlo, no voy a dejar que las acciones de Theo perjudiquen a mi hijo.

—Eres su madre. Es tu potestad hacerlo —confirmó Theron con una inclinación de cabeza.

—La incineración no podrá realizarse hoy. —Bea abrió los ojos al darse cuenta de ello.

Theron soltó un profundo suspiro.

—Eso atraería inútilmente la atención de la prensa amarilla.

—¿Te parece inútil que trate de defender los derechos de mi hijo? —Bea lo fulminó con la mirada.

—Llamaré a Alex. Podrá informarse sobre qué posibilidades tenemos de realizar una prueba de paternidad a un difunto de forma fehaciente. De cualquier manera, en una prueba genética, saldría su grado de parentesco conmigo si fuera el hijo de mi hermano.

—¿Si lo fuera? ¿Sigues creyendo que no es hijo de Niko?

Theron le sostuvo la mirada.

—Es un Mitros, estoy absolutamente seguro de ello.

Bea se calmó y volvió a acostar a Niko en su cuna.

—¿Qué le hiciste a Theo para que quisiera putearte de esa forma?

Theron ocultó las manos en los bolsillos y se inspeccionó la punta de los pies.

—Algo completamente imperdonable.

Capítulo 6

En cuanto se apagó la señal luminosa del cinturón en el panel del avión, Bea sacó a Niko de su sillita y lo sentó sobre su regazo. Había avisado a Alexander de que no hacía falta que comprara un billete infantil con asiento propio cuando podía tener a Niko en brazos, aunque quizá la palabra correcta no era *podía*, sino *prefería*.

—Mira, cielo. Estamos volando por encima de las nubes. ¿Lo ves? —Bea trató de captar su atención golpeteando el grueso cristal doble con sus uñas, pero el interés del pequeño permaneció en las revistas y folletos de vivos colores del respaldo delantero, que crujían cada vez que conseguía alcanzarlos con una de sus pataletas.

—Qué lindo es. ¿Cómo se llama? —La chica rubia que ocupaba la plaza del pasillo le sonrió.

—Niko, aunque debería haberlo nombrado señorito Revoltoso. —Bea cogió un folleto y se lo entregó a Niko antes de que la señora mayor sentada delante de ellos decidiera quejarse.

La chica soltó una risita animada.

—¡Hala! El aeropuerto de Heraclión también se llama Nikos, Nikos Kazantakis.

—Sí, es un nombre bastante común en Creta.

—No parece que volar le estrese. —La chica recogió una de las revistas, que se habían caído al suelo.

—La verdad es que, siendo su primer vuelo, esperaba que acabara llorando o asustándose con el despegue. —Bea le acarició el cachete a Niko.

—Lo lleva mejor que yo. —La joven puso una mueca avergonzada y se enrolló un mechón de su larga cabellera en un dedo—. Estoy deseando llegar a Creta. ¿Tú ya has estado alguna vez allí?

Bea sonrió ante su mezcla de excitación y miedo. La chica, que no aparentaba tener más de dieciocho, no había parado de moverse inquieta.

—En realidad, sí, pasé un fin de semana con un amigo que celebró allí su cumpleaños. Por desgracia, no tuve oportunidad de hacer demasiado turismo antes de regresar a Atenas.

—¿También estuviste en Atenas? Me encantaría poder ir. Tiene que ser increíble.

—Lo es. Hice un voluntariado europeo en una ONG allí y terminé completamente enamorada de la ciudad y su gente. Prueba a echarle una ojeada al precio de los vuelos, hay ofertas muy buenas desde Creta.

—¡Yo también voy a participar en un servicio de voluntariado europeo! Solo de pensar en estar en un sitio en el que no voy a conocer a nadie me tiene de los nervios. ¿Cómo fue tu experiencia?

—Extraordinaria. Me cambió la vida y mi forma de ver el mundo. Además, te da la oportunidad de conocer a mucha gente interesante.

Era justo el sitio en el que había coincidido con Theo. Bea intentó mantener su sonrisa ante el balbuceo entusiasmado de la chica, aunque no conseguía dejar de preguntarse cómo era posible que ya hubieran pasado casi dos años desde aquella primera vez que tropezó con Theo en el evento benéfico de la ONG. En retrospectiva, era poco más que una cría entonces, aunque algo más vieja que la chica. No solo lo que había aprendido durante aquel año como voluntaria le había cambiado la vida, también lo hizo Theo —su seducción de cuento de hadas, el nuevo mundo que abrió ante ella—, así como su matrimonio. O, al menos, lo había sido hasta que Theron le descubrió sus engaños y mentiras.

Bea le dio un beso en la frente a Niko, cuyos ojos comenzaban a cerrarse por el sueño.

—Y ahora, ¿regresas de vacaciones? —siguió indagando la chica.

—Algo así, vamos a visitar a la familia de mi hijo.

—Ah… —Los ojos de la chica se abrieron de repente—. ¡Tuviste un romance allí! ¿Y sigues teniendo una relación con él?

Por la cara soñadora de la chica, fue fácil adivinar que estaba montándose su propia novela rosa. Incapaz de estallar su burbuja romántica con un rotundo «ha muerto», Bea se limitó a negar:

—Nuestros caminos se separaron hace poco

—Ah, vaya. —El decaimiento de la chica desapareció tan rápido como había aparecido—. Pero nunca se sabe. Lo mismo al veros, vuelve a surgir la chispa.

La sonrisa de Bea se congeló cuando, en su mente, apareció la imagen de Theron aquella primera vez en la fiesta de cumpleaños de Theo haciéndole un guiño cuando la pescó ojeándolo disimuladamente. No los habían presentado aún y, a pesar de ello, con su cabello moreno, aquella mandíbula decidida, los pómulos destacados y la nariz de un perfil ligeramente aguileño, fue fácil adivinar que se trataba del hermano de Theo. En el momento en el que sus miradas se cruzaron, un cosquilleo semejante a una corriente la recorrió anclándola al sitio. Sin interrumpir aquella extraña conexión y observándola como habría hecho un tigre que estudia a su presa, Theron se acercó el vaso a los labios. Solo cuando la morenaza

a su lado le tiró del brazo en busca de su atención, se rompió el hechizo, no sin que él antes le guiñara un ojo a modo de promesa. Bea sacudió la cabeza. ¿De dónde había salido aquel recuerdo?

—¿Qué? —Bea parpadeó—. Perdón, ¿qué has dicho?

—¿Te he molestado al decir eso? Lo siento, no pretendía ofenderte. Soy una romántica empedernida, no lo puedo remediar.

—Eh, no, no. No te preocupes, me perdí en mis recuerdos y no he escuchado lo que has dicho. —A pesar de que intentó sonar alegre, la expresión incómoda de la chica le reveló que estaba fracasando estrepitosamente.

—Voy a intentar dormir un poco, me da que me esperan unos cuantos días largos. —La chica se colocó los auriculares y cerró los ojos.

En parte, Bea agradeció el silencio. Un ligero hormigueo de anticipación comenzaba a extenderse desde su estómago. En tres horas pisaría de nuevo Creta, aunque esta vez no sería Theo quien la recibiera en el aeropuerto de Heraclión. ¿Quién la recogería? La ponía nerviosa que se hubiera encargado de todo el abogado de Theron. Ni siquiera sabía dónde iban a alojarla, porque cada vez que le había preguntado a Alexander, este había evadido con habilidad profesional sus cuestiones.

¿Y si no se presentaba nadie a esperarla en el aeropuerto? Cubrir la factura de un hotel medio decente en plena temporada alta podía acabar de sangrar sus cuentas y lo peor era que ni siquiera tenía los billetes de regreso. ¿Cómo se había dejado convencer para cometer semejante locura? Solo tenía una respuesta: Theron.

—¡Encantada de haberte conocido, Bea! ¡Y a ti también, pequeñajo! —Sara, la chica del avión, le besó la mano regordeta a Niko antes de dirigirse cargada con su mochila y su enorme maleta hasta el grupo de jóvenes que portaban una bandera azul con un felino blanco en el centro.

Bea reajustó a Niko en sus brazos y escrutó a la gente que esperaba en la salida de pasajeros. Por más que revisó la veintena de carteles con los que algunos conductores esperaban a sus clientes, su nombre no estaba en ninguno de ellos.

— *Syngnómi, perdón.* —La mujer que se había chocado con ella no perdió el tiempo en dedicarle una segunda mirada y se lanzó directamente en la dirección en la que la esperaba un hombre con un ramo de flores.

Con un suspiro, Bea empujó como pudo el carro portaequipajes tratando de quitarse de la zona de paso.

—Cielo, esto va a ser complicado si no me ayudas un poco. ¿Puedes agarrarte un momentito al cuello de mamá hasta que estemos en un lugar más tranquilo, cariño? —le pidió a Niko cuando se dio cuenta de que llevar el carro con una sola mano iba a ser todo un reto.

—Deja que yo me encargue de las maletas.

Bea se giró sobresaltada ante la profunda voz masculina.

—¡Theron!

—El mismo. —Theron le hizo un guiño—. ¿Has tenido un buen viaje?

—Yo, uhmm, sí. —Bea dejó que, siguiendo las costumbres griegas, le diera un breve abrazo, aunque sus mejillas, por algún motivo, comenzaron a irradiar más calor que una estufa.

—¿Qué tal ha llevado Niko el vuelo? —Los ojos de Theron adquirieron un matiz tierno al estudiar al pequeño.

—Mejor de lo que me esperaba. Ni lo ha notado siquiera, se ha pasado la mayor parte del vuelo durmiendo como un bendito. —Orgullosa, no pudo resistir darle un beso en los cachetes a Niko.

—Me alegro. Por aquí. —Theron se hizo cargo del carro con las maletas y le fue abriendo camino entre la multitud.

—¿Te importa que entre un momento en el servicio antes de que salgamos? —lo frenó en cuanto vio que pasaba de largo de la entrada principal—. Me gustaría lavarme las manos y refrescarme un poco antes de salir.

—Por supuesto, no hay problema.

—Gracias, ¿te importa quedarte con Niko? —Sin esperar su respuesta, Bea le pasó al bebé.

—Eh… —Con su semblante en blanco, Theron sujetó a Niko a distancia, como quien coge a un gato que sisea, y se quedó mirándolo sin parpadear.

—Sería mejor si lo apoyaras contra tu cintura o tu torso. O incluso que te sentaras con él. No suele morder a menos que lo irrites mucho o que tenga hambre y le he dado el pecho antes del aterrizaje.

—Sí… eh…

Bea observó divertida cómo Theron acercaba a Niko despacio a él, como si temiera que fuera a ponerse a chillar de un momento a otro.

—Bueno, pues me voy. —Bea le dirigió un breve cabeceo, dejándoles espacio para que pudieran conocerse.

¿Cómo era posible que un hombre de esa edad, director de una multinacional, no supiera qué hacer con un bebé? Antes de cerrar la puerta del aseo tras ella, les echó un último vistazo y se congeló bajo el umbral al descubrir a Theron apoyando la frente contra la del bebé mientras le hablaba. Si hubiera sido una espectadora que no los conociera, habría apostado a que era un padre con su hijo. Su corazón se encogió ante la idea. Así era justo como le habría gustado ver a

Theo con él.

«Theo».

Capítulo 7

Con Niko durmiendo en su carrito, Bea siguió a Theron por el aeropuerto hasta que aparcó el carro y cogió las maletas para detenerse delante de un mostrador. Una auxiliar uniformada se levantó enseguida con una cálida sonrisa. La mujer habló con tanta euforia que Bea no consiguió comprender más que algunas palabras sueltas, aunque no era necesario dominar el griego para entender las miradas invitadoras o adivinar el motivo por el que la pobre no paraba de ajustarse inquieta el cabello de su perfecto moño. Cuando además comenzaron a caérsele los papeles y el bolígrafo, Bea no pudo más que tenerle lástima. Comprendía cómo se sentía. Era difícil estar en presencia de Theron sin verse afectada por su imponente seguridad o ese atractivo que dejaba entrever que no estaba al alcance de mujeres del montón como ellas.

Limitándose a una educada inclinación de cabeza, Theron se giró hacia Bea.

—Necesito tu pasaporte y el del niño.

—¿Para qué? ¿Y por qué tenemos que volver a pasar por un control? —Bea lo estudió recelosa.

—Es para acceder a la zona de vuelos. Será un vuelo corto hasta la casa —aseguró Theron.

—Pero… —Bea se los entregó reticente.

—*Kalo apogevma,* señora, señor Mitros. —El policía apostado al lado de la entrada recogió la documentación y se la devolvió tras un vistazo fugaz.

—*Kalo apogevma* —respondió Bea a su saludo, forzando una sonrisa —. ¿Puedes explicarme ahora a dónde vamos? —siseó por lo bajo en cuanto les permitieron pasar.

—A mi casa, ¿a dónde si no?

—¡Espera! —Bea se detuvo en medio del pasillo desértico—. Pensé que me alojaría en un hotel, un motel o algo así.

—Entonces, supongo que mi casa entra en la calificación de «algo así». —A pesar de su tono paciente, Theron mantuvo el ritmo de sus largas zancadas.

—¡No puedo quedarme contigo en tu casa!

—¿Por qué no? —Theron al fin se paró y frunció el ceño al reparar

en los tres metros que los separaban.

—Pues porque… porque no está bien. —Bea sintió cómo un ardiente calor le invadió las mejillas.

—¿Y eso sería por…?

—Porque eres mi cuñado y porque apenas te conozco. —Hasta a ella misma le sonaba inmaduro y rancio, pero no pudo evitar la resistencia interior que la embargaba ante la idea de compartir la intimidad de una casa con él.

Una cosa era recurrir a su consuelo en un momento de bajón y otra muy diferente que convivieran durante una semana o más.

—¿Que sea tu cuñado no me convierte en familia? —Theron arqueó las cejas.

—Sí, pero…

—Pero ¿qué? ¿Por qué no nos ahorras tiempo a ambos y me cuentas de una vez el verdadero motivo? —Theron bajó las maletas al suelo y se cruzó de brazos.

—¿Porque no te caigo bien? —Bea se mordió los labios. Había sonado tan insegura que las etiquetas de virginal y rancia se quedaban cortas. ¿Por qué demonios tenía que actuar como una niña de cinco años? ¡Ella no era así!

Él la estudió con ojos entrecerrados.

—De acuerdo, empecemos de nuevo.

—Yo… —Bea tragó saliva ante la repentina suavidad en la voz masculina.

Theron avanzó hacia ella al mismo tiempo que ella retrocedía hasta quedar atrapada contra una columna. Con una mano a cada lado de su hombro, Theron se inclinó. Sus ojos quedaron frente a frente y sus alientos se entremezclaron. Un suave halo de perfume masculino —dulce, con un trasfondo amaderado— la envolvió, dejándole los pensamientos en blanco mientras su corazón latía desbocado.

—Cuéntame qué es lo que de verdad te asusta de venir conmigo. —La intensidad de sus ojos oscuros la atrapó aún más que sus brazos.

Le habría podido lanzar mil motivos a la cara por los que prefería mantenerse lejos de él —como los sentimientos encontrados que le provocaba, la manera en que la hacían sentir aquellas mujeres perfectas y cosmopolitas con las que se codeaba o su terror a ser tan estúpida de permitirle que la manipulara—, pero no consiguió pronunciar ni uno solo de ellos.

—Na…Nada.

Él se acercó tanto que sus narices casi se rozaron. Bea contuvo la respiración.

—¿Tienes miedo de que te seduzca? —murmuró Theron.

—N…no, claro que no. No soy tu tipo ni tú el mío.

Los labios de Theron se estiraron en una lenta sonrisa ladeada.

—¿Segura?

—Sí.

—Si hubieras dicho que no, habría entendido tu protesta y te habría llevado a un hotel, o habría sido un caballero cediéndote mi casa mientras yo me buscaba algún otro sitio. —La mirada de Theron descendió hasta sus labios, despertando en ella un leve cosquilleo interno—. Pero ya que estás tan segura de que no tienes nada que temer, ni muchísimo menos que pueda surgir algo entre nosotros, no veo ningún problema en que vengas a mi casa. Después de todo… —Theron acercó los labios a su oído—, oficialmente, estamos casados.

Si le hubieran preguntado en aquel instante si el estremecimiento que la recorría era frío o caliente, ella no habría sabido qué responder. Theron le dio la espalda y a ella no le quedó más remedio que observar el modo en el que se insinuaban sus músculos bajo la camisa al recoger el equipaje.

¿Había esperado que la besara? ¿En qué estaba pensando? ¡Él la aborrecía! Bea se obligó a recomponerse. Estaba siendo ridícula, pero eso era algo que él no necesitaba descubrir.

—¿Y podrías informarme al menos de dónde vives? —Bea fingió un tono sarcástico mientras empujaba el carrito de Niko tratando de alcanzarlo.

—Deberías saberlo, también fue durante mucho tiempo el hogar de Theo. —Theron ni siquiera se tomó la molestia de mirarla por encima del hombro.

—No sé a qué te refieres —replicó rígida.

—Está ubicada en Eloúnda, a unos setenta kilómetros de aquí.

No tuvo tiempo de preguntar nada más. La impactante visión que encontró a través de las amplias cristaleras hacia las que se dirigían hizo que se detuviera.

—Espera un segundo. ¿Piensas ir en helicóptero?

Bea estudió el monstruoso aparato de color rojo brillante que le recordaba a un mosquito gigante.

—¿Tú qué crees?

—Tienes que estar bromeando.

—En absoluto. En condiciones normales, Eloúnda está a más de una hora de aquí y hoy hay varias carreteras cortadas por una manifestación. Volando, llegaremos en menos de quince minutos y podrás tomar una ducha o dar un paseo por la playa en vez de pasarte el resto de la tarde en una retención de tráfico.

A pesar de que la propuesta de la ducha y el paseo resultaba tentadora, no la dejaba demasiado tranquila.

—Nunca he subido a un helicóptero. ¿No es un poco inestable? Ya de por sí me mareo en los aviones.

—En ese caso, haremos que sea una primera vez que valga la pena.

No tendrás tiempo de marearte. Habremos llegado antes de que te des cuenta. Ve cogiendo a Niko. Yo me encargaré del carricoche. —Theron le dedicó un guiño antes de dirigirse hacia el enorme aparato cargado con los bultos.

Sujetando a Niko contra su pecho, lo siguió con un suspiro.

—Y ahora ¿qué? —preguntó al llegar junto al aparato y echarle un vistazo al interior.

En contra de lo que había supuesto, era mucho más espacioso que los típicos helicópteros que solían salir en las películas de acción. Los cuatro sillones ergonómicos individuales de piel *beige,* ubicados frente a frente con sus brillantes consolas de cristal y madera, no tenían nada que envidiarle a la primera clase de un avión transoceánico, más bien al contrario, dudaba mucho que hubiera vuelos comerciales con ese nivel de lujo.

—Dame a Niko. El asiento de seguridad infantil ya está montado. Lo acomodaré mientras subes.

El niño estaba tan cansado que ni siquiera se despertó. Bea se reclinó en su asiento y trató de aparentar calma mientras se encomendaba a todos los Santos que conocía.

—¿El helicóptero es tuyo o alquilado? —La pregunta real era cómo podía tener un aparato como aquel, pero decidió que él no necesitaba adivinar cuánto la había impactado aquel descubrimiento.

—Mío. —Cuando ella no contestó, Theron siguió hablando—. Supongo que podría haber comprado uno más pequeño porque la mayor parte del tiempo lo utilizo para mis propios traslados y, probablemente, me hubiera resultado más práctico, pero una considerable parte de los tratos de negocios están basados en las apariencias. La ostentación controlada de riquezas y calidad de vida ayuda a generar una buena impresión y, sobre todo, a dar una sensación de estabilidad financiera, del mismo modo que vestir de una forma adecuada contribuye a causar una percepción favorable en una entrevista de trabajo.

—Ah… bueno. Imagino que tienes razón —murmuró Bea echando un vistazo al césped que rodeaba la pista y a la mujer con mono fluorescente y cascos que aguardaba allí.

Theron le sacó las manos de debajo de sus muslos y se los colocó sobre el reposabrazos antes de apoyarse sobre ellos.

—Tranquilízate, es igual o más seguro que cualquier coche.

Bea no fue consciente de que estaba reteniendo el aliento hasta que él cerró la puerta. El remate llegó cuando Theron se montó en el asiento delantero, separado por una cristalera.

—¿Dónde está el piloto? —El tono chillón desveló su repentino pánico.

—¿No es evidente? —La burla de Theron le llegó alto y claro.

—¡No puedes ser el piloto! —chilló Bea histérica.

—¿Por qué no? —Theron pulsó algunos botones en el amplio cuadro de mandos y le hizo una señal a la mujer del exterior mientras el aparato comenzaba a vibrar.

—¡Theron, no bromees con esto!

—Bea, mírame. —Theron giró la cabeza y buscó sus ojos por encima del hombro—. Confía en mí. Soy piloto titulado y con miles de horas de vuelo a la espalda. Uso el helicóptero tanto o más que mi coche. Relájate y disfruta de la experiencia. En la consola que tienes a tu lado, hay una mini nevera. Bebe algo y, si necesitas distraerte y no quieres ver el panorama, lo que sería una lástima, puedes sacar la pantalla y navegar por internet.

En cuanto el aparato comenzó a elevarse dos minutos después, los dedos de Bea se agarrotaron en el reposabrazos y a duras penas consiguió retener un grito asustado. Theron esperó a que estuvieran en el cielo. En cuanto quedó atrás el helipuerto, le habló de nuevo.

—¿Vas bien?

—Es… —Bea admiró el paisaje que se extendía bajo ellos—. Es alucinante. Es como si flotáramos en el aire.

La voz apenas le salía y dudó que el pudiera oírla, hasta que le llegó la risa baja masculina.

—Lo es. La próxima vez, le pediré a Doria que cuide de Niko, así podrás sentarte aquí delante conmigo. Será aún mejor.

La promesa sonó tan íntima que ella no pudo más que apartar la cara y mirar por la ventana en un intento por mantener en secreto el efecto que había tenido sobre ella. No iba a haber una próxima vez, no si dependía de ella. Si le había resultado difícil aceptar que él le comprara los billetes de los vuelos y se encargara de su viaje, más incómodo aún era el encontrarse en un mundo al que ella, evidentemente, no pertenecía. Una cosa era que Theron le explicara aquella mañana que era rico y otra muy diferente, comprobarlo de primera mano. Se sentía pequeña y fuera de lugar sentada en aquel enorme sillón. Hasta podía imaginarse a hombres enchaquetados sentados enfrente de ella, mirándola de arriba abajo, o mujeres elegantes y sofisticadas considerándola con desprecio.

—Si sigues la línea de la costa, en unos minutos verás Villa Iliana. Ha sido nuestro hogar por muchos años y el lugar al que Theo y yo solíamos acudir cada vez que necesitábamos recargar energías.

—¿Villa Iliana?

—Si, fue el regalo que mi padre le hizo a mi madre por sus bodas de oro.

—¿Y le puso su nombre? Es un gesto muy romántico.

—Era lo apropiado. Él la adoraba. Mira, es esa casa de piedras azules con remates en rojo y blanco. ¿La ves?

Si el helicóptero no había sido ya suficiente señal de la fortuna que debían de poseer los Mitros, la visión de aquella mansión hizo el resto. El edificio de tres plantas podía equivaler muy bien a seis o siete casas corrientes de dos pisos, sin contar el enorme terreno que la circundaba y en el que destacaban la piscina, un *jacuzzi* y unos cuidados jardines que lindaban con lo que parecía una playa privada.

—Es… impresionante. —No había otra forma en la que ella pudiera describirla. Era, simplemente, una casa de ensueño, aunque *casa* se le quedara corto.

No era tonta. Jamás había visto una villa de lujo como aquella de cerca, pero había leído revistas de decoración y visualizado algunos reportajes de YouTube sobre las mansiones de los famosos, y no necesitaba preguntarle a un gestor inmobiliario para adivinar que aquella casa debía estar valorada en varios millones de euros. La mentira de Theo sobre su situación económica se hizo cada vez más tangible. ¿Cómo era posible que nunca le hubiera mencionado nada ni de aquella casa ni de la empresa o de su dinero? Ella jamás le había pedido nada. ¿Por qué no había confiado en ella? ¡Hasta habían estado viviendo de alquiler en un piso de setenta metros cuadrados! Una extraña presión se alojó en su pecho y sospechas nada agradables comenzaron a abrirse paso en su mente.

—Es mucho más que eso. Lo notarás en cuanto lleguemos. Mi madre se encargó de convertirlo en un hogar y una zona de descanso abierta a quienes lo necesitaran. Tenía una magia especial para eso. Es una lástima que no llegaras a conocerla. Estoy seguro de que ella se hubiera vuelto loca con Niko.

—Empiezo a comprender por qué no querías que Theo se casara conmigo. Tus padres seguramente habrían estado igual de horrorizados. —Aunque consiguió decirlo con naturalidad, en su interior se fue abriendo paso la humillación.

¿Cómo no iban a pensar que iba tras su dinero? Ella era poco más que una estudiante sin un céntimo el día que se conocieron y poco había cambiado desde entonces, excepto por el hecho de que ahora tenía a su hijo con ella. ¿Se hubiera siquiera atrevido a actuar con soltura con Theo si hubiera sabido lo rico que era? Lo dudaba.

Se produjo un tenso silencio. No fue hasta que tocaron tierra y que las hélices se detuvieron, que Theron le contestó:

—Te equivocas. No tienes ni idea del porqué y puedes estar segura de que mi madre te hubiera defendido a muerte. Jamás habría permitido que una excusa tan tonta como el dinero se hubiera interpuesto entre la felicidad y sus hijos.

Capítulo 8

El helicóptero apenas había tocado tierra cuando ya venía corriendo un hombre desde la casa y, justo detrás de él, una mujer algo rolliza, que no por ello iba más despacio.

—Hay algo más que debo aclararte. —El tono apesadumbrado de Theron puso a Bea sobre alerta.

—¿Y eso es…?

—No le he hablado a nadie de ti ni de Niko. El único que conoce la verdad es Alexander.

—¿Y en calidad de qué se supone que he venido? —indagó Bea con aspereza.

—Desde el entierro, hay rumores de que había una mujer conmigo para consolarme. No los he aclarado y es posible que se acentúen en cuanto vean a Niko.

—¡¿Qué?! ¿Te has vuelto loco?

—¿Quieres que la gente hable mal de Theo? ¿Que lo juzguen o critiquen incluso antes de que hayamos descubierto por qué actuó como lo hizo? ¿O que incluso pongan en entredicho tu relación con él o la paternidad de Niko? —Cuando ella no contestó, Theron se giró hacia ella—. Bea, comprendo que esto pueda hacerte sentir rechazada, pero estoy haciendo lo que creo que es lo mejor para todos. Si la forma de protegeros a ti, a Niko y a Theo es dejando que la gente piense que yo soy su padre, que así sea. Alexander tenía razón aquel día en el tanatorio. En cuanto la prensa amarilla se huela algo, nos perseguirán y tergiversarán la realidad para hacerla más comercial. Y ellos no son los únicos. Saldrán historias desde que queremos hacernos con la herencia de Theo, a que lo engañamos o que estabas con ambos a la vez. Es casi imposible de predecir la imaginación maquiavélica de un periodista o de personas malintencionadas de nuestro entorno.

—¿Y qué sugieres que hagamos?

—Dejar que la gente piense lo que quiera pensar y, una vez que sepamos qué pone en el testamento y las posibilidades reales de demostrar quién es el padre, dar la versión que nosotros dos, de mutuo acuerdo, decidamos. ¿Te parece bien?

No hubo tiempo de analizar lo que había dicho ni de plantear alternativas. La puerta del helicóptero se abrió.

—¿Señor Mitros?

Theron se bajó del aparato y se acercó a ayudar a Bea.

—Kristos, ¿puedes hacerte cargo de algunas de las maletas de la señora? Yo llevaré el resto —le indicó Theron al hombre de mediana edad que había llegado.

Justo detrás de él, estaba apostada la mujer sin aliento.

—Doria, deja que te presente a Beatriz Ulloa. Bea, esta es Doria, nuestra ama de llaves.

—Encantada de conocerla, señora. Bienvenida a villa Iliana. —La agradable sonrisa de la mujer no ocultó la curiosidad con la que la estudiaba.

—Encantada, Doria. La casa es preciosa. —Indecisa sobre cómo actuar, Bea le ofreció la mano.

—Y este pequeñajo es Niko. —Theron se lo enseñó a Doria, quien se puso pálida nada más verlo y se colocó una mano sobre el pecho.

—¡Dios mío! ¡Theron Mitros, ¿cómo has podido?! —Theron se mantuvo rígido, pero no dijo nada mientras Doria le tocaba la carita al niño con ambas manos—. ¡Esto no pienso perdonártelo! —le avisó Doria con lágrimas en los ojos antes de quitarle a Niko de los brazos y encaminarse hacia la casa—. ¡Dios, es clavadito a ti de pequeño! ¡Hola, guapetón! ¡Pero hay que ver lo precioso que eres!

Con el semblante indescifrable, Theron bajó el carricoche del helicóptero.

—Llévalo tú. Yo me encargaré de la maleta y del bolso de Niko.

Bea asintió. Theron tenía razón. La gente daba por supuesto que el hijo era de él, pero aquello, en el fondo, no era lo que realmente la acababa de impresionar, sino la seguridad del ama de llaves para identificarlo con un miembro de la familia Mitros sin siquiera haberle dicho una palabra. ¿O Theron se había encargado de plantar las semillas para que lo dieran por hecho?

Bea descartó la teoría de la conspiración en cuanto entró en la casa y encontró fotos de Theo y Theron que cubrían la historia de su vida entera. En algunas no tenía ni idea de cuál de los hermanos aparecía en la fotografía, pero bastaba tener a Niko al lado para comprobar el alucinante parecido.

Tras esa primera constatación, los ánimos de Bea decayeron. Debía de haber decenas de fotografías de Theo, siempre sonriente, junto a su hermano y familiares. Tenía la misma sonrisa y alegría por la que se había enamorado de él, pero al mismo tiempo, le hacían comprender que había estado casada con un extraño.

Después del tiempo que llevaban juntos, no conocía a ninguna de esas personas que se encontraban en las fotografías con él. Le sonaba alguna de refilón, de haberla visto aquella noche de la fiesta de cumpleaños, pero poco más.

No se sintió con fuerzas para analizar por qué Theo la había mantenido alejada de aquellas personas que habían formado parte de su vida, y se le ocurrían muy pocos motivos para que lo hiciera, del mismo modo que ocurría con su situación financiera o aquella impresionante mansión.

—Por aquí. —El ama de llaves se paró frente a una puerta—. El señor Theron quiso que la alojáramos en la habitación de sus padres. Es una de las más amplias y luminosas de la casa, además de estar en la parte más tranquila. Se ha redecorado por completo. Por esa puerta tiene acceso a una habitación anexa, por si quiere que el bebé duerma más tranquilo, pero el señor dijo que seguramente preferiría que durmiera con usted. Cualquier cambio que desee, se lo podemos hacer sobre la marcha.

—No, no, es todo… perfecto, gracias.

Y lo era. Con paredes de tonos amarillos y muebles de un elegante blanco, la habitación no era solo acogedora, sino preciosa. No faltaba ni un solo detalle, ni siquiera un intercomunicador con cámara con el que pudiera controlar a Niko o un osito de peluche apoyado sobre la almohada.

—Cuando Theron fue a elegir la cuna personalmente, debería haberme imaginado algo, pero me alegro de que por fin estén donde deben estar —dijo el ama de llaves mientras abría los armarios. Bea se mordió los labios para evitar preguntarle qué era lo que se había imaginado y a qué se refería con lo de «me alegro de que por fin estén donde deben estar»—. Sus pertenencias ya están todas guardadas. Si necesitan algo más, no duden en llamarme. Los dejaré para que puedan descansar. —Dora se acercó para acariciarle la mejilla a Niko, que estaba quedándose dormido en los brazos de Bea—. Es tan bonito.

En cuanto se quedó a solas en la habitación, Bea tendió a Niko en la enorme cama de matrimonio y buscó una muda para cambiarlo. Cuando en su dormitorio no encontró nada perteneciente a su hijo, abrió la puerta de la habitación contigua. Paralizada, observó el cuarto desde el umbral. Era el sueño de cualquier madre y lo mejor que se le podía ofrecer a un bebé. ¿Theron había decorado una habitación para Niko solo para que pasaran allí una semana a lo mucho? Sonaba despilfarrador incluso para un millonario como él.

Intranquila, buscó su pasaporte y el de Niko y los escondió debajo de la mesita de noche, dejando solo sus carnés en el monedero. Puede que fuera injusta con Theron, pero después de la situación surrealista en la que la había dejado su hermano, no pensaba arriesgarse.

Capítulo 9

Bea dudó al bajar los últimos escalones de la terraza y encontrarse a Theron revisando unos documentos sobre la mesa mientras tomaba ausente un café. Antes de que pudiera darse la vuelta y desaparecer, Theron alzó la vista y la examinó con una expresión indescifrable. Bea tiró con disimulo de la camisola semitransparente que se había puesto para bajar a la piscina. Con cualquier otra persona le habría dado igual, pero los ojos de Theron siempre le hacían sentir que sería capaz de ver los más mínimos detalles, y estaba segura de que a aquella lenta mirada con la que la estaba recorriendo no se le escaparía que el bikini que se compró para la luna de miel con Theo ahora le quedaba algo apretado, o las diminutas estrías que aún seguían frescas.

—Buenos días —murmuró obligándose a permanecer quieta bajo su exhaustiva inspección.

—Buenos días. ¿Dónde está Niko? —Theron le sonrió con su usual calma.

—Tu ama de llaves se ha adueñado de él y me ha echado de la casa alegando que parezco una vampiresa. —Bea no pudo evitar una sonrisa al recordar los aspavientos de la mujer cuando la mandó a tomar el sol.

—Está en buenas manos, puedes estar tranquila. Doria prácticamente nos crio a mí y a Theo.

—Lo sé, Theo me contaba historias sobre ella.

Theron gimió.

—Deja que lo adivine, te contó de aquella vez que nos persiguió por el mercado con un gallo, amenazándonos con desplumarnos igual que a él si no regresábamos de inmediato a pedirle disculpas a la señora Gianni por haberle pegado con un chicle un cartel de «tomates con gusanos» en la caja, ¿verdad?

Bea rio al recordarlo.

—Sí, esa también, aunque le gustaban más las historias sobre ti.

—¡Dios! Dime que no lo hizo. —Theron se echó atrás en el respaldo y se tapó el rostro con un gesto teatral—. No importa con qué lo amenazara, siempre tenía que relatarle a todo el mundo esa dichosa historia.

—¿Cuál?

Theron achinó los ojos ante su despliegue de inocencia, pero no antes de que Bea pudiera captar el brillo divertido en sus pupilas.

—¿La del instituto con los globos?

—Uhmmm… —Bea frunció los labios como si se lo estuviera pensando—. ¿Te refieres a aquella vez en la que Doria se enteró de que habías estado con una chica y no habías usado protección, y te recogió del instituto con el coche rodeado de condones de colores inflados con helio y un enorme cartel de «Solo los tontos no saben para qué sirven, solo un idiota no sabe cómo se usan»?

—¡Maldito chivato! Es algo que no pienso perdonarle nunca. ¿Tienes idea de lo que le supuso a un niñato como yo a los quince años que todas las chicas pensaran que lo hacía sin condones porque no sabía cómo ponérselos?

Bea ladeó la cabeza y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Y funcionó?

—Créeme, conmigo y con el resto de los doscientos chicos del instituto. Creo que con la edad que tengo no he vuelto a… —Theron carraspeó después de que por su rostro pasara una expresión de culpabilidad—. Digamos que, por regla general, me encojo con la idea de que Doria podría aparecer para traerme el desayuno por la mañana con extraños globos de colores si no los uso.

—¿A los niños grandes no les gustan los globos? —se mofó Bea.

—Solo si vienen envasados y sin estrenar —replicó Theron con sequedad—. ¿Y bien? ¿Qué te parece la casa? ¿Estás cómoda?

Bea echó una mirada al inmenso jardín con piscina que se extendía ante ella. ¿Qué podía decir sobre aquel sitio? Era incluso mejor que estar de vacaciones en un hotel de cinco estrellas.

—Es genial. Eres muy afortunado de tener un sitio como este para vivir.

Theron siguió su mirada y asintió.

—Suelo pasar largos periodos en Londres y Nueva York, pero aquí es el único sitio en el que realmente me siento en casa.

—Lo entiendo —admitió Bea, a pesar de que eso le recordaba a Theo y sus continuos viajes.

—Por cierto, he acordado con la agencia unas entrevistas para elegir a la niñera. Las candidatas vendrán mañana por la tarde.

A Bea pareció congelársele la sangre en las venas.

—¿Niñera? —preguntó despacio—. ¿Para qué estás buscando una niñera?

—¿No es obvio? —Theron frunció el ceño.

—Fuiste tú quien convenció a Theo de que era mejor que me quedara con el niño en vez de encontrar una niñera para que yo pudiera volver a trabajar. ¿Por qué ahora de repente ese cambio?

Bea creyó ver una chispa de furia en sus ojos.

—Olvida todo lo que Theo te haya dicho sobre mí. Soy yo quien te está buscando a alguien que cuide de Niko, ¿no? No necesitas otra prueba que esa.

Bea reculó un paso.

—No necesito niñera. Solo vamos a pasar aquí unos días, hasta la apertura del testamento pasado mañana. Eso fue lo convenido.

Theron apretó la mandíbula.

—Pensé que te gustaría disponer de algo de tiempo libre o que incluso disfrutarías haciendo un poco de turismo durante tu estancia. Lo normal es que, aun después de pasar por el notario, tengamos que realizar otros trámites. Puede ser necesario que te quedes para terminar de resolver cualquier tema administrativo que pueda surgir a raíz de las disposiciones impuestas por el testamento.

Bea se frotó los brazos.

—No sabría qué decirte. Me he acostumbrado a que mi vida gire en torno a Niko y sus horarios. —Por un lado, no se fiaba de Theron más de lo que se habría fiado de Theo a aquellas alturas, pero por otro, la idea de tener tiempo para hacer algo tan sencillo como darse un chapuzón en la piscina lo convertía en una enorme tentación.

—¿Y si simplemente lo pruebas y opinas después? —propuso Theron con tranquilidad—. Nadie nos obliga a contratarla hasta que Niko llegue a la universidad.

—Muy gracioso —murmuró Bea.

El móvil de Theron vibró sobre la mesa y él, tras echarle una corta mirada a la pantalla, apretó los labios.

—Piénsatelo —le propuso a Bea antes de cogerlo—. ¿Alexander?

Ella observó cómo entraba en la casa y soltó un largo suspiro. De repente, se dio cuenta de que tenía toda una playa privada, el jardín y la piscina para ella y, por primera vez en semanas, sintió una pequeña chispa de ilusión y alegría. ¡Estaba en Creta, el sol brillaba en el cielo y tenía el mar y una piscina para ella sola! El resto de los problemas podían esperar un rato más.

Lo primero que la advirtió de que ya no estaba sola fueron los alegres gritos infantiles, lo segundo, la risa masculina que la hizo girarse de inmediato. Los ojos de Bea se abrieron asombrados. ¿Aquél era el mismo hombre que apenas unas horas antes había cogido a Niko con miedo?

—¡Mira, ahí está mamá! ¿Quieres meterte en el agua con ella? —Con una amplia sonrisa, Theron guió la manita de Niko en dirección a ella para captar su atención.

—Niko, ven con mamá. —Bea se acercó al filo de la piscina y estiró los brazos hacia un feliz bebé en pañales acuáticos que pataleaba impaciente.

—Toma. Voy a inflar los flotadores antes de entrar. —Theron se inclinó para entregarle al bebé.

Bea no pudo más que reír ante los gritos y sonidos guturales de Niko.

—Hola, precioso. Ya veo que te gusta el agua. —Bea le dio un beso en la mejilla y dejó que la salpicara.

—¿Cómo es que no estás en la playa? —preguntó Theron sacando un flotador de uno de los paquetes para inflarlo.

—He estado un rato bañándome allí, pero prefiero enjuagarme y tenderme en un sitio con un poco menos de arena —admitió Bea—. ¿De dónde has sacado todo eso? —Señaló los cinco o seis paquetes restantes de vivos colores esparcidos encima de una de las hamacas.

Theron encogió los hombros.

—Basta hacer una llamada y te lo traen todo a casa.

—¿Tan rápido? —Bea abrió los ojos incrédula.

—Ser un Mitros en Creta tiene sus ventajas —bromeó Theron con un guiño.

—Ah, vaya… —Bea no supo qué más decir—. Imagino que ayuda el tener dinero.

Theron bajó el balón que estaba soplando.

—Sí, es una de esas ventajas, de modo que ve acostumbrándote. —Lanzó el balón al agua y sonrió al ver la reacción de Niko—. Mañana iremos a comprarle algo de ropa de playa. No he encontrado ningún bañador para él en los cajones y no estaba seguro de la talla.

—¡¿Has estado hurgando en mis cosas?! —Bea casi soltó a Niko.

—Eh, calma. —Theron alzó ambas manos—. Yo solo acompañé a Doria, que es la que revisó el cajón con la ropa de Niko. Prometo que no he estado buscando tus braguitas ni nada por el estilo.

El resoplido y la contestación que estuvo a punto de soltarle se le ahogaron en la garganta cuando Theron se quitó la camiseta por encima de la cabeza y dejó a la vista su trabajado torso y el tatuaje de un extraño símbolo. Cogiendo unos manguitos, se los llevó para meterse en la piscina que, de repente, parecía mucho más pequeña e íntima de lo que había sido unos minutos antes.

Después de inflar los manguitos y colocárselos a Niko, Theron estiró los brazos para cogerlo, a lo que Niko accedió encantado. Demasiado para la tranquilidad de Bea.

—Yo… eh… Voy a salir a secarme. Estoy empezando a arrugarme como una pasa.

Theron abrió la boca como si pensara decir algo, pero acabó por sacudir la cabeza y echarle cuenta a Niko, que eligió ese preciso

instante para escupirle agua en la cara.

—¡Hey, enano! ¡Eso no se hace! ¡A menos que quieras que te saque del agua y te lance al aire!

Bea aprovechó que estaba ocupado con Niko para salir apresurada de la piscina, pero en cuanto estuvo envuelta en la toalla, no pudo evitar echarles una ojeada. Una extraña sensación le invadió el estómago al ver a tío y sobrino divirtiéndose. Cuando su mirada se cruzó con la de Theron, apartó rápidamente la vista con la excusa de buscar su móvil en el bolso. Nada más tenderse en la hamaca, lo abrió. ¡Veinte mensajes! Entró en WhatsApp y entornó los ojos al comprobar de quién eran.

Bea: «¡Hola! ¿Qué mosca te ha picado?».

Mabel: «¡Por fin! ¡Ya me tenías preocupada!».

Bea: «Lo siento, tienes razón. Ha pasado todo tan rápido que ni siquiera he caído en avisarte que había llegado bien».

Mabel: «¿Cómo va todo?».

Bea: «Pues lo cierto es que mucho mejor de lo que me imaginé. Podría acostumbrarme a esta vida».

Mabel: «¿Qué vida?».

Bea: «Criadas, una casa enorme con jardín y piscina, un ama de llaves que cocina y se encarga de Niko…».

Mabel: «Estás tratando de ponerme los dientes largos, ¿verdad?».

Bea sonrió.

Bea: «Sí. Pero todo lo que he mencionado existe».

Mabel: «¡Estás viviendo como los ricos!».

Bea miró a su alrededor y soltó un suspiro de satisfacción. Mabel tenía razón. Pocos se podían permitir el lujo de una mansión como aquella con vistas al mar. Era sencillamente maravilloso.

Bea: «Bueno, Theo también tenía dinero, aunque no tanto.

Creo».

Mabel: «¿Crees?».

Bea: «Hasta hace unas semanas, ni siquiera sabía que tenía dinero. ¿Lo recuerdas? Y sigo sin saber lo que tiene o si tendré acceso a él».

Mabel: «¿Y mi ahijado precioso?, ¿cómo lo lleva?».

Bea: «De maravilla. Theron está en la piscina jugando con él».

Mabel: «¡Manda una foto, coño!».

Comprobó que Theron no estuviera atento y les sacó una foto a los dos juntos.

Mabel: «¡Joder! ¡Ese hombre iba para modelo de perfumes!».

Bea: «¡Oye! ¡Pensé que querías ver a Niko!».

Mabel: «Lo quiero y está precioso, pero su tío está de rechupete. Como Niko haya sacado los genes de esa familia, vas a tener que espantar a las niñas como moscas».

Las palabras de Mabel consiguieron que echara una ojeada hacia Theron, quien sujetaba a Niko mientras lo animaba a salpicar cuanto más, mejor. No le extrañaba la reacción de Mabel a la foto que le había enviado. Los músculos del trabajado cuerpo masculino brillaban húmedos bajo el brillante sol griego, pero aquello no era lo que más le llamaba la atención, era la amplia sonrisa de Theron con la que se veían sus dientes de un blanco níveo y se le formaban pequeñas patas de gallo alrededor de los ojos que, lejos de restarle atractivo, lo dotaban de un aura de madurez bien llevada que lo volvía más interesante. Y sí, Niko había sacado los genes de su familia. Solo había que verlos a ambos juntos para comprobar la similitud de sus cabellos negros, los labios carnosos para ser hombres y el intenso azul de sus ojos.

Mabel: «¿Sigues ahí?».

Bea: «Sí, lo siento, me he despistado».

Mabel: «A ver si lo adivino, estabas mirando a tu cuñado, ¿no?».

Bea casi maldijo en voz alta. Algunas cosas eran demasiado íntimas y personales como para compartirlas incluso con una amiga. Especialmente, con una que era entrometida y no se callaba lo que pensaba ni bajo el agua.

Bea: «Para nada. Estaba mirando el reloj para comprobar cuánto falta aún para la cena».

Mabel: «¡Mentirosa! Solo hay una hora de diferencia entre España y Creta y aquí apenas son las seis».

Miró la hora. ¡Mierda, había metido la pata!

Bea: «Aquí se cena más temprano que en España».

Mabel: «Nena, si quieres engañarte hazlo, pero mientes fatal hasta por wasap, y mira que eso ya es difícil».

El mensaje fue seguido de la imagen de un mono partiéndose el culo de la risa.

—¿De qué te ríes?

Bea alzó sobresaltada la cabeza para mirar directamente a los ojos azules de Theron, que envolvió a Niko en una toalla sin perderla de vista.

—Uhmmm… eh, nada, solo estaba conversando con mi amiga Mabel.

—¿Sobre?

—Los paisajes griegos —soltó apresurada, demasiado, a deducir por la ceja alzada de Theron.

Capítulo 10

Con Niko durmiendo como un bendito en su cunita, Bea salió al balcón y se apoyó en la barandilla. El contraste entre los cuidados jardines con piscina y las zonas de ocio con la playa privada de arenas blancas, el mar de un intenso azul y el paisaje de colinas agrestes que rodeaba la casa era fantástico. Si antes había considerado Creta como un lugar paradisíaco, ahora le parecía sobrecogedor. Dudaba mucho que fuera capaz de olvidar alguna vez aquel impresionante sitio.

Solo había visitado la isla en una ocasión. Theo la había invitado a su fiesta de cumpleaños en la casa de su abuela, mucho más sencilla y pequeña que aquella mansión, y también mucho más tradicional. Bea se apartó del balcón y se dejó caer sobre la cama. Ya entonces Theo había estado engañándola, lo que no comprendía era con qué intención. Habría deseado que estuviera allí para preguntarle. Necesitaba tener una respuesta, por nimia que fuera, una que le permitiera volver a creer en él y en lo que habían compartido.

Quería recordar al Theo cariñoso y amable, aquel que la hacía reír y sentir como una princesa. Atesoraba en la memoria al Theo de aquella primera noche en la que hicieron el amor en su cumpleaños. Allí mismo, en el jardín, en la diminuta casita de madera en la que él había vivido tantas cosas importantes durante su infancia y que a ella le había parecido un lugar mágico y perfecto.

Bea cerró los ojos con un suspiro. Había hecho lo imposible por integrarse con los numerosos invitados del cumpleaños sin demasiado éxito. Ahora comprendía el porqué. No solo era porque fueran griegos, era porque ella no pertenecía a su mundo.

Después del desagradable incidente que tuvieron con su hermano, Theo apenas se movió de su lado. Ni siquiera supo cómo habían llegado a perderse de vista, pero lo encontró alejado de los demás, sentado en un tronco al borde del jardín, contemplando la playa o quizá el horizonte. Estaba tenso, lo notó en el mismo momento en el que lo abrazó desde atrás.

—¿Sabes? Cuando era pequeña, soñaba con casarme con mi príncipe azul, pero como me daban muchísimo miedo las madrastras y las reinas malas de los cuentos, llegué a la conclusión de que lo mejor que podía

hacer era secuestrar a mi príncipe para que se viniera a vivir conmigo a mi casita del bosque. Aunque tampoco me importaría que la casita en realidad fuera del príncipe. —Le mordisqueó la mandíbula—. ¿Y sabes otra cosa más? —No esperé a que me contestara. —Hay algo que quiero compartir contigo.

Aun recordándolo ahora en retrospectiva, no estaba segura de qué fue lo que la incitó a actuar de aquella manera. No fue algo premeditado. ¿Podían haberle influido los tres o cuatro cócteles que se había tomado? Se había quitado el chal de seda y encaje de los hombros y lo había usado para taparle a Theo los ojos.

—Ven. —Lo rodeó y lo cogió de la mano para ayudarlo a levantarse—. Confía en mí.

Theo titubeó, pero acabó siguiéndola, permitiéndole que lo guiara a través de los árboles, lejos de los invitados y la música, hasta la pequeña casita de madera que su padre les había construido de pequeños a él y a su hermano; y que, como le había confesado aquella tarde al enseñársela, había sido su refugio en algunos de los momentos más duros de su vida. Era algo que a ella le había parecido tierno para un hombre de su edad, y era precisamente por eso por lo que quería añadirle un recuerdo bueno a aquel lugar.

—Ahora agáchate y ten cuidado con no darte un golpe. Imagina que eres Alicia entrando en el País de las Maravillas —bromeó al ponerle la mano en la cabeza para que no se hiciera daño.

Ella lo siguió. El diminuto espacio, que los obligaba a ir encorvados, era mucho más oscuro de lo que había previsto y apenas le permitía distinguir la silueta de Theo. Incluso estando de rodillas, él tuvo que permanecer algo inclinado para que su cabeza no chocara con el techo. Ella se arrodilló frente a él y le acunó la mejilla.

—Sé que es algo tonto e infantil, pero me haría mucha ilusión que me hicieras el amor aquí.

Theo tardó tanto tiempo en responder que temió que fuera a negarse. No lo hizo. Con suavidad, le recorrió el contorno del rostro con el reverso de sus dedos y le quitó a tientas las pinzas del cabello, dejando que su melena le cayera sobre los hombros. Al terminar, se enrolló un mechón de cabello entre los dedos y lo deslizó entre ellos como si quisiera recrearse en su sedosidad.

De alguna forma y con aquellos gestos tan sencillos, consiguió convertir aquel momento en algo mágico. Cuando al fin se inclinó hacia ella y la besó, lo hizo con una pasión como nunca lo había hecho ni jamás volvió a compartir con ella.

Sin un solo sonido o palabra, se sintió deseada y valiosa. Theo se tomó su tiempo en prepararla. Usó su chaqueta para tenderla sobre el suelo. La

desvistió despacio, saboreando cada tramo de piel que iba dejando al descubierto, deshaciéndose del vestido y su ropa interior antes de bajar la cabeza para explorarla con su boca.

Sus manos se aferraron a la tela de la chaqueta mientras alzaba las caderas en un intento desesperado de ofrecerse a él. Consiguió volverla loca con la delicadeza con la que su lengua atizó su clítoris incrementando su sensibilidad con cada lametazo, con cada presión y con el calor de su boca cuando lo rodeaba con sus labios. Sus terminaciones nerviosas se desbordaron hasta que ella acabó explotando entre gemidos y jadeos. Antes de que la última ola de placer amainara, él se situó en su entre sus piernas y la embistió, arrancándole un grito ante la inesperada intrusión. Theo se puso rígido sobre ella y dejó de moverse, probablemente, sintiéndose culpable por haber olvidado que era virgen. Por un momento, Bea temió que fuera a retirarse y marcharse. Lo rodeó con las piernas y lo besó en los labios.

—Ya pasó, solo fue la impresión —murmuró.

Él le devolvió el beso y si pensaba que era maravilloso lo que había ocurrido hasta ese momento, Theo le demostró que podía ser aún mejor. Le hizo el amor despacio, con ternura, con cada beso y cada caricia enfocados a producirle más y más placer. Sus besos fueron tan dulces y profundos que le llegaron al alma y se quedaron para siempre grabados en su mente, y así fue como la llevó al orgasmo una y otra vez hasta que también él cayó sudoroso y exhausto sobre ella.

Se abrazó a él conmocionada con todo lo que la había hecho sentir y vació su corazón.

—Era yo la que pensaba hacerte un regalo y, al final, me lo has hecho tú a mí. Te amo, Theo. Gracias por regalarme un recuerdo tan hermoso. Nadie más que tú podía hacer que este momento fuera tan especial. — Sudoroso y aún pulsando dentro de ella, Theo se puso rígido—. ¿Ocurre algo?

Él apoyó la húmeda frente contra la suya. Acabó soltando un profundo suspiro, sacudió la cabeza y, saliendo de ella, recogió la ropa para marcharse sin pronunciar ni una sola palabra.

Incapaz de creer que la hubiera dejado sin decir nada después de lo que habían compartido, Bea se quedó allí, vistiéndose con dedos temblorosos. Al rato, Theo regresó con una almohada y una manta para taparla y la abrazó durante el resto de la noche. Se negó a volver a hacerle el amor, pero el amanecer juntos la compensó con creces.

Bea se abrazó. ¿Cuánto tiempo había pasado ya desde aquello? Algunos meses después, se casaron y se trasladaron a vivir a Madrid y ahora estaba sola, sin tener muy claro con qué clase de hombre llegó a casarse y por qué la había engañado como lo hizo.

Capítulo 11

Bea se apresuró a abrir la puerta antes de que Niko despertara con los suaves golpes.

—¿Sí?

—El señor Theron la espera dentro de media hora para cenar en la terraza —la informó la chica del servicio.

—Gracias, Erika. —Bea estuvo a punto de cerrar cuando se lo pensó mejor—. Eh, ¡Erika! Perdona.

—¿Señora?

—Los perfumes y las cremas que hay en el baño… eh…

—Son todos para su uso, señora. El señor las ordenó expresamente para usted.

—Ah… gracias —consiguió decir Bea.

La chica le sonrió y se marchó, dejándola estupefacta. ¿Theron había encargado todos aquellos productos para ella? Ya no estaba segura de si lo que trataba era de secuestrarla con Niko o de comprarla con vistas a que ella o su hijo pudieran heredar las acciones de la empresa. Al regresar al baño, estudió la larga docena de perfumes y las cremas de marcas que no había ni soñado con probar. En un repentino arranque, abrió una de aquellas cajas blancas con letras doradas y destapó el tarro para olerlo antes de untarse una pequeña cantidad en la cara. No había firmado ningún contrato, ¿verdad? Además, que ella necesitara trabajar durante un mes para poder comprarse todos aquellos potingues —o dos—, no significaba nada para un hombre que vivía en una mansión con sirvientes y poseía su propio helicóptero. Probablemente, ni se enteraría de si los había usado o no. Revisó el maletín de cosméticos y se dio el capricho de maquillarse por primera vez en meses.

—No puede comprarte porque, de todos modos, no pensabas ir en contra de él —murmuró para sí misma al elegir un perfume con un olor suave y dulzón.

Encontró a Theron apoyado en la pérgola estudiando el mar con una copa en la mano. A su llegada, se irguió.

—Hola, estás preciosa.

Al ver la elegante mesa con faroles iluminados por velas, Bea se alegró de haberse puesto un vestido.

—Lo siento, no tenía ni idea de que sería una cena formal. De haberlo sabido, me habría puesto… otra cosa —terminó al caer en la cuenta de que en realidad no había llevado nada más elegante al viaje.

Theron siguió su mirada y alzó una ceja.

—No lo es y estás perfecta. ¿Puedo ofrecerte vino o prefieres otra cosa para beber?

—No, gracias, no puedo tomarlo. Agua está bien.

—Cierto, aún estás dando el pecho. Lo siento, se me había olvidado. Erika, llévate la botella de vino, por favor.

—No es necesario. No me importa que bebas —protestó Bea—. Además, sería una lástima que se desaprovechara, tiene pinta de ser una botella cara.

La comisura de los labios masculinos tembló con un tic.

—No te preocupes, Doria y Kristos sabrán dar buena cuenta del vino. —Theron le llenó la copa con agua y se echó otra para él.

—Gracias. —Bea miró a su alrededor—. De día, la casa es alucinante, pero ahora, de noche, no hay palabras para describirla. Y este rinconcito es… ¡Guau!

—Me alegra que te guste. Define guau. —Theron la ayudó a sentarse.

Bea cogió un trocito de queso y una uva y los mordisqueó mientras estudiaba los alrededores.

—Es elegante, a la vez que rústico, y el aire es definitivamente romántico y relajante. Es como estar en un restaurante de lujo en el que se hubiera reservado el local entero para una pareja.

—Interesante visión. —Theron se llevó el vaso a los labios con un brillo divertido en los ojos—. ¿Una pareja casada cuenta?

—No me refería a que tú y yo… eh… Más bien trataba de expresar que es un lugar ideal para las mujeres a las que quieres seducir.

Theron arqueó una ceja.

—Pues es una lástima. Eres la única mujer que hay aquí. De hecho, eres la única con la que he cenado a solas aquí en años.

—¿Me estás vacilando? —se le escapó a Bea antes de que pudiera refrenarse.

—En absoluto. A mi madre le disgustaba conocer a nuestros ligues o amantes ocasionales. Su regla de oro era que, si no pensábamos casarnos con ellas, no necesitábamos traerlas a su casa.

—Un poco conservador, ¿no?

—Imagino que sí. Aunque ella siempre aducía que le deprimía tener que recordar que sus hijos estaban demasiado ocupados para formar una familia. Fuera por lo que fuera, la cuestión es que incluso

después de su muerte, hemos mantenido esa costumbre.

—¿Theo y tú? —Bea resopló al verlo asentir—. Ya veo. Puede que por eso a Theo no se le pasara por la cabeza invitarme a cenar aquí.

Theron soltó los cubiertos.

—No creo que fuera por eso.

—¿Por qué entonces, según tú?

A ella no le pasó desapercibida el modo en el que su semblante se cubrió con una sombra y que bajó la mirada a su plato.

—Es difícil de saber. Theo cambió mucho en los últimos años, y yo no era su hermano favorito, precisamente —finalizó Theron con ironía.

Bea tragó saliva y siguió comiendo. Se mantuvieron en silencio por un buen rato, hasta que llegaron a los postres.

A ella se le abrieron los ojos como platos ante el dulce acompañado por una bola de helado y nata. Theron, por su parte, contempló curioso cómo cortaba un trozo del dulce y lo mezclaba con el resto de los componentes.

—Es el *baclavá* más delicioso que he probado nunca. ¿Lo ha hecho Doria o lo ha comprado? —preguntó Bea tras el segundo bocado.

Theron sonrió.

—Los hace ella, y creo que acabas de pasar su prueba.

Bea abrió los párpados que había cerrado en un gesto de puro placer.

—¿Qué prueba?

—Tanto ella como mi madre eran de la opinión de que una mujer que no come, no disfruta de la comida, y si no es capaz de disfrutar de un placer tan simple, entonces tampoco apreciará los momentos sencillos en su matrimonio.

Bea cogió una servilleta y se limpió los labios cuando se dio cuenta de que se había quedado mirándolo boquiabierta.

—¿Eso es filosofía popular griega o se lo han sacado ellas de la manga?

—No lo sé. —Con una sonrisa disimulada, Theron se encogió de hombros y le hincó el diente a su propio *baclavá*—. Eso es algo que deberías preguntarle a ella.

—¿Tú también crees en eso? —Bea dejó la servilleta al lado del plato vacío suspirando de satisfacción y tomó unos sorbos de agua.

—Pues la verdad es que no creo que sea cierto al cien por cien, pero si lo piensas, podría tener su fundamento. ¿No te parece que una mujer capaz de disfrutar de las pequeñas sensaciones y momentos será mucho más propensa a disfrutar de su relación de pareja y de compartir con ella la pasión sin falsos tapujos?

Un bochornoso calor invadió las mejillas de Bea.

—Pues no sabría qué decirte.

—¿No sabes si aprecias los pequeños regalos que nos ofrece la pasión?

—Yo, eh… No, no lo sé —confesó Bea, mucho más sincera de lo que Theron pudiera imaginarse.

—De acuerdo, comprobémoslo. Dame la mano.

—¿Qué? —Bea miró confundida la mano extendida de Theron sobre la mesa.

—Dame la mano.

Ella obedeció reticente. Sin perderla de vista, Theron le mojó un dedo con nata y se lo acercó a los labios. Fascinada, Bea contempló cómo lo chupaba para acabar mordisqueándolo con suavidad. Uno a uno, fue mordisqueando y besando sus dedos, pasando por su palma hasta ascender a su muñeca.

—Theron… —Bea le retiró la mano, pero lejos de conformarse, Theron se levantó de su silla, la incorporó y, empujándola con su cuerpo, la llevó a uno de los postes de la pérgola donde bajó la cabeza hasta quedar apenas a unos centímetros de sus labios.

—¿Sí?

No hubo respuesta. Ella no se la podría haber dado aunque quisiera. En el mismo instante en el que sus labios se tocaron y el dulce sabor a helado de vainilla se esparció por su lengua, Bea supo que estaba perdida. Total y absolutamente perdida.

Sus labios se abrieron a él, su lengua se encontró con la suya y su cuerpo se amoldó al duro cuerpo masculino como si fuera una segunda piel.

Capítulo 12

Bea se sujetó a los hombros de Theron. ¿Cuánto tiempo hacía que anhelaba justo aquello? ¿Que necesitaba sentirse deseada y viva?

—Theron, yo… No creo que esto esté bien.

—Tienes razón, no lo está. —Que le diera la razón no parecía implicar que él estuviera dispuesto a separarse.

Su aliento le calentaba la tez y sus labios se encontraban apenas a unos milímetros de distancia.

—Theron… —Bea alzó la vista y lo miró a los ojos. El mundo entero desapareció a su alrededor y olvidó lo que iba a decir.

Los dientes masculinos atraparon su labio inferior, solo para soltarlo con lentitud. Aquel fue su único aviso, la única oportunidad que le ofreció para que se retirara. Theron posó su boca sobre la de ella. Si hubiera exigido que la abriera y se entregara a él, quizá Bea habría tenido alguna posibilidad de rechazarlo, pero nada de aquello ocurrió. Theron fue seduciéndola poco a poco a base de delicados besos, sensuales toques de su lengua y el incitante raspado de sus dientes.

Bea se rindió con un gemido cuando deslizó la mano por su espalda para ceñirla contra él. Sus cuerpos se amoldaron como si hubieran sido hechos el uno para el otro. Cuando su cabeza comenzó a girar y sus pies parecieron perder el contacto con la tierra, se aferró a él y respondió a sus besos.

Theron aceptó su rendición con un gruñido ronco y bajo, arrancándole un estremecimiento que acabó por alojarse en su vientre, justo a la altura en la que la rígida erección se aplastaba contra ella. Los labios masculinos descendieron por su cuello hasta sus hombros, arrastrando los tirantes del vestido y el sujetador a su paso, y no se detuvieron hasta que encontraron el camino hacia la curvatura de sus senos y envolvieron su pezón. Las uñas de Bea se clavaron en sus musculosos brazos cuando lo lamió y acabó por usar su lengua en un suave aleteo a su alrededor.

Theron la contempló con ojos oscuros y brillantes.

—Te deseo, y no te imaginas cuánto, pero tienes razón. —Él volvió a colocarle las tirantas en su sitio—. No está bien. Aún no. —Apoyando la frente contra la suya, Theron soltó un profundo suspiro

—. Ve a dormir. Necesito recuperar algo de cordura.

Boquiabierta, Bea miró la ancha espalda al alejarse en dirección a la playa. ¿En serio la había excitado solo para dejarla tirada sin más? En algún rincón de su mente, una vocecita le avisó que había hecho bien, que era lo mejor para ambos y que ella había sido la primera en advertírselo. Otra parte de ella, la orgullosa y rebelde que solía mantener reprimida, se negó a ser tratada como una muñeca de trapo vieja a la que uno puede abandonar a su antojo. Con un resoplido enfadado, Bea cogió el camino a la playa. Antes de abandonar el jardín, se quitó los zapatos y los dejó allí.

No fue difícil localizar a Theron con el mar como un espejo. Por si su musculosa espalda no hubiera sido lo suficientemente llamativa, su piel húmeda brillaba bajo la luz de la luna. Bea se detuvo al lado del montón de ropa que había dejado tirado en la arena. Tuvo que hacer algún ruido, porque Theron se giró de forma abrupta hacia ella.

—¿Qué haces aquí? Te dije que te fueras a dormir. —Su voz sonó áspera y lo bastante desagradable como para que ella alzara irritada la barbilla.

—¿Y quién te crees que eres para mandarme a la cama como si fuera una niña?

No hubo respuesta. Theron observó en silencio cómo ella dejaba que su vestido se deslizara hasta llegar al suelo para, a continuación, deshacerse de la ropa interior. La ponía nerviosa que no dijera nada y agradeció que la oscuridad la envolviera lo suficiente como para que él no pudiera apreciar las huellas del embarazo. O, al menos, eso era lo que ella esperaba. Al llegar a su lado, Theron la miró a los ojos.

—¿Estás segura de que no habrá arrepentimientos después?

—No, pero te deseo.

—No llevo preservativo.

—Si estás seguro de que no tienes ninguna enfermedad de transmisión sexual, llevo un DIU.

—Contigo, eso me vale —gruñó Theron atrayéndola hacia su cuerpo y rodeándola con el calor de sus brazos.

Buscó sus labios para besarla. Bea se sujetó a él y lo rodeó con sus piernas. Sus gemidos se entremezclaron ante el contacto íntimo y la forma en la que atrapó la erección entre sus cuerpos, pero Theron no hizo nada más que besarla y mantenerla unida a él. Ella le tiró del pelo para observar su semblante mientras introducía la mano entre sus cuerpos. Lo situó y bajó sobre él. Ambos jadearon al unísono en el momento en el que sus ingles se tocaron y ella comenzó a balancearse. Sus ojos no se perdían de vista y sus respiraciones alteradas se entrelazaban. Con las manos en sus nalgas, Theron fue guiándola, azuzándola a trazar lentos círculos con sus caderas en busca del máximo roce. El placer fue escalando lentamente a cotas más y más

altas, hasta llegar a niveles que rozaban la tortura.

—Theron… —incluso a los oídos de Bea, sonó como un sollozo afligido.

—Pídemelo.

—Necesito más.

Theron le apartó un mechón húmedo de la mejilla antes de que sus manos bajaran de nuevo a su cintura para sujetarla. La embistió con ímpetu y, con ello, cambió las reglas del juego. Volvió a empujar contra ella, fuerte, profundo… arrancándole un grito que atravesó el silencio de la noche. A ninguno le importó. Theron volvió a penetrarla una y otra vez hasta que Bea arqueó la espalda.

—Tócate —la instruyó Theron atrapando uno de sus pezones con la boca.

Demasiado centrada en las sensaciones, Bea no obedeció y fue Theron quien se ocupó de ello, sujetándola con un brazo por la cintura e introduciendo su otra mano entre ellos hasta alcanzar su clítoris con el pulgar. Aquello fue todo lo que ella necesitó para echar la cabeza hacia atrás y chillar su éxtasis. Como si su grito hubiera sido la señal, Theron perdió el control con un gruñido casi animal y comenzó a embestirla con movimientos frenéticos hasta que su cuerpo convulsionó.

Todo quedó en silencio tan de repente como había empezado. Theron la atrajo hacia él y la abrazó, dejando que descansara la cabeza en su hombro.

—No, no te muevas —murmuró cuando ella trató de alejarse y dejarlo en libertad.

Bea se relajó contra su cuerpo. Luego tendría tiempo de analizar lo que había pasado. Por ahora, le bastaba con notarlo pulsando en su interior mientras sentía el enérgico bombeo de su corazón.

Capítulo 13

Alexander se paró bajo el umbral y estudió a Theron.

—¿Qué demonios te ha pasado? —preguntó en cuanto entró al despacho.

Theron resopló y tomó otro trago de *brandy*. A esas alturas debería estar tan borracho que ya no le quedara ni consciencia, pero como si Dios hubiera querido castigarlo, lo más que había conseguido era una noche de insomnio y un desagradable mareo en vez de la anestesia que había buscado para sus turbulentos sentimientos.

—¿Te apetece una copa? —Theron levantó el vaso a modo de brindis.

—¿A las ocho de la mañana? No, gracias. Y tú deberías pasarte al café o acostarte directamente.

—¿Y no crees que ya estaría en la cama si hubiera podido dormir?

Alexander suspiró.

—Le voy a pedir a Doria un café. ¿Quieres otro?

Theron se pasó una mano por los ojos.

—Haz lo que te parezca.

Alexander se acercó al escritorio y pulsó el botón del telefonillo.

—Buenos días, señor —resonó una voz femenina al otro lado de la línea.

—Doria, soy Alexander. ¿Podrías traernos dos cafés al despacho?

—Por supuesto, señor Alexander. Enseguida se los llevo.

Alexander se acomodó en el sillón frente al escritorio.

—Y ahora ¿vas a contarme lo que ha pasado? —Apretó los labios cuando vio que Theron volvía a levantar el vaso, aunque en el último instante lo bajó y lo dejó al lado de su portátil.

—El hijo de Theo. —Theron apoyó la cabeza en el respaldo y apretó las palmas de las manos contra sus ojos—. Cada vez estoy más convencido de que es mi hijo y de que él lo sabía.

Pasaron varios segundos antes de que Alexander hablara.

—¿Puedo preguntar qué es lo que te ha llevado a esa conclusión? —preguntó con cautela.

—Si el hecho de que la licencia de boda estuviera a mi nombre y que yo constara como el padre del niño no fuera ya de por sí sospechoso… ¡Dios, Alexander! Ni siquiera sé por dónde empezar.

Esto es tan… increíble.

—Qué tal si empiezas por el principio —sugirió Alexander, apoyando los brazos sobre las rodillas—. ¿Cómo es posible siquiera que exista la posibilidad de que puedas ser el padre? Jamás te he visto tratando de seducirla. De hecho, ni siquiera sabía que hubieras coincidido con ella desde aquella vez que Theo la trajo de visita a la isla.

Theron se frotó el puente de la nariz. Sus ojos quemaban.

—Fue esa misma noche, la del cumpleaños de Theo. No sé qué me entró o qué se me pasó por la mente. Pensé que era una cazafortunas que prefería lanzarle el anzuelo al pez más gordo.

—¿Y?

—No comprendí que me había confundido con mi hermano hasta que ya fue demasiado tarde. Pensé que aceptando acostarme con ella… Que… ¡Joder! —Theron se levantó y se acercó al ventanal que daba a la terraza. Siempre le habían relajado las vistas que tenía desde allí, pero el mar no lo calmaba en aquel momento—. La jodí, Alexander, la jodí en todos los sentidos.

Cuando llamaron a la puerta, ambos se mantuvieron en silencio.

—Gracias, Doria.

—De nada, señor Alexander. Si desean algo más, estaré en la cocina.

—Mierda —masculló Alexander en cuanto la puerta se hubo cerrado tras el ama de llaves—. ¿Te acostaste con la chica de tu hermano? ¿En qué estabas pensando? Eso no es propio de ti, Theron. Si no me lo estuvieras contando tú mismo, ni me lo creería.

—¿Crees que no lo sé?

—E imagino que ese fue el motivo por el que tu hermano se peleó contigo en aquella época.

—Sí. Me encontró allí y tan pronto me vio, adivinó lo que había pasado. Solo pude confesarle que había sido mi culpa y que ella no tenía nada que ver y aguantar que se desahogara conmigo.

—De modo que fue mentira eso de que te atracaran en el aparcamiento. —Alexander esperó a que él asintiera—. ¿Y ella?

—Jamás lo supo. Al menos, no por mí y creo que tampoco por Theo.

—¿Cómo demonios es posible que no se diera cuenta? Suena irreal. ¿Estás seguro de que ella no te tomó el pelo?

—Era virgen, Alexander.

—¿A su edad? Debe de tener unos veinticinco, quítale dos años para redondear. Ninguna mujer llega virgen a los veintitrés.

—Ella lo hizo.

—Theron, escucha. Sé que crees que…

Theron se giró hacia él con una mirada de advertencia.

—No, escucha tú. ¿De verdad crees que a estas alturas de mi vida no sé distinguir si una chica es virgen o no?

Alexander suspiró y alzó ambas manos en rendición.

—De acuerdo. ¿Qué explicación tienes entonces para el hecho de que ella no te reconociera?

—Estaba oscuro y ella me confundió con mi hermano, ya te lo dije.

—Vale… —Alexander parecía igual de impactado que él—. Y supongo que no usaste anticonceptivos.

Theron apoyó la frente en la cristalera para aliviar parte del bochornoso calor que lo invadió.

—No. Y ni siquiera tengo la excusa de alegar que estuviera borracho. Ella… —Theron cerró los ojos—. Jamás he perdido el control con una mujer como lo he hecho con ella, al menos, no desde que soy un adulto.

—Todos podemos tener una mala noche.

Theron soltó una risotada seca ante el débil intento por consolarlo.

—Pues ya van dos. Anoche volví a estar con ella.

—¡Joder, Theron! ¿En qué estás pensando? ¡Es la viuda de tu hermano!

—A día de hoy es mi mujer, no la de él —replicó Theron con más aspereza de la que pretendía.

—Está bien. Ya eres mayorcito para saber lo que haces. Vamos a centrarnos en el tema en cuestión. —Alexander ignoró su resoplido—. ¿Por qué crees que tu hermano no te lo contó si sospechaba que era tuyo?

—¿Por venganza? ¿Para evitar que pudiera meterme en su relación con Bea? Quién sabe.

—¿Qué quieres entonces que haga?

—Para empezar, quiero que dejes parados todos los trámites administrativos para deshacer la confusión sobre el matrimonio y sobre la paternidad del niño.

Alexander lo miró boquiabierto.

—Eso te convertiría oficialmente en su marido.

Theron ignoró el hormigueo que le recorrió.

—¿Qué se sabe de las pruebas de paternidad y de la investigación que te pedí?

Alexander frunció preocupado el ceño.

—¿No te han llegado? Te envié ambas la semana pasada con Tonio.

—¡Maldita sea! —Theron rebuscó con manos temblorosas en el montón de correspondencia que se había acumulado durante los últimos días.

—Son esos dos. —Alexander cogió un sobre marrón grande y otro blanco de tamaño mediano y se los puso delante—. ¿Quieres que me vaya?

Theron negó. Por algún motivo, necesitaba que alguien estuviera con él para enfrentarse a lo que contenían aquellos sobres. Puso los dedos sobre el envoltorio blanco, dudó y lo apartó para coger primero el de color marrón. Lo abrió y vació el contenido sobre la mesa. Su estómago dio un vuelco al ver la decena de fotos de mala calidad, selfis e imágenes que parecían haberse bajado de internet.

—¿Las fechas…?

—Coinciden con las que me diste y algunas más. Parece que sus «reuniones» eran la tapadera para echar algunas canitas al aire. No se trataba de una relación esporádica, siempre era con la misma mujer y parecía que iba en serio con ella.

—Joder. —Theron tiró las imágenes sobre la mesa y se echó atrás en el sillón, deseando alejarse de aquellas pruebas.

—Es una manera de expresarlo. No encuentro una explicación de por qué se casó con Bea si tenía una relación con otra.

—No le importaba un carajo ni su mujer ni su hijo —murmuró Theron con un tremendo peso en el pecho.

—También estuve haciendo indagaciones en Madrid sobre la relación entre Theo y Bea. Algunos testigos cercanos opinaban que no la trataba demasiado bien. No le pegaba y cuidaba de ella, pero algunas situaciones rozaban el límite del maltrato sicológico. ¿Quieres que siga?

—Sí —masculló Theron arrugando una de aquellas imágenes.

—La dejaba a solas por largos periodos de tiempo. No le faltaba de nada, pero quien controlaba el dinero era él y, como tú mismo presenciaste, la tenía viviendo a un nivel muy inferior al de sus posibilidades.

—¿Y ella?

—Ella le fue fiel durante su matrimonio. Dejó su trabajo cuando nació su hijo y se dedicó a él.

—Me comentó que yo no le había dejado contratar a una niñera —murmuró Theron con los puños apretados.

—¿Quieres la verdad? —Alexander lo miró a los ojos.

—¿Desde cuándo tienes que preguntarlo?

—Creo que Theo no quería que te enteraras de lo del niño. Los contratos y pagos domiciliados pasaban por mi contabilidad por motivos fiscales. Sabía que cantidades pequeñas o conceptos regulares no me llamarían la atención, pero el contrato de una niñera habría sido demasiado llamativo. No quería levantar la liebre y que yo te pudiera informar de ello.

Sin responder, Theron cogió el sobre blanco y lo rompió impaciente. Los resultados de la prueba bailaron ante sus ojos hasta que acabó por soltar un sollozo y taparse el rostro. Alexander estuvo de inmediato a su lado y le apretó el hombro.

—Sabes dónde encontrarme si me necesitas —murmuró dejándolo a solas.

Capítulo 14

—Buenos días, Doria. —Bea sentó a Niko en su sillita en la cocina.

—Buenos días, señora Bea. ¡Hola, mi pequeño rey! —El ama de llaves se inclinó a darle un cariñoso pellizco en los cachetes a Niko, quien rio y movió con alegría los brazos en el aire—. ¿Va a desayunar aquí o prefiere hacerlo en la terraza? La mañana está siendo especialmente agradable hoy.

—Creo que… uhmm… —Bea se tocó el estómago algo revuelto.

—El señor ha salido a gestionar algún asunto importante. Dijo que no sabía a qué hora regresaría —añadió Doria como si adivinara el motivo por el que Bea se estaba mordiendo los labios.

—Ah, vaya. Eh, sí, creo que desayunaremos afuera.

Bea no estuvo muy segura de si sentirse aliviada por no tener que enfrentarse a él después de la noche anterior, o sentirse abandonada y desechada porque no hubiera tenido ni siquiera el detalle de esperarla e informarla él mismo después de lo que había ocurrido entre ellos.

—Enseguida se lo llevaré. Para el almuerzo de Niko, hoy prepararé un puré de verduras con patata, calabacín, zanahorias, calabazas, guisantes y un poco de pollo si le parece bien.

—Sí, me parece estupendo. ¿Podría hacer algo más para mí también? Hoy tengo el estómago un poco sensible.

—Por supuesto.

—Gracias, Doria. Se lo agradezco.

A las dos de la tarde, Bea ya tenía claro que los retortijones no tenían nada que ver con su arrepentimiento por lo que había pasado la noche anterior. Con un gemido, se levantó de la cama para ir a por las medicinas que se había dejado en la mesita junto a la hamaca. Dio gracias a Dios de que Doria se hubiera hecho cargo de Niko, porque lo único que quería era hacerse un ovillo sobre la cama y olvidarse de todo.

Encontró las pastillas justo donde las había dejado, junto a la botellita de agua. Demasiado impaciente para esperar a llegar a su

dormitorio, se las tomó allí mismo.

—Me alegra que hayas venido, estaba planteándome si despertarte de tu siesta —murmuró una voz junto a su oído.

Bea encogió sobresaltada la barriga cuando una mano mojada se deslizó sobre su vientre y una erección más que evidente se apretó contra su trasero, empapándole la camisola en el proceso. Ella cerró los párpados al contacto de sus labios en el hueco de su garganta.

—¡Theron! —Bea se despegó apresurada de él—. No te he oído llegar.

—¿Eso importa? —Theron arqueó una ceja.

—Yo… Eh… Ya me iba —saltó Bea, dirigiéndose a la terraza.

Theron la atrapó por la cintura y la acercó a él.

—Se me ocurren cosas mucho mejores que podemos hacer antes, durante y después de la siesta.

Bea gimió cuando le recorrió el cuello con la nariz hasta llegar al lóbulo de su oreja para mordisquearlo.

—¡Tengo que irme! Esto no está bien —Bea dio un paso atrás.

—¿No está bien?

Con cada paso que él avanzaba, ella retrocedía uno, hasta que quedó aprisionada contra la mesa de la terraza. Theron se acercó tanto que pudo sentir la humedad que desprendía su piel y el ligero olor a cloro que apenas tapaba su perfume especiado con un trasfondo dulce. Las aletas de su nariz se abrieron para aspirarlo incluso en contra de su voluntad. Había tantos recuerdos asociados a ese olor…

—No —musitó de forma casi inaudible.

Theron le apartó un mechón de pelo de la mejilla, dejando un rastro húmedo tras él. Una lenta sonrisa se dibujó en la boca masculina al bajar la cabeza. Sus labios quedaron separados por apenas unos milímetros. Incapaz de desprender sus ojos de su mirada hipnotizadora, Bea los entreabrió.

—Pues yo creo que sí que tenemos algo pendiente —insistió Theron seductor.

—No… No podemos.

—¿Por qué no?

—Porque… Porque soy la viuda de tu hermano.

Theron enderezó la espalda y alzó una ceja.

—Eso no te impidió seguirme ayer hasta la playa.

Un intenso calor se extendió por las mejillas de Bea.

—Un error lo puede cometer cualquiera. —Bea alzó la barbilla cuando él entrecerró los ojos—. Sigo siendo la mujer de tu hermano.

—A ver, déjame hacer memoria. —Theron cruzó los brazos sobre el pecho—. ¿El motivo por el que estás aquí no es precisamente porque oficialmente tu marido soy yo?

—¿Se supone que eso es una gracia?

—No. —Theron se apartó de ella y se dirigió a la casa.

—Theron. Escucha, Theron, no puedes irte así sin más. Tenemos que hablar.

—Nos vemos en la cena. Ponte guapa, esta noche hay invitados.

Ella miró impotente la ancha espalda por la que seguían cayendo diminutas gotas de agua a medida que se movían sus marcados músculos.

Algo acababa de salir tremendamente mal y no estaba segura de si la culpa había sido de ella o de él. Lo único obvio era que tenían que hablar. Se sujetó la barriga. Después, cuando se encontrara algo mejor.

Aferrada a la taza del váter, Bea gimoteó cuando alguien le limpió el rostro con una manopla húmeda y le ofreció un vaso de agua.

—Enjuágate la boca y luego bebe un poco. Iré a por una bebida isotónica en cuanto te haya llevado a la cama.

No le dio tiempo a beber. Tal y como se enjuagó la boca, su estómago volvió a vaciarse echando poco más que bilis, que era lo único que aún le quedaba dentro. Lejos de huir espantado como solía hacer Theo durante el embarazo, Theron permaneció a su lado y se aseguró de mantenerle el cabello fuera de la cara para que no se lo manchara. Agotada, Bea acabó por darle a la cisterna y probó a enjuagarse de nuevo la boca.

—Lo siento —musitó apoyando la cabeza contra el mueble del baño.

—¿Por qué ibas a sentirlo? No es culpa tuya. Es bastante habitual que por estas fechas se coja algún virus estomacal, del mismo modo que es corriente que a los turistas, durante los primeros días de su estancia aquí, les afecte el cambio de alimentación y agua.

Cuando fue evidente que su estómago se había tranquilizado, Theron la cogió en brazos y la llevó a la cama.

Le dejó el vaso de agua sobre la mesita de noche y le dio una manopla húmeda. Desapareció durante un buen rato y regresó cargado con una botella de refresco de color azulado y un cubo pequeño que colocó en el suelo.

—¿Dónde está Niko? —preguntó Bea sin querer moverse.

—Está con Doria. La niñera ya viene de camino para quedarse con él por la noche.

—Puede quedarse conmigo.

—Tú estás enferma y si tienes un virus, se lo pegarás. Además, si no tienes fuerzas ni para levantar el brazo, ¿cómo ibas a poder con un bebé que es incapaz de mantenerse quieto? No te preocupes por él, está bien cuidado. Doria nos crío a Theo y a mí. De modo que si te

casaste con uno de nosotros, entonces está claro que hizo un buen trabajo.

—¿Eso ha sido un chiste?

—Sería bastante malo si te hiciera gracia.

—*Sip,* es malo —graznó Bea con la garganta irritada.

Theron se acostó a su lado y la abrazó.

—Duerme tranquila, cielo. Niko estará bien y mañana te encontrarás mucho mejor.

Capítulo 15

¿Qué crees que pasará cuando entremos? —Bea se secó las manos de forma disimulada en la falda de su vestido.

Theron estudió serio al resto de la gente que se encontraba en la notaría.

—No lo sé. Cualquiera sabe lo que le pasaba a Theo por la cabeza cuando vino aquí a hacer el testamento.

Alexander se acercó a ellos.

—El siguiente es nuestro turno. Me han pedido que les entregue vuestros documentos de identificación para ir adelantando los trámites.

Al levantarse, Bea le cogió la mano a Theron y se la apretó.

—Seguro que todo saldrá bien. No sé qué fue lo que le ocurrió, pero tu hermano no era una mala persona —le aseguró, tratando de convencerse a sí misma en el proceso.

Theron, a su vez, le apretó la suya.

—No, el Theo que yo conocía no lo era.

Bea hizo un esfuerzo supremo por seguir la lectura del intrincado texto que el notario leía en griego, pero más que lo que decía el hombre, eran las maldiciones y resoplidos de Theron los que le indicaron que la cosa no iba bien.

—Eso es todo. —El notario cerró la carpeta que tenía frente a él—. Si son tan amables de firmar la documentación de aceptación de las cláusulas iniciales. —El notario deslizó unos papeles en su dirección.

—Nos gustaría leerlos con más calma y tomar una decisión consensuada, si no le importa —intervino Alexander.

—Por supuesto. Mi ayudante les indicará una sala donde puedan hacerlo con tranquilidad. Pueden decirle que me avise si deciden firmar.

—Gracias, señor Floros.

—¿Qué ha sido eso? —gruñó Theron alterado después de cerrar la puerta de la diminuta sala de reuniones con un portazo tras de sí.

—Una jugada maestra —masculló Alexander.

—Pero se podrá recurrir ante un juez, ¿no? —intervino también Bea, a pesar de que apenas había entendido algunos trazos de la

lectura.

—Suponiendo que llegáramos a juicio antes de que transcurran los seis meses que vienen estipulados para la siguiente lectura de últimas voluntades, cualquier juez con dos dedos de frente alegará que no puede juzgar un testamento que aún no ha sido abierto.

—Pero ¿qué hay de Niko? No lo reconoce como su hijo, sino como su sobrino. Eso sí es apelable.

—Sí, pero no supondrá demasiada diferencia —comentó Theron, quien parecía haberse calmado desde que habían entrado en el pequeño despacho y que ahora estaba sentado en un sillón estudiando pensativo un cuadro en la pared—. Theo se ha asegurado de que ni a ti ni a Niko os falte de nada. Cediéndote una parte de la casa de Creta, os ha proporcionado un lugar donde vivir y con la asignación mensual a Niko, cubre vuestra manutención más que de sobra.

—¡Pero me obliga a vivir aquí en Creta hasta la siguiente lectura cuando sabía que mi vida está en España!

—Sí.

Bea se dejó caer sin energías en el sillón contiguo.

—¿Por qué me ha hecho eso?

—No te lo ha hecho a ti, es a mí a quien ha querido castigar —murmuró Theron levantándose de su asiento—. Si me disculpáis, necesito estar un rato a solas.

Bea miró de la puerta cerrada a Alexander.

—¿Qué ha significado eso?

Alexander se masajeó la barbilla.

—Que Theo lo tiene cogido por los huevos y que lo hizo a propósito.

El trayecto de regreso se realizó en un tenso silencio. El magnífico paisaje, que cualquier otro día le habría alegrado la vista a Bea, le supuso una tortura que deseaba que terminara cuanto antes.

—No hace falta que te pongas así —escupió cuando ya no fue capaz de aguantar la tensión—. Niko y yo podemos irnos a un hotel. Así no te estorbaremos. Con el dinero de la asignación mensual, me lo puedo permitir y dudo mucho que nadie compruebe si estoy viviendo en la casa o no.

—¿De qué estás hablando? —Theron frunció el ceño.

—Creo que con lo que dijiste antes está claro, ¿no?

—¿Serías tan amable de recordarme qué dije? —preguntó Theron tras unos segundos.

—Que Theo trataba de castigarte con nuestra presencia en tu casa. Puedes tener claro que ni pienso dejar que él nos use como

herramienta de venganza ni voy a quedarme donde no me quieren.

—No tienes ni puta idea de lo que estás diciendo —masculló Theron.

—Ah, bien, gracias. Volvemos a lo de que soy demasiado tonta para enterarme de lo que ocurre —bufó Bea molesta.

Theron apretó los labios y sacó el coche de la carretera, cogiendo un estrecho y pedregoso camino que parecía más idóneo para cabras que para un vehículo deportivo. Bea se agarró asustada cuando el coche comenzó a ladearse y a saltar con los profundos baches. Theron acabó por aparcar frente a unas impresionantes vistas al mar, apoyó la cabeza en el respaldo de piel y se tapó los ojos con ambas manos, soltando el aire de forma sonora. Bea juntó las manos sobre su regazo, quedándose a la espera de que bajara los brazos o dijera algo.

Después de un profundo suspiro, Theron se giró hacia ella.

—Mírame. —Le cogió con suavidad la barbilla y la obligó a mirarlo —. Ahora, tú y Niko sois mi familia. Mi casa sería la tuya, aunque Theo no te hubiera regalado la mitad. Sois y seréis bien recibidos, siempre.

El nudo que le tenía atenazado el estómago se aligeró, pero los ojos de Bea comenzaron a quemar.

—Entonces, ¿a qué te referías con lo del castigo?

Ella tendría que haber sido ciega para no notar cómo a él se le nublaron los ojos. Theron se acercó a ella y apoyó la frente contra la suya.

—Hay algo que necesito confesarte. Algo de lo que me arrepiento profundamente y daría lo que fuera por cambiar, pero no estoy preparado para contártelo hoy. Perdóname.

—Theron…

Él salió del coche, lo rodeó y le abrió la puerta. Bea aceptó su mano. Su corazón se detuvo cuando la sentó sobre el capó y se acercó a ella. Los labios masculinos se presionaron contra los suyos llenos de una extraña mezcla de dulzura y desesperación.

—Ayúdame a olvidar, Bea. —Ella no le respondió. No hizo falta. Theron deslizó las manos por sus muslos, alzándole el vestido en el proceso y ella le abrió la cremallera del pantalón—. Espera, no quiero hacerte daño.

—No lo harás —musitó Bea contra sus labios.

Theron soltó un gemido al comprobar que no mentía y que se encontraba más que preparada. Apartándole la húmeda tela de las braguitas, la penetró despacio y se abrazó a ella, manteniéndose así durante una pequeña eternidad.

—Bea…

—¿Qué ocurre? —le preguntó, acunándole el rostro en sus palmas cuando no acabó de hablar.

Theron sacudió la cabeza.
—Nada. Solo hazme olvidar.

Capítulo 16

Bea no necesitó abrir los ojos para adivinar que el obstáculo que acababa de interponerse entre ella y el sol era alto, moreno y con los ojos azules. Tampoco le hacía falta verlo para que en su interior despertara una sensación de anticipación. Permaneció quieta, como si no se hubiera percatado de su presencia, aunque le costó hasta los últimos remanentes de su fuerza de voluntad.

—¿Te has echado protector solar? —Theron se sentó a su lado en la tumbona—. La brisa puede engañar.

—Ajá. —Por una vez, Bea se arrepintió de ser siempre tan precavida.

Su vientre se encogió bajo el suave roce de los dedos masculinos.

—A veces me pregunto cómo lo haces. —Theron esperó a que abriera los párpados azuzada por la curiosidad antes de seguir—. En tu presencia, mis instintos más básicos siempre son los que predominan.

—¿Qué consideras tus instintos más básicos?

Una lenta sonrisa torcida se dibujó en el rostro de Theron otorgándole un aire peligroso.

—Estos —murmuró inclinándose sobre ella en busca de sus labios.

El beso fue tranquilo y exhaustivo, pero con la suficiente dosis de posesividad como para que ella se derritiera en sus brazos y deseara entregarse a mucho más. Como si le hubiera leído la mente, las palmas algo ásperas de Theron recorrieron su cintura hasta bajar a sus nalgas. La alzó para colocarla con las piernas abiertas sobre su regazo y la siguió besando mientras se tendía en la tumbona de la que acababa de levantarla.

Sentada sobre él, con la rígida evidencia de su deseo aprisionada entre sus cuerpos, Bea se irguió y lo observó. El color de los ojos masculinos se había vuelto de un azul tan intenso como el del mar durante un día soleado. La cogió por las caderas mostrándole cómo quería que se balanceara sobre él y las ligeras capas de ropa que se interponían entre ellos no impidieron que a ella se le escapara un largo ronroneo cuando su clítoris se rozó contra el duro miembro viril.

Theron le bajó el bikini, liberó sus pechos a la vista y los cubrió con sus manos, acariciándolos con delicadeza.

—Si Afrodita alguna vez existió, estoy seguro de que debió ser como tú —murmuró ronco.

La atrajo por la nuca para besarla, fundiendo sus gemidos en uno.

—¿Alguna vez no encuentras las palabras adecuadas para decirle a una mujer en estas situaciones? —musitó Bea.

—Contigo, muchas más de las que crees —replicó Theron con una extraña seriedad—. Muévete para mí.

Ella obedeció, no porque él se lo pidiera, sino porque era justo lo que ella anhelaba. Intentó quitarle el bañador, pero él la detuvo.

—Quiero sentirte —protestó seductora.

—Dios, eres la tentación personificada —gruñó Theron como si lo obligara a luchar contra sí mismo y hubiera vencido.

Theron bajó la cinturilla lo suficiente como para liberarse. Cuando también tiró de la parte baja del bikini, Bea descubrió avergonzada la espesa capa brillante que cubría la prenda. El mal rato apenas duró unos segundos, los pocos que Theron tardó en usar su aterciopelado glande para restregarse contra toda aquella humedad acumulada y deslizarse entre sus pliegues hasta aplastarse contra su clítoris.

Bea se arqueó con un jadeo. Theron le permitió que se frotara contra él, pero evitó que pudiera montarlo. Solo de refilón se dio cuenta Bea, de cómo se metía la mano en el bolsillo del bañador. No fue consciente de lo que sacó hasta que la cogió por las caderas para detener sus movimientos. Curiosa, observó cómo manipulaba lo que parecía una doble pelotita de látex de color rosa. El aparato no solo comenzó a vibrar, sino que la parte superior giró en redondo trazando círculos. No se opuso cuando lo acercó a ella y cerró los ojos cuando recorrió sus pliegues empapados con el extraño objeto hasta que acabó por insertarlo en su interior.

Sin poder evitarlo, sus músculos internos se contrajeron ante las primeras vibraciones. Su cuerpo se dobló sobre sí mismo con un jadeo y tuvo que sujetarse a Theron, quien alcanzó su boca. La besó con hambre y su ronco gruñido se entremezcló con los gemidos de Bea cuando se apretó contra ella y su erección quedó de nuevo aprisionada. Sujetándola por las nalgas, se giró y se situó sobre ella. El sudor corría por su frente. Bea apenas podía discernir entre las sensaciones provocadas por el potente aparatito y la gruesa erección que iba presionándose en movimientos deslizantes sobre su clítoris. Theron le tiró con suavidad del pelo para echarle la cabeza atrás y alcanzar el hueco de su cuello con los dientes.

—No tienes ni idea de lo que me haces —murmuró contra su piel antes de apartarse con esfuerzo de ella y ponerse en pie.

—¿Theron? —Bea contempló confundida cómo se subía el bañador y le colocaba a ella la parte baja del bikini.

Theron se pasó las manos por el cabello y le echó una ojeada a la

casa.

—Hay algo que se me ha olvidado contarte. —Se inclinó a besarla —. Tenemos visita —le confesó con un brillo travieso en las pupilas.

—¡¿Cómo?! —Ella se incorporó como un resorte y lo miró horrorizada.

—Termina de vestirte. Están a punto de salir y me va a costar concentrarme si no escondes tus pechos de mi vista —bromeó justo antes de dejarla a solas en la tumbona, buscando como loca la parte superior del bikini.

En la vida le había costado más trabajo saludar a desconocidos con una sonrisa.

—Encantada de conocerla. Soy James Patrick, uno de los socios de Theron. Tengo que reconocer que tenía curiosidad por conocerla. —El hombre se echó las gafas de sol hacia atrás y le ofreció la mano—. Nos ha hablado muy bien de usted.

—Vaya, gracias. Encantada.

—Deje que le presente a mi hermano Sean y a Lily y Magdalena.

Bea trató de mantener la compostura al saludarlos, aunque no podía dejar de preguntarse si serían capaces de captar el leve olor especiado, testimonio de su encuentro con Theron, o si podrían ver la mancha de humedad que de seguro se señalaba en su bikini. Debería haber sido capaz de actuar con mayor rapidez y haberse metido debajo de la ducha en lo que regresaba Theron con los invitados.

Le dirigió una mirada acusadora al culpable de todos sus males, pero él se limitó a alzar una ceja con las manos metidas en los bolsillos. La débil vibración en su interior de repente cambió de ritmo, imitando pequeñas y rápidas embestidas. ¡El muy cabrón tenía un mando a distancia! La sonrisa se le congeló en los labios y no pudo evitar girarse incómoda al encontrarse con los inquisidores ojos de Magdalena, que no dejaban de observarla con algo más que simple interés.

—¿Ya estáis preparados? —preguntó Sean dándole un apretón a Theron en el hombro.

—Claro, podemos irnos en cuanto queráis. Doria ya nos ha preparado el picnic.

—¿Irnos? —Bea lo miró con un mal presentimiento en la boca del estómago.

—Sí, el paseo en barco, ¿no lo recuerdas? —Cualquiera que le hubiera visto la cara habría pensado que no había roto un plato en la vida.

—Ahhh… el paseo en barco —repitió Bea para ganar tiempo sin

que los desconocidos se percataran de lo que ocurría. No pensaba darle al muy cabrón la satisfacción de salirse con la suya en lo que fuera que estaba planeando. No la había informado de nada y lo sabía de sobra, pero pensaba devolverle la bromita. Al notar la manera en la que Magdalena se agarraba a su brazo en vez de al de Sean, supo justo dónde golpear—. Cierto. Lo siento, mi vida, se me había olvidado. Voy a por un vestido y una toalla y ahora regreso.

Ante el apelativo cariñoso, Theron arqueó una ceja, pero no tuvo el efecto que ella había perseguido. Al pasar por su lado, le quitó el brazo a la mujer y retuvo a Bea por la cintura.

—No te preocupes, cielo. No lo necesitas. Ya le di a Doria instrucciones de lo que nos tenía que empaquetar. ¿De verdad pensaste que no me preocupaba que pudiera quemarse tu preciosa piel? —añadió en voz baja y seductora, pero lo suficientemente alta como para que los demás pudieran oírlo.

Bea sintió cómo la sangre se agolpaba en su rostro cuando los invitados los observaron llenos de curiosidad. Los ojos de Magdalena se entrecerraron con frialdad.

—No, claro que no, cariño, pero voy a ir…

Theron la acercó a él y le dio un pico, indiferente a que los demás pudieran estar observándolos.

—No necesitas nada más, confía en mí.

Capítulo 17

Theron la encontró escondida en uno de los dormitorios del magnífico yate.

—¿Bea? ¿Te encuentras bien?

—Sí. —Bea trató de sonreírle. Por nada del mundo pensaba confesarle que se sentía pequeña y desubicada en compañía de sus amistades—. Solo estaba sacándome la leche para Niko —dijo recogiendo el extractor para guardarlo en su bolsa.

—Deberías haber cogido el dormitorio principal. Es mucho más cómodo y dispone de frigorífico y un baño más amplio.

Bea negó con la cabeza y se levantó de la cama.

—Este está bien. Pero hablando de frigorífico… —Bea alzó el biberón—. Mejor lo guardo cuanto antes.

—Ven, lo podemos dejar en el de la cocina para que no se nos olvide cuando regresemos a casa. —Theron se hizo cargo de la bolsa.

Apenas habían salido al pasillo cuando tropezaron con Magdalena.

—Hola, ¿buscas algo? —preguntó Theron.

Bea estuvo a punto de resoplar. ¿Acaso no estaba claro que a quien buscaba era a él?

—Creo que me he perdido. Buscaba el baño. —El rostro de la mujer cambió de uno de confusión fingida a una mueca de asco en cuanto se fijó en el tarro lleno de leche que portaba Bea.

—El baño de invitados está a la derecha de la escalera de bajada —le indicó Theron con frialdad.

—Ah, sí, sí, claro —se excusó la mujer—. ¿Cómo se me habrá podido olvidar?

Theron y Bea observaron cómo se marchaba balanceando exageradamente el trasero operado. Bea se mordió los labios al contemplar la fina tirita de bikini que desaparecía entre las voluminosas nalgas de silicona. Las había con suerte. Si ella se hubiera puesto un bikini así, de seguro que en lo único que se hubieran fijado los hombres habría sido en su incipiente celulitis.

—Creo que sería mejor que dejáramos la leche en el frigorífico del dormitorio que me mencionaste. No quiero incomodar a tus invitados si la ven —murmuró Bea.

Theron le colocó una mano en la espalda y la empujó con suavidad

para que avanzara.

—Me importa un bledo si se incomodan o no. Es la leche de mi… de Niko. No hay nada de vergonzoso o desagradable en ello.

Bea lo siguió con un suspiro a la cocina, pero procuró dejar el biberón en el fondo de una de las baldas para que no pudiera verse nada más abrir el frigorífico.

Theron la observó con el ceño fruncido. Esperó a que ella cerrara el frigorífico, volvió a abrirlo y colocó el tarro en el lateral de la puerta, a la vista de todo el mundo.

—¿Te apetece un baño? —preguntó ignorando los brazos en jarra de Bea.

El mal humor de ella cambió en cuanto Theron le colocó un dedo sobre los labios. Tras un guiño de complicidad, le cogió la mano y la llevó sigilosamente al exterior, en dirección contraria a donde se encontraban sus invitados. Aseguró una escalerilla de emergencia al lateral del barco y esperó a que ella bajara para seguirla.

—¿Estás evitando a tus propios amigos? —se burló Bea por lo bajo cuando, después de un chapuzón, se unió a ella en el agua.

—Shhh… —Theron sonrió con picardía—. Creo que tenemos una cosa pendiente y hay algo que tienes que devolverme.

Ella entrecerró los ojos.

—Que sepas que no pienso perdonarte que me hicieras correrme delante de tus amigos durante el almuerzo.

La sonrisa de Theron aumentó.

—Eres fascinante cuando tratas de ocultar tu placer a ojos ajenos. ¿Piensas devolvérmelo? —Le colocó una mano a cada lado de la escalerilla para que se sujetara a las gruesas cuerdas—. Me da morbo la idea de que me hagas correrme delante de gente sin que se den cuenta. Como ahora. ¿Los escuchas hablando?

—Van a cogernos —murmuró Bea sin aliento en cuanto comprendió sus intenciones.

—Entonces será mejor que nos demos prisa, ¿no crees? —Sin esperar una respuesta, le bajó las copas del bikini dejando sus pechos descubiertos, con una visible piel de gallina y los pezones erguidos por el frío.

—Theron… —Su voz se apagó cuando le cubrió uno de sus pechos y le acarició el pezón con el pulgar.

Como si aquello hubiera sido su consentimiento, Theron tiró con impaciencia de las braguitas del bikini y le sacó el pequeño vibrador que seguía alojado en su interior, guardándose ambos objetos en el bolsillo del bañador.

Ella volvió a abrir la boca, pero cualquier protesta quedó ahogada por los labios de Theron.

—Rodéame con tus piernas —le pidió con la voz ronca.

Cuando lo obedeció, él alzó la cabeza y, agarrado a la escalerilla, la penetró despacio, observándola con las pupilas dilatadas. Bea tampoco lo perdió de vista, tan centrada en el magnetismo que parecía existir entre ellos como en las sensaciones que despertaba en ella al ir conquistando terreno, centímetro a tortuoso centímetro.

Las risas en lo alto del yate pasaron a un segundo plano, el frío del agua dejó de importar, lo único que mantenía su trascendencia era la forma en la que la llenaba, en la que lo deseaba hasta el punto de una angustiosa necesidad.

Cuando al fin pareció haber alcanzado y llenado hasta el hueco más recóndito en su interior, Theron rozó sus labios con los suyos y se retiró de ella hasta casi salirse.

—Te deseo.

Aquel fue el único aviso que le ofreció antes de embestirla como si quisiera atravesarla y hacerla suya hasta fundirse con ella. Los dedos de Bea se agarrotaron alrededor de las cuerdas mientras recibía una segunda arremetida y luego una tercera. Su cabeza se echó atrás y sus labios se abrieron en silenciosos jadeos.

—Bea, ¡mírame!

Ella obedeció. Lo miró a los ojos oscuros, atormentados, llenos de fiera determinación y se entregó. Se entregó a él y a sus posesivas acometidas, al placer que estalló en su vientre cubriéndolos a ambos de calor y al hecho de que hiciera lo que hiciera, jamás sería capaz de negarle lo que quisiera de ella.

—¡Theron! —Su grito ahogado fue la perdición de él. Lo vio en su rostro.

Con una mueca dolorida, Theron se fundió con ella en erráticas embestidas, mientras el calor se esparcía en su interior hasta impregnar sus muslos.

Exhaustos, ambos acabaron por dejarse caer el uno contra el otro mientras recuperaban el ritmo de su respiración. Él le dio un último beso en sus erectos pezones antes de cubrirlos y la ayudó a ponerse de nuevo la parte de abajo, no sin concederse el capricho de una última presión contra su clítoris que la hizo estremecerse irremediablemente. Nada en su actitud la preparó para que, después de un último beso apasionado, Theron se alejara nadando de ella sin ningún tipo de explicación.

—¿Has decidido convertirte en una pasa californiana? —la sobresaltó Magdalena desde la cubierta.

—N-no… Ya subo. —Bea emprendió el ascenso por la escalinata con las piernas tan temblorosas que temió acabar otra vez en el agua.

Que la escalera se balanceara con cada movimiento tampoco ayudó. Si no hubiera sido por la mujer que la controlaba, no habría dudado en tirarse al agua y nadar hasta la escalera fija para subir a

bordo.

—¿Dónde está Theron? —preguntó Magdalena en cuando llegó arriba, con tanta azucarada falsedad en su tono que resultaba hasta empalagosa.

—Ha ido nadando hacia las rocas.

—Ah, ya veo. —La expresión de Magdalena cambió a la de una de gata que acaba de descubrir un ratón en la despensa—. Creo que voy a darme un chapuzón después de todo —murmuró con un tono que más bien parecía un ronroneo, tirándose al agua.

Bea la observó nadar en la misma dirección en la que había desaparecido Theron con una sensación ácida en el estómago. Supo que debería ir tras ella y joderle las intenciones, pero solo fue capaz de dejarse caer en la primera silla que encontró.

Había atestiguado a otras mujeres como Magdalena en su persecución a Theo, pero no recordaba ni una sola de aquellas veces haber experimentado la ira, el dolor o las ganas de hacer daño que sentía en aquel mismo instante.

Capítulo 18

Cuando Bea se giró hacia la puerta del baño, Theron se encontraba en el umbral, descalzo y vestido únicamente con un pantalón de pijama suelto de algodón.

—Iba a la cocina a por un vaso de agua y al pasar por tu puerta, oí mucho ruido. Llamé, pero no contestaste. ¿Qué ocurre?

—Niko ha vomitado —explicó pasándose cansada el antebrazo por la frente para apartarse el pelo.

—¿Quieres que llame a un pediatra? —Theron observó cómo le enjuagaba a Nico las piernecitas en el lavabo y cogió la toalla para ayudarla a secarlo.

Bea negó.

—No parece que tenga fiebre. Supongo que solo le ha sentado algo mal. Vamos a esperar a mañana. Seguro que estará mejor.

—Déjame que yo lo coja para que puedas limpiarte.

Bea arrojó el pijamita sucio al bidé y se revisó el camisón manchado.

—Date una ducha, yo me encargo de quedarme con él —se ofreció Theron.

—Gracias.

Cuando Bea regresó veinte minutos más tarde al dormitorio, la cunita estaba limpia y Niko, envuelto en una sábana, dormía en los brazos de Theron, que se había sentado en el sillón al lado de la puerta de la terraza.

—Parece que está más tranquilo ahora. —Bea le tocó la frente con cuidado de no rozar el pecho desnudo de Theron.

—Puede que sea la postura.

—Gracias por cuidarlo, me ha venido bien la ducha.

—Acuéstate. Me quedaré un rato para asegurarme de que no vuelve a vomitar. Lo tumbaré en la cuna antes de irme.

Aunque sabía que no iba a conseguir dormir con Niko enfermo y Theron en la habitación con ella, prefirió no perder el tiempo en discutir con él.

Para su incredulidad, la siguiente vez que abrió los ojos, los primeros rayos de sol que entraban por el balcón estaban alcanzando los pies de la cama y Theron seguía en el sillón con Niko en brazos,

que roncaba suavemente.

Al verla despierta, Theron sonrió.

—Buenos días.

—Buenos días —murmuró Bea adormilada—. ¿Has pasado ahí toda la noche? —Era una pregunta tonta, pero la hizo de todas formas—. Deberías haberte ido a dormir.

Theron encogió con cuidado un hombro.

—Estoy bien. Estaba más tranquilo aquí, sabiendo que Niko se encontraba bien. No creo que hubiera podido dormir pensando en que podía vomitar de nuevo.

—Gracias. —Bea se reajustó el cojín para verlo mejor.

—¿Y tú? ¿Cómo estás hoy? —Theron la escrutó serio.

—Bien. Anoche solo estaba cansada. Después del día que pasamos en el mar, necesitaba dormir y nunca se me ha dado bien esto de ser madre durante la madrugada.

—No me refería a eso —respondió Theron.

—¿Entonces?

—Anoche en la cena estuviste muy callada y luego, además de mantenerte apartada de los invitados, me evitaste también a mí durante toda la velada.

—Ah, eso. —Nada más recordarlo, Bea sintió la misma pesadez en su estómago que había sentido la noche anterior—. Me sorprende que te hayas dado cuenta.

—¿Por qué no habría de hacerlo? Eras mi pareja.

—¿Yo? ¿O Magdalena? —Bea no ocultó su sarcasmo.

—De modo que era eso. —Theron la estudió con la cabeza ladeada, como si la viera por primera vez.

—¿Era el qué? —preguntó Bea irritada.

Theron se levantó del sillón y acostó a Niko en su cuna, tapándolo con cuidado.

—Estás celosa.

Bea se sentó en la cama.

—¿Por qué debería estar celosa?

—¿Cómo llamarías tú el que te moleste que Magdalena no se apartara de mi lado?

—Eres tú el que está afirmando que me molestó. —Bea se cruzó de brazos.

—¿Lo hizo? —Theron se sentó en el borde de la cama.

—¿Por qué habría de molestarme? Que ayer echáramos una canita al aire no es precisamente un asunto trascendental. Fue un polvo sin importancia. Eso no nos compromete a nada ni mucho menos nos da derechos a nada.

—¿Polvo sin importancia? —Los ojos de Theron se entrecerraron—. Parece ser que no hice bien mi trabajo entonces.

—¿Ahora encima es tu trabajo? —resopló ella de forma despectiva —. Al final, va a resultar que encima eres un *escort* y que te debo dinero.

Theron apretó la mandíbula y se acercó tanto a ella que Bea retrocedió hasta que su cabeza quedó pegada contra el cabecero.

—No voy a seguir discutiendo contigo cuando, a todas luces, lo único que buscas es insultarme. Te garantizo que la próxima vez que estemos juntos, me aseguraré de que no te parezca un polvo sin importancia. Y ten por seguro que habrá una próxima vez y que no tardará en llegar. En cuanto a Magdalena, no me interesa. Soy oficialmente tu marido y, si mal no recuerdo, te presenté como mi mujer. En cualquier momento podrías haber hecho uso de esa situación para deshacerte de ella. De hecho, te lo habría agradecido.

Theron bajó la cabeza como si tuviera la intención de besarla, pero justo antes de rozarle los labios se apartó y se fue sin decir ni una sola palabra más.

—¡Theron!

—¿Sí? —Con la mano en el pomo, se giró hacia ella.

Bea tragó saliva.

—¿Y si admitiera que me sentí celosa?

—¿Lo estuviste? —Los ojos azules la inspeccionaron con intensidad.

—Sí —musitó Bea sin aliento.

—¿Qué quieres de mí, Bea?

—No lo sé.

—Piénsalo y cuando lo sepas, avísame. Puede que esté más dispuesto a dártelo de lo que crees.

—¿Y si lo único que quisiera fuera que te quedaras conmigo aquí, en la cama, y que me abrazaras?

Theron se quedó mirándola. Sin decir palabra, volvió a cerrar la puerta y se acercó a la cama. Se tendió a su lado y le abrió los brazos.

—Ven.

Aquella sencilla invitación fue lo único que necesitó Bea para deslizarse por la cama y apoyar su cabeza sobre su pecho. El constante latido de su corazón y el agradable calor de su cuerpo le arrancaron un suspiro de satisfacción.

—¿Esto era todo lo que querías? —preguntó él jugando con unos mechones de su cabello.

—Tonto, ¿verdad? Lo sé.

Theron la besó en la coronilla.

—Si esto es tonto, entonces imagino que me gustan las tonterías.

Ella alzó la cabeza para mirarlo a los ojos.

—¿En serio?

—¿Por qué te parece tan increíble?

—No lo sé, porque eres un hombre. Se supone que solo vais a lo que vais y ya está, ¿no?

—¿Solo por ser un hombre no puedo disfrutar de tenerte en mis brazos sin hacerte el amor? ¿Eso no es un juicio un poco arbitrario?

—Es posible.

Bea volvió a apoyar la cabeza sobre su pecho y ambos se quedaron un rato en silencio.

—¿Qué es este tatuaje? Parece un símbolo de algún tipo.

—Es un símbolo vikingo. El *Vegvisir*.

—¿Y qué significa o qué representa?

—Representa la fuerza que nos guía cuando estamos perdidos.

—¿Te has sentido perdido?

Theron tardó en responder.

—Más de lo que puedas imaginarte.

—Me gusta —admitió Bea trazando el símbolo con sus dedos.

Quizá habían pasado diez o quince minutos para cuando alzó la cabeza de nuevo y encontró a Theron dormido. Rodeándolo con un brazo, apoyó la mejilla contra su hombro y cerró los ojos. Disfrutaba haciendo el amor con él, pero aquella sensación cálida y llena de ternura que la envolvía en ese momento era incluso mejor.

Capítulo 19

Bea bajó la escalera tarareando y fue directamente a la cocina. Estaba comenzando a acostumbrarse a disponer de un poco de tiempo para ella misma. Que siguiera sintiéndose genial al recordar cómo le había hecho el amor Theron aquella mañana también ayudaba. Sonrió en secreto. Tenía ganas de darle una sorpresa que le hiciera ilusión. Su único problema era que no tenía ni idea de qué podía regalarle a un hombre que podía comprárselo todo, suponiendo que no lo tuviera ya.

—Doria, ¿dónde está Niko? —Miró a su alrededor en la cocina sin encontrarlo.

El ama de llaves le sonrió y señaló con la barbilla hacia la cristalera. Bea se paralizó al descubrir a Theron tendido en el césped con Niko mientras hacían volar aviones de papel.

—Es una vista preciosa, ¿verdad? —Doria sonrió—. Siempre sospeché que Theron algún día se convertiría en un padre maravilloso. Me alegra comprobar que no me equivoqué.

Bea se acercó al ventanal y se abrazó. Theron parecía no tener nada mejor que hacer que pasar el tiempo con el pequeño y solo un ciego sería incapaz de ver que lo disfrutaba. No, Doria no se equivocaba. Bea no tenía más remedio que admitirlo, aunque la teoría de la mujer tenía una pequeña falla y era que Theron no era el padre, sino el tío de Niko. Una enorme pesadez se alojó en su pecho. Hacía días que no pensaba en Theo. A él también le había gustado jugar con Niko, aunque solo lo hacía a ratos.

Sacudiéndo la cabeza y se giró hacia la salida.

—Doria, ¿por casualidad hay folios? Ahora que están los dos ocupados, voy a aprovechar el tiempo para organizarme y quiero hacer algunas listas. —Bea prefirió callarse que la lista que pensaba hacer era para encontrar el regalo perfecto para Theron.

—En el despacho debería haber. Suelen estar en el mueble debajo de la impresora.

—Gracias. Estaré en mi cuarto. ¿Podría avisarme para el almuerzo?

—Por supuesto. Enviaré a Erika.

De camino al despacho, Bea se detuvo cuando, a través de una de las puertas de cristales abiertas, le llegó la voz de Theron acompañada por las carcajadas de Niko.

—Cuando seas mayor, convenceremos a tu madre para que te deje pilotar el helicóptero conmigo. ¿Te gustaría?

Bea sacudió la cabeza con una sonrisa al presenciar cómo alzó a Niko en el aire y lo hacía volar como si estuviera montado en el helicóptero. El pequeño, por su parte, chillaba y pataleaba entusiasmado.

—¡Ewww…! Ten cuidado con esas babas. No tengo ganas de tragármelas. —Tapándose la boca para retener la risa, Bea observó cómo Theron sentó a Niko sobre su regazo y le secó la barbilla con el filo de su propia camiseta—. ¿Sabes? Creo que podríamos llegar a un acuerdo—. Theron pellizcó la diminuta nariz infantil—. Tú me ayudas a convencer a tu madre para que se quede aquí, conmigo, y yo te echaré una mano para que ella te deje ser piloto. ¿Qué te parece el trato campeón? ¿Estás dispuesto a compartir a tu mamá conmigo?

Con el corazón latiéndole a mil por hora, Bea se apartó apresurada de la cristalera. ¿Theron tenía planes a largo plazo para ellos? Quiso soltar los mismos gritos que soltaba Niko cuando estaba excitado por algo.

—Erika, ya que vas al salón, comprueba si aún sigue la bandeja allí —resonó la voz de Doria desde la cocina.

Con una mano sobre su pecho, Bea corrió de puntillas al despacho y se apoyó en la puerta en cuanto la cerró tras ella. ¡Theron tenía planes para incluirla a ella y a Niko en su vida! Si no lo hubiera oído ella misma, ni siquiera se lo habría creído. Sintiéndose como una pluma, se acercó al escritorio y se sentó en el sillón de Theron. Acarició el suave cuero marrón de los brazos con una sonrisa. Hasta podía oler su suave perfume en el ambiente. Estudió las paredes del despacho. De los pocos cuadros que había, la mayoría eran de paisajes o retratos de desconocidos que representaban diferentes culturas. Todos poseían en común la expresividad de sus rostros.

La única foto personal que había era la que se encontraba encima de su escritorio, en la que Theron posaba junto a los que suponía que eran sus padres y Theo. Alargó el brazo para coger el marco y gimió cuando cayeron varios sobres al suelo. Con un suspiro, los recogió y volvió a colocarlos en su sitio. Solo podía rezar para que el orden de ese correo no tuviera importancia.

Con el marco en la mano estudió la fotografía. Ambos hermanos habían sacado los pómulos marcados y la barbilla fina de su padre, pero la nariz estrecha y algo puntiaguda, los ojos azules y el cabello moreno eran definitivamente de su madre. Que Niko hubiera sacado esos mismos rasgos despertó ternura en ella. Si Theron había dicho en serio lo de que vivieran juntos entonces, la gente probablemente confundiría a Niko con su hijo. ¿Le gustaría eso?

De repente, sonrió. ¡Lo tenía! Había algo que Theron no poseía aún:

una foto de él y Niko. Y en el móvil seguro que todavía le quedaba alguna de Niko y Theo que pudiera meter en un marco doble. Estaba tan feliz con su idea que pegó un salto para ponerla en marcha cuanto antes.

—¡Otra vez no! —gimió cuando volvió a caer el montón con la correspondencia.

Su aliento se detuvo al ver una fotografía de una pareja en el suelo. Se agachó a recogerla y se desplomó en el sillón. No conocía a la mujer de nada, estaba segura de ello. Se fijó en Theo. ¿Cuándo había estado así de radiante con ella? No recordaba ni una sola vez después de que se casaran. Puede que tampoco antes. Bea dirigió la vista al resto de cartas esparcidas y las recogió hasta que solo quedaron un sobre marrón y varias fotografías más, todas y cada una de ellas con Theo y aquella mujer.

Tardó un buen rato en reunir el valor de recogerlas. Cuando lo hizo, fue con dedos temblorosos. Las colocó una por una en la mesa y acabó de vaciar el sobre. En una de aquellas fotografías reconoció el chaleco que le había regalado a Theo por navidad.

Despacio, como si cada una de aquellas imágenes pesara una tonelada, volvió a guardarlas en el sobre y lo escondió entre el resto de la correspondencia. Fue a su dormitorio y se hizo un ovillo sobre la cama.

Las imágenes de Theo feliz y sonriente con aquella mujer fueron pasando por su mente como una presentación de diapositivas. Todos los abrazos, besos y gestos cariñosos de una pareja que no había tenido con ella en el último año y medio estaban allí, compartidos con aquella desconocida. Los lujos que a ella le había negado, se encontraban reflejados allí. París, Londres, balnearios, joyas, restaurantes de lujo y parajes exóticos…

¿Quién era el hombre con el que había estado conviviendo? ¿Por qué se había casado Theo con ella? ¿Solo por Niko? Era algo incomprensible que solo por dejar embarazada a una mujer contrajera matrimonio con ella, sobre todo, en un hombre que podía permitirse el lujo de pasarle una pensión sin demasiados sacrificios. ¿Se había casado porque estaba enamorado y luego había ocurrido algo que lo apartara de ella? No importaba las vueltas que le diera, no conseguía encontrar ni la más mínima explicación.

En la puerta sonó un suave golpeteo.

—Señora, el almuerzo va a servirse en media hora.

Bea se secó las lágrimas.

—Gracias, Erika —le contestó sin abrir la puerta—. Por favor, avisa a Doria y al señor que no bajaré. Tengo migraña y prefiero acostarme un rato.

—¿Quiere que le traiga algo, señora?

—No, gracias. Solo quiero dormir.

Theron encontró a Bea sentada en la terraza de su dormitorio con un vaso de agua en la mano.

—Doria me ha dicho que no te encontrabas bien. —Theron se acuclilló al lado de su silla y la estudió—. ¿Qué te ocurre?

No le pasaron desapercibidos los ojos brillantes ni el modo en el que ella trató de esconderle los pañuelos de papel que tenía en la mano.

Bea lo miró largo rato antes de contestar.

—¿No hay algo que se te ha olvidado contarme?

La sangre se congeló en las venas de Theron.

—¿Como qué? —indagó cauteloso.

—Como las fotos que tenías de Theo en un sobre.

Con un profundo suspiro se sentó a su lado.

—Lo siento —dijo mirándose las manos—. Siento mucho que hayas tenido que enterarte de esa forma.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde hace unos días. Le pedí a Alexander que investigara el motivo de la extraña actitud de mi hermano.

Ella asintió y perdió la vista en el horizonte.

—¿Qué te hizo pensar que Theo no me quería?

—Yo nunca he dicho eso.

—Pero lo pensabas, ¿vas a negarlo? —Cuando Theron estuvo a punto de abrir la boca para hacer precisamente eso, los ojos llenos de dolor de Bea se encontraron con los suyos—. No me tomes por tonta, por favor, Theron. Por eso le pediste a Alexander que lo investigara, ¿verdad?

—Nunca comprendí por qué un hombre con la capacidad económica de Theo se había casado en secreto, pasando de su familia. Los griegos, al igual que los españoles, solemos tener no solo familias extensas, sino también muy unidas.

—Estaba embarazada —confesó Bea como si se avergonzara de ello.

Theron apretó los puños.

—Me lo imaginaba.

—¿Crees que se avergonzaba de mí?

Al ver sus lágrimas, Theron habría querido estrangular a su hermano por el daño que le había hecho. ¿Qué culpa había tenido ella de sus errores?

—No. Más bien creo que quería tenerte para él solo.

Bea resopló.

—Theron, he visto esas fotos. He visto sus caras. Eran felices y se notaba a leguas lo que sentían el uno por el otro. Él jamás fue así conmigo, ni siquiera antes de casarnos.

—Lo siento, Bea.

—Si no puedes deshacer el enredo, al menos ayúdame a conseguir la nulidad matrimonial.

Theron se levantó y se sujetó a la barandilla mientras miraba el mar.

—No puedo hacerlo.

—¿Qué? ¿Por qué no? No hay nada que nos vincule a través del testamento de Theo. Y ya te he dicho que no me interpondré en tu camino ni en el de la empresa ni de cualquier otra manera. ¿Qué más quieres de mí?

—¿De qué te servirá la nulidad? No es con Theo con quien estás casada.

—Necesito asegurarme de que no ha podido destruir mi vida por un simple capricho.

Theron tardó largo tiempo en responder.

—¿Y qué pretendes exactamente que alegue para que te concedan la nulidad eclesiástica? No estamos hablando solamente de un matrimonio civil.

—¿Qué tal que el matrimonio jamás existió? ¿O que jamás se llegó a consumar?

Theron se giró hacia ella estudiándola.

—¿Pretendes que mienta a la Iglesia?

—¿De qué estás hablando?

—De que no me creerán si les digo que jamás nos casamos y creo que es más que evidente que lo que hemos hecho estos últimos días entra dentro de la consideración de «consumir» de la Iglesia.

Por un momento, pareció haberla dejado sin palabras.

—No seas ridículo. Somos amantes. Eso no nos convierte en marido y mujer. No hay nada más entre nosotros.

Aun a sabiendas de que lo estaba diciendo porque estaba dolida, sus palabras se sintieron como una daga abriéndose camino en sus entrañas.

—¿Tú crees?

—Pues claro que sí, lo sabes de sobra.

—¿Y qué hay de Niko?

—¿Qué hay de él? Eres su tío, nada más.

A pesar de que sabía que no debía hacerlo, el demonio que lo empujaba a reclamar lo que era suyo salió vencedor.

—¿Recuerdas la casita en el jardín de mi abuela?

El vaso resbaló entre las manos femeninas y estalló contra el suelo dejando un mortal silencio tras de sí.

—¿Qué estás insinuando? —musitó ella incapaz de dejar de mirarlo, buscando hasta el más mínimo indicio en su rostro de hacia dónde pretendía ir.

Theron apretó los puños.

—Me cogiste de espaldas, me tapaste los ojos y…

—¡Calla! —Los ojos de Bea se abrieron espantados.

—Me guiaste a la casita y allí…

—¡Cállate!

—¿Ahora ya no te interesa la verdad?

—¡Esa no es la verdad! ¡No puede serlo!

—En el fondo, sabes que lo es. Es imposible que a estas alturas no te hayas dado cuenta de la diferencia entre Theo y yo.

—¿Cómo pudiste aprovecharte de una situación así? —musitó ella lívida.

—¿Quieres la verdad? —Theron estudió los fragmentos de cristal roto esparcidos por el suelo.

—Por favor.

—Pensaba follarte para luego mostrarle a Theo la clase de pajarraca que eras y que solo perseguías su dinero.

Ella abrió los ojos horrorizada.

—¿Y no te creyó?

—Jamás se lo llegué a decir.

—¿Por qué?

Theron se apoyó contra la barandilla y se pasó una mano por la nuca.

—Porque descubrí que eras virgen y porque me di cuenta demasiado tarde de que el único motivo por el que de verdad te hice el amor aquella noche fue porque te quería para mí.

—¡Dios! ¿Qué clase de enfermo eres? —Ella se colocó una mano sobre el pecho y negó con la cabeza—. No puede ser, te lo estás inventando. Theo vino con una manta y me abrazó hasta el amanecer. Eso es algo que no me he podido imaginar. No estoy tan loca.

—Theo me encontró al salir de la casita, con la camisa abierta y tus marcas de carmín sobre mis labios. Adivinó de inmediato lo que había pasado. Me disculpé, pero ya era demasiado tarde. Se desahogó pegándome puñetazos en la cara y yo me dejé castigar.

—¿Por eso no te volví a ver ese fin de semana? —La voz de Bea tembló.

—Jamás me perdonó por lo que te hice.

—Jamás me lo mencionó.

—Lo siento, Bea. No fue mi intención hacerte daño, ni entonces ni ahora.

Ella lo miró con ojos vacíos.

—Vete.

—Bea, escúchame…

—Vete, Theron. Quiero estar a solas.

—¿Te marchas? —La voz de Theron sonó hueca en el amplio vestíbulo.

—No hay nada más que me retenga aquí —contestó Bea con frialdad.

Theron asintió y mantuvo la vista sobre las maletas. En su vida se había sentido tan perdido como en aquel instante. Alzó la vista hacia Niko, que movía alegre los bracitos hacia él pidiéndole que lo cogiera. Theron tragó saliva. Su corazón se astilló por dentro. No podía perder a su hijo y a Bea. No estaba preparado para ello.

—¿Y si te pido por favor que te quedes?

—¿De verdad esperas que me quede con alguien capaz de caer tan bajo como tú? No, gracias. Prefiero estar lo más lejos que pueda de ti.

Impotente, Theron vio cómo se dirigía a la puerta.

—¿Y si estuviera dispuesto a legalizar nuestro matrimonio?

—¡¿Qué?!

Theron se encogió internamente. El rechazo estaba ahí, escrito sobre su rostro iracundo.

—Piénsalo. Tu futuro y el de Niko estarían asegurados. ¿No es eso lo que querías?

—¡Maldita sea, Theron! ¡No estamos casados! Jamás lo hemos estado y jamás lo estaremos. Lo único que te pedí fue que me ayudaras a deshacer el entuerto, no que me regalaras tu dinero. ¿Qué es lo que pretendes exactamente?

Theron miró la puerta entreabierta y a Niko y asintió. Solo le quedaba un cartucho que quemar. Si fallaba, sería su sentencia de muerte; si acertaba… No sabía lo que podía suponerle si funcionaba, solo le quedaba intentarlo y comprobar qué pasaba.

—Tienes razón, tenemos que hablar.

—¿Ahora por fin te dignas a hablar? —Bea resopló indignada.

—¿Te importaría acompañarme a mi despacho? —Theron ocultó los puños con los nudillos blancos en los bolsillos.

—Me quedaré con Niko mientras hablan. —Doria se adelantó a su respuesta y Theron se lo agradeció en silencio.

Bea apretó los labios y lo siguió rígida hacia su despacho. No importaba que ella lo odiara, Bea no iba a desahogarse con alguien inocente como Doria. Los dos lo sabían.

—¿No crees que ya es un poco tarde para hablar? ¿Tan difícil era hacerlo desde el principio? —Bea cerró la puerta del despacho con un portazo tras de sí—. ¿Qué demonios querías de…? ¿Qué es eso? —

preguntó cuando Theron cogió el sobre blanco que Alexander le había entregado apenas unos días antes.

—Léelo.

Bea lo cogió despacio y se quedó mirándolo antes de sentarse a leerlo.

—¿Le has hecho pruebas de paternidad a Niko sin pedirme permiso antes? —Su rostro pasó de un tono pálido a un rojo intenso.

—Tenía derecho a saber si era mi hijo.

—¡Tenías derecho a una mierda! No eres nadie, ni en su vida ni en la mía —gritó Bea fuera de sí.

Theron apretó la mandíbula.

—Te guste o no, Niko es mi hijo y, como tal, mi heredero, y muy probablemente también el de Theo. Por ese motivo, debe vivir conmigo.

—¿Qué? —Los ojos de Bea echaron chispas—. ¿Te has vuelto loco? —Theron se limitó a arquear las cejas—. No pienso entregarte a Niko. Él se queda conmigo.

—¿Y con qué piensas mantenerlo? —preguntó Theron con frialdad —. ¿Tengo que recordarte que la condición de Theo para que puedas seguir cobrando la asignación mensual que te ha concedido es la de que permanezcas en Creta?

—Me basta una declaración en la que certifiques que es con tu hermano con quien estoy casada, no contigo.

—¿Y si no lo hago?

Ella se puso rígida en la silla.

—¿Serías capaz de caer tan bajo?

Él la estudió con rostro impasible.

—¿Acaso no me conoces?

Con su amargura a buen recaudo, observó a Bea golpear enfurecida el escritorio.

—¡Maldita sea! ¿Cómo puedes ser tan ruin? Para que lo sepas, no te servirá de nada. Reclamaré nuestros derechos ante un tribunal.

Theron se echó atrás en la silla, fingiendo una tranquilidad que no sentía.

—¿Cómo piensas demostrar que no estamos casados si yo afirmo que sí lo estamos? Que Niko sea mi hijo y que sea genéticamente demostrable solo ayudará a confirmar mi alegación.

—No puedes estar hablando en serio. ¿Qué clase de ser retorcido eres? —Bea lo miró incrédula. ¿Cómo había podido equivocarse tanto con él?

—Uno que no quiere perder lo último que le queda —afirmó Theron con sinceridad.

—¿Qué es lo que pretendes de mí?

—Que te quedes a vivir aquí con Niko y conmigo.

En el momento en el que Bea se levantó con dificultad de la silla, Theron supo que había perdido.

—Olvídalo, no pienso vender mi vida a un ser tan despreciable como tú.

Incapaz de moverse de su silla, Theron oyó cómo Doria se despedía de Bea y de Niko. Sus sollozos no eran capaces de expresar ni una pequeña parte del dolor que le carcomía por dentro.

En cuanto el sonido del coche se perdió en la distancia y la casa se quedó en un helado silencio, Theron descolgó el auricular del teléfono.

—¿Alexander?

—¿Theron? ¿Qué ocurre? Suenas como si alguien hubiera muerto.

Theron habría reído de haber podido. Justo así era como se sentía en aquel momento, como si una parte de él hubiera muerto.

—Ven. Necesito de tus servicios.

Capítulo 20

Acurrucada en el sofá, Bea escuchó ausente cómo Mabel le relataba historias intrascendentes de su vida diaria dándoles un aire de importancia que no tenían. Era algo típico en su amiga y prefería oírla a que volviera a acribillarla a preguntas. No tenía ganas de hablar. En realidad, no tenía ganas de nada. Se prohibió pensar en Theo y en Theron, pero eso no cambiaba que el piso estuviera resultándole claustrofóbico y deprimente, o que echara de menos el aire fresco de la playa y el sol caliente sobre su piel.

Incluso Niko debía de notarlo porque, en las dos semanas que llevaban allí, se había vuelto más y más irritable con cada día que pasaba. El timbre la sacó de sus cavilaciones.

—Deja, ya voy yo —se ofreció Mabel, levantándose de un salto para acudir a la puerta.

Bea oyó cómo abría, pero el largo silencio que se produjo le llamó la atención. Intranquila, acudió al pasillo de la entrada.

—¿Ocurre algo?

—Buenas tardes, señora Ulloa. Soy Alexander Vasilakis, el abogado del señor Mitros. —El hombre miró por encima de Mabel, que se encontraba en medio de la puerta.

Bea se abrazó.

—¿Qué le trae por aquí, Alexander?

—Vengo a traerle una propuesta del señor Mitros.

—Mabel, ¿podrías dejarlo entrar? —preguntó Bea con sequedad.

—Sí… —Mabel se apartó despacio, como si no estuviera segura de querer moverse—. Claro.

Pasaron al salón, donde el abogado sacó una carpeta y se la entregó.

—Me gustaría leer lo que pone con calma, si no le importa. ¿Hay algo que tenga que explicarme o que necesite de mí? —preguntó Bea cuando él se quedó esperando.

—Sí, tendré que llevarme una copia si decide firmar el acuerdo de divorcio.

La palabra divorcio pareció retumbar en la habitación.

—¿Quiere tomar asiento? —preguntó Bea antes de enfrentarse a los documentos.

—Gracias.

Mabel, por su parte, se sentó justo enfrente del abogado, al que no había parado de echar vistazos disimulados mientras permanecía inusualmente callada.

—Me he permitido traerle un regalo a Niko. ¿Puedo entregárselo? —preguntó Alexander tras unos minutos.

Bea miró el pequeño peluche vestido de bombero que le mostró y se obligó a sonreír.

—Seguro que le encantará.

Le tomó un tiempo leer y entender la propuesta de Theron. Cuando acabó, no sabía cómo sentirse al respecto. No era lo que esperaba ni tampoco tenía claro si era lo que quería.

—Solo necesita firmar los acuerdos y nosotros nos encargaremos del resto —le aseguró Alexander cuando ella cerró la carpeta.

—Antes de dejar Creta, Theron me amenazó con llevarme a los tribunales por la custodia de Niko —Bea no supo muy bien porqué lo dijo, pero necesitaba hacerlo.

Alexander soltó un suspiro.

—No lo hará. Nunca lo dijo en serio, solo intentó presionarla.

Bea asintió. Por extraño que pareciera, aquello no la aliviaba.

—¿Por qué me ha traído un acuerdo de divorcio y no la declaración que le pedí sobre la falsedad de los documentos de nuestro matrimonio?

—Es lo más práctico dadas las circunstancias. La administración interpretaría como un intento de estafa que tratara de demostrar que estuvo casada con el hermano del señor Mitros, dado que estamos hablando del cobro de una viudedad. Podría llevarle años y mucho dinero en juicios y reclamaciones conseguir una respuesta, y es bastante previsible que no sea la que usted espera.

—¡Precisamente necesito que se me reconozca como la mujer de Theo para poder cobrar esa dichosa viudedad!

—Bea, creo que el abogado tiene razón. ¿De dónde vas a sacar el dinero para cubrir los costes del juicio? Y tú misma lo dijiste, incluso en las cláusulas de Theo se te menciona como su cuñada y a Niko, como su sobrino. Acéptalo. Tienes que pensar en el niño —intervino Mabel.

—La asignación mensual por divorcio que le está ofreciendo Theron es mucho más generosa que cualquier otra que pudiera llegar a otorgarle el Estado español.

—Ya. —Bea se frotó incómoda los brazos.

Era más que consciente de que esa afirmación era cierta. Había visto las cifras. La cuestión era que no tenía ni idea de en qué la convertía aceptar aquellas propuestas. ¿Cómo podía cobrar por un divorcio si nunca habían estado realmente casados?

—Si lo que le preocupa es que el señor Mitros se niega a renunciar a su paternidad, entonces debería tener presente que una prueba de ADN le otorgaría la razón ante cualquier tribunal. Lo único que él quiere es que al niño no le falte de nada, que pueda recibir en el futuro la herencia que por derecho le corresponde y la posibilidad de poder pasar dos fines de semana al mes y unas vacaciones al año con el pequeño. Es una petición nada abusiva si me pregunta desde un punto de vista legal. Los jueces hoy en día tienden hacia la custodia compartida de ambos progenitores.

—¿Estáis tratando de chantajearme? —Bea se levantó de la silla y fue a hacerse una infusión.

El hombre soltó un profundo suspiro y se pasó la mano por el cabello.

—¿Quiere que le sea sincero, señora Ulloa? —Alexander la siguió a la cocina—. Soy amigo de Theron desde hace muchos años, sé cuánto está sufriendo con esto y lo que le está afectando. Lo único que él quiere es lo mejor para usted y para el niño, y créame, eso es justo lo que le está ofreciendo, aunque usted no se lo crea.

—No tiene ni idea de lo que ha pasado entre él y yo. —Bea se negó a mirarlo.

—Se equivoca. Yo estuve con él cuando descubrió que era el padre de Niko y fue conmigo con quien se desahogó cuando comprendió que Theo los había engañado a ambos. —Alexander la miró muy serio—. Se equivocó. ¿Usted nunca se ha equivocado? ¿Acaso su matrimonio con Theo no fue una equivocación? Dígame con sinceridad, ¿cuánto tiempo más cree que podría haber aguantado las continuas ausencias de Theo? ¿Y cuánto más podría haberse convencido de que no veía sus infidelidades y engaños o la forma en la que la manipulaba haciéndola depender de él en todos los aspectos? Sí. También sé eso.

—No estamos hablando de Theo. Estamos hablando de Theron —musitó Bea con voz temblorosa.

Alexander apretó los labios y cogió su chaqueta y el maletín que había dejado en el sofá.

—Le daré un par de días para que se lo piense, pero ¿sabe qué? He venido a convencerla de que es una idiota si no firma esos papeles. Ese es mi trabajo. ¿Quiere saber lo que pienso realmente? Creo que sería una idiota si los firmara. La he visto con Theron, he visto cómo la miraba y sé lo que él siente por usted. Tienen un hijo en común y toda una vida por delante. Yo si fuera usted, no la desperdiciaría llorando a alguien que no la quiso y manteniendo rencores contra el hombre que la ama de verdad solo porque una vez cometió un error. Recuerde que, si esa metedura de pata no hubiera existido, tampoco lo haría Niko. ¿En serio cambiaría a su hijo por deshacer lo que ocurrió aquella noche?

Incapaz de mantenerle la mirada al abogado, Bea miró a Niko, que seguía entretenido jugando con su nuevo osito parlanchín. ¿Había sido un regalo de él o se lo había dado Theron?

—¿Bea? —preguntó Mabel cautelosa.

Bea sacudió la cabeza. No era capaz de hablar. No en aquel instante.

—Ahora, si me disculpan. Les deseo un feliz fin de semana. Al final del dosier puede encontrar mi número de teléfono si necesita algo más de mí, señora Ulloa.

—Le acompaño a la puerta. —Mabel saltó de inmediato del sofá.

Alexander carraspeó.

—Gracias, señorita…

—Mabel. Me llamo Mabel.

El abogado asintió reculando un paso cuando invadió su espacio personal.

—Si… Eh… Buenas tardes, señora Ulloa.

—Adiós, Alexander, y gracias.

Conmocionada y perdida, Bea se dejó caer en el filo del sofá mientras oía la animada cháchara de Mabel por el pasillo. Miró a Niko. Era extraño. Antes, cada vez que lo miraba, le recordaba a Theo. Desde que había regresado, era Theron en miniatura para ella y dudaba mucho que eso fuera a cambiar a medida que creciera.

—Estoy de acuerdo con él. —Mabel la estudió desde el umbral y se apoyó en el marco de la entrada—. Todos metemos la pata alguna vez, unos más que otros. Estás sufriendo por algo que ya no tiene remedio. No importa lo que hagas. Tanto si decides regresar con Theron como firmar ese divorcio, creo que deberías perdonarlo, por tu propio bien y por el de Niko. Es su padre y eso es algo que ya no cambiará nadie. —Cuando Bea no contestó, Mabel se sentó a su lado y la abrazó—. Hay algo que estás olvidando en todo esto.

—¿Y eso es? —preguntó Bea cansada.

—Siempre me has contado lo especial que fue aquella primera noche en la casita. Que no podías haber elegido a ningún otro hombre que te hiciera sentir más protegida y amada que él, y que fue cuando realmente te enamoraste de Theo. ¿Te has planteado que al ser Theron, de quien te enamoraste fue de él y que también fue él quien te regaló aquella noche tan excepcional?

Capítulo 21

Theron frunció el ceño cuando oyó un grito en el vestíbulo. Inmóvil, trató de escuchar algo más, pero lo único que consiguió distinguir fue un nervioso cuchicheo. Estaba a punto de levantarse para comprobar qué había pasado, cuando llamaron a la puerta y Alexander asomó la cabeza.

—Buenos días.

—Buenos días, ¿qué haces aquí? Pensé que no regresarías de España hasta el domingo.

Alexander encogió los hombros y se sentó en el sillón frente a él.

—Bea firmó los documentos antes de lo que tenía previsto. No había nada más que me retuviera allí. —Alexander sacó una carpeta marrón del maletín y se la dejó encima de la mesa.

Con la vista fija en aquella carpeta, Theron se echó atrás en el sillón. Lo había hecho. Bea había firmado el acuerdo de divorcio que la separaría para siempre de él y, a la vez, lo mantendría atado a ella por el resto de sus días. Su última esperanza de que pudiera perdonarle lo que le había hecho acababa de esfumarse. El peso que llevaba alojado desde hacía semanas en su pecho se volvió más pesado y denso.

—¿Ha aceptado que pase tiempo con Niko?

—Al principio le costó, pero su amiga Mabel ayudó a convencerla. El acuerdo que le ofrecimos era ventajoso se mirara por donde se mirara.

Theron asintió. De eso se trataba, de que ella y el niño estuvieran protegidos y que tuvieran todo lo que necesitaran para vivir bien, independientemente de que Theo al final les dejara la herencia que les correspondía o no.

—De acuerdo.

—¿No piensas comprobar el acuerdo? —Alexander arqueó una ceja.

—¿Para qué? Ya sé lo que pone en él y me fío de ti —le contestó Theron, ocultándole que ver la firma de Bea estampada en los papeles de su divorcio le supondría una puñalada en pleno corazón y que no quería pasar por ello.

—Te ha dado fuerte por ella, ¿no? —Alexander lo estudió, apoyado

en el brazo de su sillón.

—¿Y? ¿Sirve de algo?

—Es la primera vez que te veo así por una mujer.

—Es la primera vez que he metido tanto la pata con una que queda fuera de mi alcance.

—¿Y no piensas hacer nada por recuperarla?

Theron soltó una carcajada seca.

—Le robé su virginidad, el derecho a su noche de bodas con mi hermano, le jodí su matrimonio y, para más inri, soy el padre de su hijo, uno que ella pensó que era del amor de su vida. ¿En serio crees que aún me queda cara para presentarme ante ella y pedirle una segunda oportunidad?

—Dicho así, suena jodido —admitió Alexander.

—No suena, es jodido —masculló Theron—. Le he jodido la vida y ahora debo pedirle ¿qué? ¿Que me perdone y me comprenda? Si yo estuviera en su lugar, en el mejor de los casos, me mandaría al infierno y me encargaría de que jamás pudiera regresar de él.

—Imagino que estaría en su derecho de hacerlo. ¿Qué harás entonces?

—Nada. Permitirle que sea feliz y alegrarme por ella cuando lo sea.

—¿En serio crees que serás capaz de hacerlo? —Alexander alzó una ceja.

Theron se levantó y se pasó una mano por el cabello.

—No lo sé, Alex. Me conformaría incluso con sus migajas, pero sé que no sería justo para ninguno de nosotros y, por mucho que me duela, ella se merece ser feliz.

—¿Crees que sigue enamorada de Theo después de lo que le hizo?

Theron suspiró.

—Imagino que sí. Aunque solo Dios sabe que no se lo merece. No sé si ella realmente llegó a importarle tanto como cree, me cuesta aceptarlo después de lo que hemos descubierto. Lo que sí creo es que Theo quiso vengarse de mí. Quiso privarme de mi hijo del mismo modo que yo le robé aquella noche. Lo que no sé es cómo pudo hacerla pagar a ella por algo de lo que no tenía la culpa. Debería haberla dejado tranquila y venir solo a por mí.

—Bien, en ese caso, creo que no tendrás problemas en firmar esto. —Alexander sacó otra carpeta de su maletín y la colocó encima de la anterior.

—¿Qué es eso? —Theron frunció el ceño.

—Siéntate y léelo con atención antes de firmarlo. Es un contrato de por vida y, como tu abogado, estoy en la obligación de advertirte que no te lo tomes a la ligera.

—¿Qué demonios…? —Theron se sentó en su escritorio y cogió los documentos de la carpeta—. ¿Contrato prematrimonial?

Alexander se levantó con una sonrisa secreta.

—No pensarías que una mujer como Beatriz Ulloa estaría dispuesta a regresar a un matrimonio en el que ninguno de los dos tuvo la oportunidad de dar el «sí, quiero», ¿no?

—Pero ¿y el acuerdo de divorcio? Dijiste que lo había firmado.

—Y lo hizo. Ahí lo tienes. —Alexander señaló con la barbilla la primera carpeta que le había entregado—. Pero se negó a hacerlo en una copia que ya hubieras firmado. Me hizo imprimirle todos los documentos de nuevo.

—¿Por qué? —Theron miró confundido la solitaria firma al final de la hoja.

—Porque quería que pudieras ser tú quien eligiera si querías casarte con ella de verdad o si preferías seguir adelante con el divorcio.

—Pensé que eso había quedado claro —murmuró Theron.

—Eres un hombre afortunado. Dios te ha concedido lo que querías, no le pidas encima el milagro de entender a las mujeres —se burló Alexander—. Por cierto, te está esperando en la playa. —En cuanto Theron se levantó, Alexander volvió a empujarlo a su asiento—. Ni se te ocurra presentarte allí sin haberte leído ese acuerdo. Y no te lo digo como abogado, sino como amigo. Lo he redactado con ella y no necesito estar casado para comprender lo importante que ha sido para ella plasmar lo que espera de ti y de vuestro matrimonio.

—¿Y mi hijo? —preguntó Theron tenso.

—Me temo que a él lo ha secuestrado Doria. —Alexander sonrió—. Te hará la vida imposible si vuelves a dejarlo marchar.

Theron cogió decidido la carpeta y se levantó para ir en busca de su hijo. Alexander podía tener por seguro que no perdería la oportunidad que le habían ofrecido.

—Le echaré un vistazo a la propuesta antes de ir en busca de Bea, pero primero necesito ver a mi hijo.

Alexander asintió.

—Puedes leerlo mientras estás con él. Están en la cocina.

Tal y como le había dicho Alexander, Theron encontró a Bea en la playa. Su corazón dio un vuelco al verla sentada en una de las hamacas, con las rodillas encogidas y los pies descalzos. A medida que se acercaba a ella, notó no solo que había perdido varios kilos, sino que las ojeras en su rostro le daban un aire vulnerable y herido. Habría querido cogerla en brazos para prometerle que todo saldría bien y que estaría siempre a su lado, pero se controló, consciente de lo decisivos que podían ser para ambos los próximos minutos.

Con los papeles del acuerdo prematrimonial en la mano, se sentó a su lado.

—¿Alguno de los puntos de este acuerdo es negociable? —preguntó cuando ella se limitó a estudiarlo en silencio.

—¿Como cuál? —Ella lo miró de reojo.

—Como el de los hijos.

—No dice nada en ese acuerdo sobre los hijos.

—Siempre he querido tener una familia numerosa y me perdí tu embarazo y el nacimiento de Niko.

—¿Qué entiendes por familia numerosa? —La cautela con la que Bea lo preguntó hizo que Theron sonriera por dentro.

—Cinco o seis estarían bien. —A Theron no se le escapó que a ella prácticamente se le desencajó la mandíbula ante la cifra.

—Dos, y vas más que despachado —replicó Bea tajante.

—Ni para ti ni para mí. Tres.

Bea abrió y cerró la boca.

—No tomaremos precauciones hasta que hayamos tenido tres, pero será la naturaleza o el universo quien decida cuántos tendremos —propuso ella al fin.

—Hecho. —Theron reprimió la ternura que sintió ante su inocencia a la hora de negociar.

—Y después del tercero, te operarás —añadió ella recelosa.

—Hecho.

—Y te tocará pasar las noches en vela durante la cuarentena y tendremos una niñera que nos ayude con ellos.

—Hecho.

—Y… —Bea se detuvo en seco y lo estudió con ojos entrecerrados —. ¿Piensas consentirme en todo lo que te pida?

—Si lo hago, ¿te casarás conmigo? —preguntó Theron.

Bea soltó un resoplido.

—No quiero que me des todo lo que te pida, solo aquello que sea justo.

—Bien, creo que entonces somos dos. —Theron alzó el tocho de folios enrollados—. Me emociona que hayas redactado un acuerdo prematrimonial en el que renuncias a tus derechos económicos en el caso de una ruptura, pero eso no es lo que quiero.

—¿Qué quieres entonces?

Theron se arrodilló ante ella, le cogió las manos y trató de volcar toda su honestidad en su mirada.

—Bea, quiero casarme contigo, y quiero que sea para siempre. Con lo bueno y lo malo que trae consigo un matrimonio. Con sus discusiones, sus desacuerdos y las inevitables peleas y reconciliaciones que, con el tiempo, fortalecerán nuestro amor. Saber hoy que no te casas conmigo por dinero, no eliminará las dudas en el futuro. No

quiero tener que preguntarme mañana si solo seguimos juntos porque temes perder la estabilidad económica que te ofrece el estar a mi lado. No sería una relación igualitaria. Si quieres que firme ese contrato, lo firmaré, pero te amo y confío en ti, y si no creyera que nuestra intención es permanecer juntos hasta que nuestros nietos nos vuelvan locos, entonces no estaría aquí arrodillado ante ti.

—¿Quieres casarte conmigo? —La inseguridad estaba reflejada en su semblante cuando las pupilas femeninas recorrieron su rostro.

—¿Me estás pidiendo en matrimonio o me estás preguntando si me he puesto de rodillas para pedírtelo? —Theron arqueó las cejas divertido.

Bea miró sus rodillas clavadas en la arena y, de repente, ambos rompieron a reír.

—¿Vas a pedírmelo de una vez? —Bea le sonrió.

Theron se puso serio.

—Primero, necesito saber si me has perdonado por lo que hice.

—No puedo perdonarte por algo así. Mabel me hizo verlo. ¡No! ¡Espera! No es lo que piensas.

—¿Qué te hizo ver Mabel? —preguntó Theron tenso.

—Aquella noche. Siempre pensé que había sido un regalo. Que no fuera Theo no cambia el hecho de que me hicieras el amor ni cómo me hiciste sentir.

—¿Alguna vez compartiste eso mismo al hacer el amor con Theo? —En el mismo instante en el que soltó la pregunta, Theron supo que había metido la pata.

Bea, sin embargo, sonrió con tristeza.

—Theo jamás me hizo el amor. Ni antes ni después de casarnos. Cuando quería hacerlo, él alegaba que no podía. Al parecer, el hecho de que estuviera embarazada me convertía en una especie de virgen inmaculada que él no se sentía capaz de tocar de otra forma que no fuera única y exclusivamente amistosa o de cariño. Y después del nacimiento de Niko vino la cuarentena y luego las excusas de que estaba cansado y las ausencias y, a veces, era simplemente yo la que estaba demasiado centrada en Niko para pensar en nada más o que no me sentía físicamente atractiva.

—Entonces… —Theron titubeó. ¿Cómo era posible?

—Theo y yo jamás estuvimos realmente juntos. La única noche que le atribuía, en realidad, fue la que pasé contigo.

—Cielo, lo siento. —Le alegraba que fuera así, pero no podía dejar de entender lo que debió de suponer para una chica recién casada que su marido la rechazara.

Bea sacudió la cabeza.

—Quise a Theo, y admito que también pensé que estaba enamorada de él. Creo que sobre todo estaba enamorada de la idea que él

representaba para mí. Era algo mayor que yo, seguro de sí mismo, guapo, inteligente, un hombre de mundo, protector y me hacía sentir bien conmigo misma. ¿Suena feo?

—Suena sincero —respondió Theron sin ningún tipo de acusación en su voz—. ¿Y cuándo te diste cuenta de que él no era el gran amor de tu vida?

—Cuando me obligaste a venir a Creta y a conocer a la persona que hay tras la fachada del gran Theron Mitros. —Ella rio cuando él alzó una ceja, escéptico—. No importa la cara que muestres en tu mundo de los negocios, me enamoró tu sencillez a la hora de tratar a los que te rodean, la forma en la que te preocupas por todos, cómo le has dado a Niko tu amor incondicional y que, al besarme, le ponías sentimiento, no solo pasión. Pero, sobre todo, me enamoré de ti por todos aquellos pequeños momentos que me fuiste regalando, haciéndome feliz.

—¿Fuiste feliz aquí conmigo? —A Theron le costó trabajo creérselo.

—Muy feliz.

—Entonces, ¿por qué te fuiste?

—Podría alegar que me sentí engañada, pero, después de sincerarme conmigo misma, me he dado cuenta de que era más fácil negar que yo tenía parte de culpa en lo que había pasado.

—Eso no es cierto, la culpa fue mía. —No iba a permitirle que asumiera la responsabilidad por algo que había hecho él.

Ella negó con tristeza.

—No importa lo que trate de engañarme a mí misma, en el fondo, sé que no es así. Aquella noche, me di cuenta de que los besos eran diferentes a los de Theo. Y conociéndolo, ¿de verdad crees que me hubiera hecho el amor sin soltar ni una sola palabra? —Bea soltó una risotada que sonó casi como un sollozo—. Las señales estaban ahí, solo que yo no quise verlas.

—Eso sigue sin convertirte en culpable.

—Hay otro motivo más por el que me fui.

—¿Y ese es?

—Porque pensé que todo lo hacías solo por el niño y porque te sentías responsable.

Él la miró a los ojos con seriedad.

—Quiero a mi hijo y espero que me dejes pasar tiempo con él, pero jamás te pediría en matrimonio si lo que sintiera por ti no fuera sincero. No soy tan anticuado ni tan loco como para unirme a una mujer de por vida con el único fin de proteger una fachada social.

—¿Y qué es eso que dices que sientes por mí y que es sincero? —Bea ladeó la cabeza con una extraña mezcla de picardía y vulnerabilidad en sus ojos.

Theron se habría estampado la cabeza contra la pared por su

torpeza. ¿Cómo un hombre de su experiencia podía olvidarse de lo más básico? Se aclaró la voz.

—Te amo. Y, a pesar de que no tengo ningún anillo ni poseo ningún discurso bonito preparado, quiero casarme contigo. ¿Aceptarías ser mi esposa y convertirme en el hombre más feliz del universo? —Theron intentó aguantar el envite de Bea cuando se lanzó a su cuello, pero acabó tendido en la arena, abrazándola—. ¿Eso es un sí? —preguntó con un bajo carcajeo.

—Llegas dos años tarde, pero sí. Te amo demasiado como para dejarte escapar una segunda vez, Theron Mitros.

—No pienso fugarme —prometió Theron antes de atrapar sus labios para besarla—. No ahora que vas a convertirme en un hombre decente.

—Apuesta por ello —murmuró Bea haciéndole sonreír.

Epílogo

Si Mabel pensaba que iba a librarse, entonces no la conocía.

Apostada delante de la limusina, Bea usó el reflejo en el cristal para calcular las distancias y le lanzó el ramo de novia directo a la cara. A Mabel no le quedó más remedio que atraparlo antes de que se estampara contra su nariz.

—¿Debería preocuparme de buscar a un abogado nuevo? —Theron lo murmuró entre dientes sin perder la sonrisa al despedirse con la mano de sus invitados.

Bea no tuvo que cuestionarle sobre el motivo de la extraña pregunta. A ella tampoco se le había escapado la forma en la que el rostro de Alexander había enrojecido hasta el inicio de sus cabellos.

—Cariño, ¿no crees que un trabajador feliz y relajado trabaja mejor? —se burló Bea con un tono dulzón mientras se montaba en la limusina.

—¿Feliz y relajado? Creo que la imagen que se me viene a la mente es una muy diferente a la tuya —le respondió Theron después de subirse por el otro lado y cerrar la puerta tras de sí.

—¿Y qué imagen sería esa? —Bea le echó una ojeada a Niko y descubrió que estaba a punto de quedarse dormido.

—¿A Alexander mirando con sonrisa bobalicona al techo mientras yo trato de contarle mis problemas?

—¿Me estás diciendo que no confías en que nuestro matrimonio te haga feliz y relajado? —Bea lo contempló con una ceja arqueada y apretó los labios para no revelarle su diversión.

—¿Esta es la parte en la que yo admito que yo también miraré con sonrisa bobalicona el techo de mi despacho? —Theron se ajustó las mangas de su chaqué mientras el chófer arrancaba el vehículo.

—¿Aún no lo estás haciendo? —se burló Bea con tono de sargento.

—Claro, cielo. Por supuesto que lo haré. Te lo prometo. En especial, cuando mire el techo de nuestro dormitorio y el de la biblioteca y el del baño…

—Y no olvides el cielo —espetó Bea poniendo los ojos en blanco.

—Eso. Casi se me olvida la de veces que miramos el cielo. —Theron le cogió la mano y se la llevó a los labios—. Te adoro.

—Más te vale, porque si no… —Bea se detuvo al descubrir a una

mujer que la miraba desde la otra acera y que, tras sonreírle, se marchó cuesta arriba hasta el mirador que había cerca de la pequeña ermita—. Theron, ¿esa mujer no es la de las fotos? ¡Pare! ¡Pare el coche! —Bea golpeó el cristal del chófer y, sin entretenerse con explicaciones, salió de la limusina, se alzó la falda de su vestido de novia y corrió detrás de la mujer—. ¡Oiga! ¡Oiga!

La encontró en lo alto de la colina contemplando el mar.

—Perdone, usted es… ¿la amiga de Theo? —Bea se puso una mano sobre el pecho y trató de recuperar el aliento.

—Fui amiga de Theo, sí, aunque creo que a quien se refiere es a mi hermana.

—¿A su hermana?

La mujer se sentó en una roca y le señaló el sitio justo al lado para que Bea se acomodara junto a ella.

—Las vistas desde aquí son preciosas, ¿verdad? Siempre me ha fascinado este lugar. Imagino que por eso siempre he esperado que Theo tuviera razón, para poder darle estas cartas aquí. Parece ser que, a veces, los sueños se cumplen.

La desconocida le entregó dos sobres y siguió contemplando el horizonte. A Bea le bastó un vistazo a la letra para que sus dedos comenzaran a temblar. Nada más abrir el envoltorio y leer las primeras líneas, soltó una exclamación y se cubrió la boca.

—¡Oh, Dios!

La desconocida le tocó la rodilla en un gesto de ánimo.

Querida Bea:

Resulta difícil escribir una carta como esta cuando se trata de despedirte de las personas que más quieres en este mundo, porque eso es exactamente lo que sois tú, Niko y Theron para mí, las personas a las que más quiero junto a mi Claudia y por las que sería capaz de vender mi alma al diablo con tal de veros felices.

Si habéis llegado a este momento y tenéis esta carta en vuestras manos, sabed que mi último deseo se habrá cumplido y que, esté donde esté, me habéis hecho el espíritu más feliz de este universo. Solo me queda esperar que comprendáis los motivos por los que hice las cosas que he hecho y que sepáis perdonarme.

Bea, ¿qué te puedo decir para que llegues a comprenderme? Te quise. Te quiero, aunque mis actos acabaran contradiciéndolo. Te encontré en uno de los momentos más oscuros de mi vida, aquel en el que acababa de descubrir que iba a morir y en el que me separé de la mujer a la que verdaderamente amaba para no hacerle el daño que sabía que acabaría por infligirle. Fuiste como un rayo de

luz que me regaló paz y alegría, y si no hubiera conocido ya a la mujer de mi vida, estoy seguro de que habría acabado de enamorarme de ti de verdad. Siendo las cosas como fueron, te convertiste en mi sostén, en la hermana pequeña que nunca tuve y la mejor amiga que se puede tener.

Perdóname por engañarte. Perdóname por no darte elección sobre lo que habría de ocurrir y por los momentos en los que has debido pensar que soy una escoria humana que no te tuvo en cuenta para nada. Te mentí en todo lo que podía haberte mentido: en mis sentimientos por ti, en la boda, en lo concerniente a Niko, en lo que se refiere a mi trabajo, mi estatus económico y tantas y tantas cosas más y, aunque a veces me doliera, siempre lo hice siendo consciente de mis actos. También te traicioné de la forma más vil en la que un hombre puede engañar a su esposa y es estando con otra mujer. Al escribir estas palabras, me doy cuenta de lo difícil que debe ser para ti entender que lo hice por ti y por cuánto te quiero.

La primera vez que os vi a ti y a mi hermano mirándoos en la fiesta, supe que estabais hechos el uno para el otro. Casi se podían ver las chispas que saltaban a vuestro alrededor y el magnetismo que existía entre vosotros y, sin embargo, también vi claro como el agua que jamás acabaríais juntos.

Mi padre crio a Theron con la idea de que lo único que las mujeres podían querer de nosotros era nuestra fortuna y que solo un matrimonio concertado entre dos personas del mismo estrato social valía la pena si queríamos herederos. Que tuviera tres esposas demasiado jóvenes para él después de que nuestra madre falleciera no ayudó demasiado a que Theron lo pusiera en duda.

Una chica inocente y buena como tú no tenía nada que hacer contra el devorador de mujeres que era Theron en aquella época. En cuanto te hubiera seducido, se habría deshecho de ti. Mi hermano jamás se habría tomado el tiempo de conocer a tu yo verdadero, a la chica a la que yo conocía, porque se había acostumbrado a ponerle una etiqueta a todas sus amantes incluso antes de que lo fueran.

Mi intención al presentarte como mi novia era que pudierais conoceros sin dejaros llevar por vuestras pasiones, que, al fin y al cabo, solo habrían servido para separaros. ¿Cómo podía haberme imaginado que el destino quisiera jugar con vosotros como lo hizo? ¿O que Theron pudiera llegar a cometer alguna vez semejante barbaridad? Conozco a mi hermano y, a pesar de lo que pueda aparentar, es una persona buena que jamás le haría daño a otro ser

de forma consciente, y mucho menos lo que te hizo a ti aquella fatídica noche.

Tú jamás lo habrías perdonado si te hubieras enterado en aquel momento y la verdad te habría destrozado. Hice lo único que se me ocurrió en aquella situación: dejarte creer que existía algo entre nosotros, cuidar de ti y mover las piezas necesarias para que el destino pudiera concederos una segunda oportunidad.

Hacerme pasar por mi hermano y actuar en su nombre fue fácil. Ocultarte ante el mundo, la prensa amarilla y la hipocresía de la alta sociedad no lo fue tanto. Sufrí privándote de los privilegios que podría haberte dado. Jamás llegarás a imaginar cuánto. Convertirte en la heredera de la mitad de mi fortuna es apenas un mísero consuelo por lo que nunca pude darte a ti o a Niko cuando aún seguía a vuestro lado. Espero que mi hermano sepa recompensarte por ello y que recupere todo el tiempo perdido. Te mereces eso y mucho más.

Llegado a este punto, creo que ya lo has entendido todo, o eso espero.

Queda pendiente el tema de Claudia. ¿Qué puedo contarte de ella? Claudia es la mujer de mi vida. La única a la que me entregué en cuerpo y alma y la única de la que puedo afirmar que amé de corazón. La conocí bastante antes que a ti, en la universidad y, a pesar de que el destino a veces nos jugaba malas pasadas y nos separaba, siempre acabábamos regresando porque, y eso lo teníamos claro ambos, estábamos hechos el uno para el otro.

La amaba tanto que cuando me enteré del tumor, decidí alejarme de ella para que no tuviera que presenciar mi enfermedad ni verme morir. Ese fue el momento en el que te conocí a ti.

Por ironías del destino, Claudia y yo volvimos a encontrarnos en el único lugar en el que hubiera preferido no tropezarme con ella: en la sección de oncología del hospital. Acababa de celebrarse nuestro extraño matrimonio cuando ocurrió. Si fue duro enfrentarme a mi propia muerte, más duro lo fue el descubrir que ella también se encontraba enferma, aunque en su caso se trataba de leucemia.

¿Cómo podía permitir que la mujer a la que amaba pasara solo por aquello? Fui incapaz, y ahí fue donde los viajes por trabajo, que me había inventado para poder someterme a los tratamientos y para asistir a mis revisiones médicas, se convirtieron en mi excusa para estar a su lado. Claudia, por su parte, sabía de ti, de Niko, de lo que había pasado con Theron y de mis planes para que tuvierais la

oportunidad que os merecíais. Me apoyó, permitiéndome que una y otra vez regresara a tu lado y al de Niko y que pudiera cuidar de vosotros.

Ojalá consigas comprender este sinsentido que he tratado de contarte, pero, sobre todo, espero que sepas perdonarme y entender que te quiero y que has sido una de las personas más importantes que han existido en mi vida.

Con todo mi amor,

Theo

Bea aceptó el pañuelo de papel que le ofreció la mujer.

—Gracias. Necesitaba saberlo —murmuró Bea con el corazón encogido, a pesar de que se sentía más ligera que nunca.

—No hay de qué. Me alegra que al final todo saliera bien.

—Y su hermana, Claudia, ¿cómo está? Me encantaría conocerla.

La sonrisa de la mujer se tornó triste.

—Dos días después de que Theo pasara a mejor vida, la encontramos en su cama con una sonrisa, sujetando el colgante en forma de corazón que le había regalado él antes de marcharse.

—¿Bea? —Theron se paró a unos metros de ellas y miró preocupado de una a la otra.

—Creo que es mejor que me vaya. Ya he cumplido con la misión que me trajo aquí y me parece que necesitan estar a solas. —La mujer se incorporó.

—Gracias. —Bea se levantó de un salto para abrazarla y ambas se separaron con lágrimas en los ojos.

En cuanto la mujer se fue, Theron se sentó al lado de Bea.

—¿Quién es? ¿Qué te ha dicho para que estés llorando?

—¿Dónde está Niko? —Bea se limpió las lágrimas de la mejilla.

—Mabel y Alexander se han hecho cargo de él.

—Creo que deberías leer esto. —Bea le entregó el sobre con su nombre y le dio el tiempo que necesitaba para que pudiera leerlo con tranquilidad. El tiempo que ella misma necesitaba para asimilar lo que acababa de revelarle Theo.

Theron bajó la carta mucho antes de lo que ella había previsto y miró con ojos enrojecidos el horizonte.

—Lo hizo queriendo. Lo hizo todo para que pudiéramos estar juntos. —Sacudió la cabeza—. Se hizo pasar por mí porque sabía que yo sería incapaz de abandonar a mi hijo sin más y que eso me haría pasar tiempo junto a ti y conocerte.

—Lo sé, me lo ha explicado todo en mi carta.

Al ver la hoja que seguía llevando en sus manos, Theron soltó un resoplido.

—Típico de Theo. Contigo se ha entretenido con explicaciones y a mí me ha lanzado una izquierda directamente a la mandíbula.

—¿Qué te ha puesto? —Bea cogió la carta que le entregaba y le ofreció la suya.

Theron, hermano:

Solo tengo una explicación para todo lo que he hecho: eres un idiota integral con la inteligencia emocional de una garrapata.

Bea y Niko son lo mejor que te ha pasado en la vida y si a estas alturas no te has dado cuenta aún, no te los mereces. Solo hay un consejo que pueda ofrecerte desde el más allá: ¡no la cagues!

Si no lo haces por mí o por Bea, hazlo por Claudia. Está aquí, a mi lado, y me acaba de jurar que si después de todo lo que ha pasado por vuestra culpa, vuelves a meter la pata, regresará a por ti para darte sustos por las noches hasta el fin de tus días. Créeme, la conozco y es capaz de hacerlo. Y también puedes tener claro que yo estaré junto a ella azuzándola para que lo haga mientras me parto el culo a tu costa.

P. D.: Por si no te ha quedado claro aún, te quiero. Me siento afortunado por haberte tenido como hermano y ningún sacrificio será nunca demasiado grande por verte feliz.

Theo.

—¿Idiota integral con la inteligencia emocional de una garrapata? —Bea alzó la cabeza boquiabierta.

Theron soltó una risotada y movió la cabeza.

—Theo siempre ha tenido un don especial para las palabras.

—¿Y con solo esas pocas líneas comprendiste todo lo que había hecho y te quería decir?

—Era mi hermano. Durante estos últimos días, he tenido tiempo para pensar. Lo cierto es que lo sospechaba incluso antes de leer tu carta.

—Vaya. —Bea apoyó la cabeza contra su hombro—. ¿Sabes? Creo que Theo tenía las ideas mucho más claras que yo desde el principio. Tenía razón. Confundí el cariño y la amistad que sentía por él con amor. Imagino que el hecho de que quería que alguien me amara también influyó.

—Es comprensible —respondió Theron con calma.

—¿Y sabes otra cosa? Lo echo de menos. Echo de menos su sonrisa y la forma en la que a veces conseguía sacarme de mis casillas. Solía hacerlo siempre que me sentía triste o de bajón. Creo que lo hacía a propósito. Me hacía pasar de la tristeza al enfado y del enfado a la risa.

—Sí, eso era típico de él.

—¿Crees que nos estará viendo ahora?

Theron sonrió.

—Puedes apostar por ello. Siempre cumple sus promesas. Seguro que está esperando junto a Claudia para partirse el culo a mi costa.

Bea rio ante la idea.

—¿Y piensas darle motivos?

Theron la cogió por la barbilla y le hizo mirarlo.

—Te amo demasiado para eso. Además, se me ocurre que será más divertido conseguir que Claudia se sonroje.

—¡Idiota! —Bea le dio un manotazo cariñoso en el brazo y rio—. Los fantasmas no pueden sonrojarse.

—Pues si no pueden sonrojarse, tampoco pueden hacer otras cosas y, por lo que conozco a Theo, eso va a fastidiarle. —Theron le dirigió un guiño y se levantó—. Ven. Vamos a por Niko. Quizá aún esté a tiempo de evitar que mi abogado acabe sus días mirando el techo.

—O el cielo, cariño. No te olvides del cielo —sonrió Bea, dándole la mano para acompañarlo de regreso.

—¿Qué te hace tanta gracia? —Theron bajó los documentos que había estado estudiando con Alexander durante el desayuno y le echó a Bea una ojeada por encima de las gafas de sol.

—Uhmmm… Eh… —Bea frunció los labios—. Solo estaba escribiéndome con mi amiga Mabel por WhatsApp.

—¿Y podemos saber qué dice? —Theron le echó una ojeada al abogado, quien lo ignoró mordiendo un croissant con un exceso de ganas.

—Bueno… Eh… —Bea estudió la pantalla de su móvil—. No creo que queráis saberlo.

Ambos hombres la miraron de frente.

—Creo que ahora acabas de conseguir toda nuestra atención —se burló Theron.

—O sea, que si te digo que no quieres averiguarlo, no confías lo suficiente en mí como para creerme, ¿no? —se mofó Bea.

—Las cosas que no queremos saber suelen ser siempre las más interesantes. No tiene nada que ver con la confianza —alegó Theron divertido.

—Bien, que conste que os he advertido. —Bea deslizó el móvil sobre la mesa hasta dejarlo frente a él—. Mi amiga Mabel me pregunta si es verdad que los hombres griegos sois la mayoría bisexuales y que tenéis debilidad por el sexo anal. También me ha preguntado que si ya has tratado de hacerme un griego o me has pedido que te lo haga yo a ti.

Con la mandíbula desencajada, Theron leyó los mensajes de WhatsApp, confirmando que no le estaba tomando el pelo. Al terminar, cerró la boca y alzó un dedo, como si necesitara tiempo para asimilarlo.

—Lo admito, tenías razón. Jamás volveré a poner tu opinión en duda cuando me digas que hay algo que no quiero saber. —Levantándose de su asiento, Theron le dio un par de palmadas en el hombro a Alexander—. ¡Ve haciéndote con vaselina, amigo mío!

—¡Oye! ¡Que no me has respondido! —chilló Bea divertida tras él.

—Que te conteste Alexander. Es abogado, está acostumbrado a llevar la defensa y a dar explicaciones.

Bea miró a Alexander, quien, más colorado que un tomate, alzó ambas manos para levantarse y salir huyendo tras Theron. El móvil pitó mientras ella seguía riéndose.

Mabel: «¿Dónde te has metido?».

Bea: «Les he preguntado lo que me has dicho».

Mabel: «¡Solo era una broma!».

Bea: «Lo sé, pero ellos querían saberlo».

La respuesta tardó en llegar.

Mabel: «¿Y qué te han contestado?».

Bea: «No lo tengo muy claro. Alexander ha mascullado algo sobre que hacer un griego no existe y que se llama hacer un otomano».

Mabel: «¿Un otomano? Nunca lo he escuchado. Qué cosas más raras tienen estos griegos».

Bea: «Dímelo a mí. Estoy casada con uno».

Mabel: «¡No te quejes encima!».

Con una sonrisa en los labios, Bea tecleó su siguiente mensaje.

Bea: «No me quejo. No lo cambiaría por nada del mundo».

¡Espera, no te vayas aún!

¿Te ha gustado el libro? ¿Quieres conseguirlo gratis en papel?

Al dejar una reseña en Amazon o Goodreads, no solo ayudas a otros lectores, sino que apoyas a autoras que, como yo, soñamos con compartir nuestros sueños y fantasías a través de la escritura.

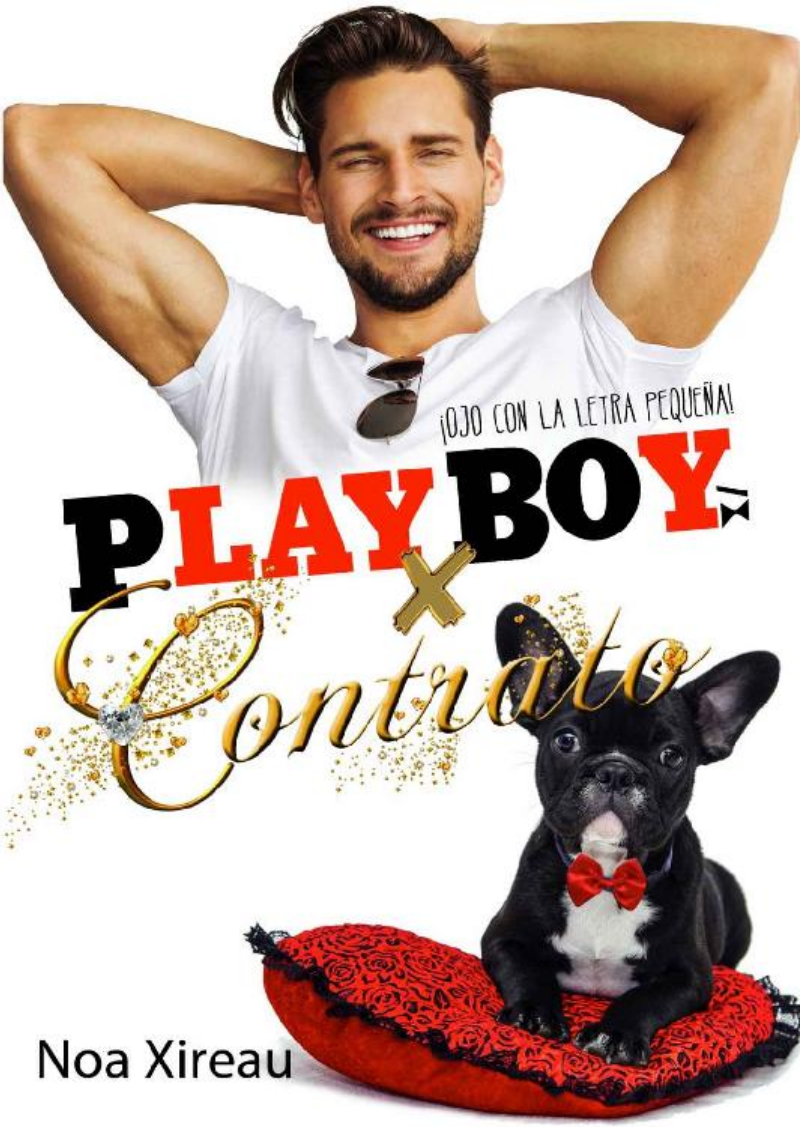
En agradecimiento a ese apoyo y al esfuerzo que supone, todas las reseñas publicadas antes del 28 de febrero de 2020, en Amazon y/o Goodreads, entrarán en el sorteo de un libro en papel.

Bases del sorteo en www.noaxireau.com

(¡Y no olvides echarle un vistazo al resto de mis obras!).

Mis otros títulos

Si te ha gustado *Un pequeño error*, seguramente, te gustará



Y si te atreves con un nivel de erotismo algo más elevado, échales un vistazo a estos títulos:

Secreto entre líneas

Una Navidad desastrosa

Mujer (madura) liberada busca…

Juguete para 2

Obras imprescindibles de mi bibliografía son:

El cuento de la Bestia

El cuento del Lobo

Obras de fantasía y romance paranormal:

Ritual

Tres Reyes para Sarah

Obras de no ficción

Publicar en inglés

En inglés:

The Sorceress's Pet

The Jarl's Witch